

DGCL
A



RIPIOS ARISTOCRÁTICOS.

OBRAS DEL MISMO AUTOR

DE VENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

Ptas. Cs.

FE DE ERRATAS DEL NUEVO DICCIONARIO DE LA ACADEMIA, dos tomos.	6 00
HISTORIA DEL CORAZÓN, idilio (segunda edición).	0 50

RIPIOS ACADÉMICOS, un tomo. . . 3 00
(Obra publicada por LA ESPAÑA EDITORIAL, Tutor, 21, Madrid, donde podrán dirigirse los pedidos.)

EN PRENSA

CAPULLOS DE NOVELA

EN PREPARACIÓN

RATONCITO NOSEMÁS, novela.

RIPIOS VULGARES.

» AGRI-DULCES (políticos y literarios).

RIPIOS
ARISTOCRÁTICOS

POR

D. ANTONIO DE VALBUENA.

(VENANCIO GONZÁLEZ.)

Cuarta edición

AUMENTADA CONSIDERABLEMENTE.



MADRID

LA ESPAÑA EDITORIAL,

OFICINAS, TUTOR, 2L.

Es propiedad del Editor,
Queda hecho el depósito
que marca la ley.

07144

PRÓLOGO.

Al frente de las primeras ediciones de este libro se leía la siguiente *Advertencia*:

«El título de esta serie de artículos, y la circunstancia de haber salido á la luz en un periódico democrático, han podido hacer creer á muchos que el autor es algún demagogo, enemigo jurado de toda aristocracia. Nada hay sin embargo más ajeno de verdad que esta creencia. Ni el autor de este libro es demócrata, ni por su origen, ni por su educación, ni aun por su mismo temperamento puede ser enemigo de la nobleza. Ni el libro por consiguiente puede tampoco ser una diatriba contra esta clase. Las maliciosas insinuaciones que sobre este punto se ha permitido hacer algún periódico mogigato, no tienen razón ni fundamento, ni merecen ser contestadas. Porque suponer que el autor de estas críticas pudiera envidiar la alcurnia de marqueses como el de Montoliu, el de Pidal ó el de Valde-Iglesias, es tan gran despropósito, que, entre los que saben quién es, no podría menos de provocar la risa.

»El objeto principal del libro bien claro

está que es puramente literario, y que si va contra alguna clase, es, á no dudar, contra la clase de los malos poetas. Mas en este punto, como el autor demuestra con tanta claridad las cosas, y señala con tal precisión los defectos, aun prescindiendo de la gracia y amenidad con que cautiva á los lectores, no hay manera de rebelarse contra sus juicios ni de desconocer lo justo de la crítica. Si además de la intención literaria tuviera el libro cierta intención social, tampoco sería ésta la de fustigar á la aristocracia verdadera, sino cuando más á la de imitación ó de nuevo cuño, y á aquella parte de la antigua, que por su defectuosa manera de ser, viene á confundirse con la improvisada.

»Dadas estas explicaciones, no hemos de entretenernos en hacer elogios del libro que presentamos al público, por dos razones principales. Primero porque nuestros elogios parecerían interesados. Y luego porque estos artículos, ya tan celebrados, no han menester nuestros elogios.

»Lo que sentimos de veras es no poder revelar el nombre del autor, que sería la recomendación más eficaz; pero su modestia no nos lo consiente. Modestia por cierto bien inútil, pues entre las personas acostumbradas á conocer estilos, á nadie ha podido ocultarse ni tras de lo prosaico del pseudónimo, cuya elección es uno de los mejores chistes de la obra, el castizo prosista, el cáustico é intencionado escritor, que comenzó á darse á conocer procurándose, por la dureza é inflexi-

bilidad de sus juicios sobre cosas y personas, la enemistad de todo el mundo, quizá para que tuviera más valor el testimonio unánime de los mismos heridos que hoy le proclama el primer crítico, el más ingenioso escritor humorístico y el mejor periodista contemporáneo.

»Pero notamos que sin decir el nombre del autor, vamos dando las señas, lo cual también nos está prohibido; y para no seguir quebrantando prohibiciones, será lo mejor que hagamos aquí punto.—LOS EDITORES.»

Aparte de los juicios laudatorios, que el autor cree injustos, cuanto en las precedentes líneas se refiere á la intención y alcance del libro, sabemos que le pareció muy atinado. Porque efectivamente, era un gran yerro tener al autor de los *Ripios* por enemigo de la nobleza, y suponerle movido, al escribir, por odios demagógicos. Todo lo contrario. Hijo de una familia noble, y educado en aquellas ideas que hicieron á España grande y poderosa en mejores tiempos, es tradicionalista de raza y tradicionalista de convicción, ardiente y decidido partidario del antiguo sistema de gobierno con todas sus instituciones seculares. Mal podría, por consiguiente, dedicarse á desprestigiar ninguna de ellas.

Para que se vea cuán lejos ha estado de eso toda su vida, vamos á reproducir algunos párrafos de un artículo que publicó años atrás en la *Ciencia Cristiana* criticando un libro que contra la aristocracia balear había escrito un presbítero de Mallorca.

«No, no es posible, decía, borrar de la haz de la tierra las que el señor Taronjé llama preocupaciones de raza, ni es siquiera legítimo tratar de borrarlas. El mismo Jesucristo Nuestro Señor, al apostrofar á los escribas y fariseos hipócritas, no les llamó víboras simplemente, sino *raza de víboras*.....

»La revolución abolió los privilegios de la nobleza, y como la humanidad no puede vivir sin privilegios, fué y creó los del capital. Se emancipó de la apacible sumisión á los nobles, para caer bajo el afrentoso garfio de los usureros. ¡Algo dieran ahora los labradores de muchísimas comarcas de España por volver á llevar todas las mañanas al palacio del conde en señal de homenaje la jarra de agua fresca cogida en la fuente cristalina, en vez de llevar á la panera del opulento comprador de bienes nacionales sendos carros de trigo, que en junto con los enormes tributos que exige el Erario, absorben por entero el fruto de sus sudores! La revolución abolió los títulos nobiliarios, ó por lo menos los hirió de muerte con la desvinculación, otra grande injusticia; y luego, no hallándose sin ellos, creó otros nuevos títulos á favor de los afortunados: estableció la aristocracia del dinero en sustitución de la aristocracia de las virtudes; apartóse de Dios y adoró al becerro de oro. Y ¡coincidencia cruel y risible! los que más se han burlado de los antiguos pergaminos, han sido luego los más ansiosos buscadores de las cartulinas modernas; y los gobiernos más liberales, han sido los que más han hecho cre-

cer ese barullo de caricaturas de aristócratas.»

Declaradas así las convicciones del autor, no hay que negar que, amén de la intención literaria, tenga el libro también intención social y política; porque cabalmente es propio de quien rinde á una idea sincero culto, no saber nunca prescindir de ella por entero sin dejarla clarearse más ó menos en todo aquello en que pone la mano. Lo que sí se debe negar es que la intención social y política del libro vaya contra la verdadera aristocracia, pues no va sino contra la falsificación moderna de esa veneranda institución antigua; contra los que el autor llama en otra parte «plebeyos enriquecidos de repente y sabe Dios cómo, aunque cualquiera lo adivina, que han sentado plaza de condes y marqueses sin más servicios prestados al país que el de esquilmarle.»

Contra esas caricaturas de aristócratas, hay algo en estas críticas literarias, y algo también contra los nobles antiguos que no saben serlo, y que por falta de entendimiento ó por falta de valor han abandonado su puesto y se han pasado al enemigo con armas y bagajes.

«Porque es muy triste, dice el mismo autor en otro lugar, mas no por eso deja de ser cierto, que una gran parte de la aristocracia española ha faltado gravemente á los deberes que la imponían su sangre y su historia, aliándose con sus propios enemigos y aceptando con el liberalismo su sentencia de muerte. Por eso se ven desaparecer todos los

días títulos antiguos que encierran poemas de gloria, y levantarse en su lugar otros nuevos con la denominación de una finca mal adquirida, de un apellido desconocido ó infamado, ó de una casa construída con lodo de usuras y de estafas. Por eso se ve también á no pocos miembros de la antigua aristocracia, perdida la influencia que les daban su posición y sus riquezas territoriales, las más sanas de todas, en vez de acaudillar fuerzas propias en las contiendas en que se decide sobre los intereses del país, servir á las órdenes de algún aventurero salido de las últimas capas sociales, desempeñar el triste papel de comparsas de un tonto con fortuna. Por eso se ha visto á los descendientes de los que pelearon en las Navas contra el Corán y en Flandes contra la herejía, afrancesándose cuando vinieron los franceses, liberalizándose cuando vinieron los liberales, y siempre dando su voto en las asambleas á las disposiciones legislativas más absurdas y más contrarias á sus propios intereses y á los intereses sagrados de la patria y de la Iglesia.»

Que el fallo del público y de los hombres de letras sobre este libro ha sido sumamente favorable, demuéstrole por una parte el hecho de haberse agotado ya tres ediciones, y por otra el gran número de artículos encomiásticos que le han dedicado los periódicos.

Bien fácil nos sería llenar aquí unas cuantas páginas, entresacando frases laudatorias de diversa índole, desde la humorística de un periódico ilustrado de Madrid, que

puso debajo de la caricatura del autor estos versos:

«Hace una prosa escogida;
Su fina sátira abrumba,
Y donde él pone la pluma
Sale un chichón en seguida.»

hasta la seria de un diario de América, afirmando que el libro «está escrito de una manera como no ha escrito nadie en castellano después de Quevedo; porque ni Mesonero Romanos, ni *Fray Gerundio*, ni el malogrado Larra con todo su gran talento, llegaron á dar á la prosa castellana la forma escultural y preciosa de esta de los *Ripios*, ni á hermanar así en ella la energía y la virilidad con la gracia.»

Pero preferimos reproducir íntegro, por la amenidad del estilo, y por la autoridad de la firma, el artículo que el eminente crítico, D. Leopoldo Alas, ha publicado en *La Ilustración Ibérica*. Véase:

«PALIQUE.

(*Venancio González*.—*RIPIOS ARISTOCRÁTICOS*.)

«Don Venancio González es un político muy respetable que, cuando es ministro, lo hace tan mal como todos los ministros. No tiene otro defecto, que yo sepa; y el señalado es común á todos los españoles, la mayor parte de los cuales ya han tenido cartera y ahora tienen cesantía, y han gobernado mal. Los pocos que faltamos ya mandaremos y lo

haremos como los otros. De modo que mi amigo**** al tomar por pseudónimo el nombre y apellido del distinguido constitucional, no se propuso molestarle.

Así, pues, cuando yo hable de *Venancio González*, sépase que me refiero al escritor que se oculta (mientras no hace falta dar la cara), bajo, ó mejor, detrás de esas dos palabras vulgares, que separadas dicen bien poco, y que unidas tienen en el turno pacífico de los partidos un representante serio que no ha hecho versos, que yo sepa.

Venancio González, el mío, el crítico, acaba de publicar la segunda edición de los *Ripios Aristocráticos*. Aquí tengo yo un ejemplar que me ha regalado el autor, publicado con mucho lujo, el ejemplar, es claro, por Fernando Fe. Los *Ripios Aristocráticos* son muy conocidos, y no necesitan que yo diga su argumento. Se trata de darles una soberbia paliza á todos los poetas aristocráticos. Con esto no quiere decir *Venancio González* que la aristocracia no pueda producir buenos poetas, porque eso sería un disparate, y *Venancio González* no disparata nunca. Lo que hace es oír crecer..... los disparates de los demás.

Hace poco discutían, ó cosa así, *El Siglo Futuro* y mi amigo el joven novelista D. José Ortega Munilla, qué valía más: si tener genio, ó saber gramática.

La verdad es que todo se necesita.

Es como si se preguntara, qué vale más: tener genio, ó tener educación.

Claro que el genio es cosa más exquisita y rara que la educación (aunque tampoco ésta abunda mucho, no vayan ustedes á creer); pero el *genio*, como todo, necesita estar bien educado.

Figúrense ustedes un genio mal criado en visita: figúrense ustedes que el genio levanta un pie mal calzado y se lo planta á ustedes debajo de los ojos sobre el sofá. ¿Qué hacen ustedes? Claro, aunque sea más genio que Platón y el niño Shaw juntos, lo que hacen ustedes es decirle:—¡Hombre, geniazo, apéese usted!....

Pues lo mismo sucede con la gramática. La gramática es la buena crianza de la literatura. Debía ser cosa corriente que supieran todos; pero, amigo, no lo es: va siendo la gramática también cosa muy rara, y con la escasez, es natural, aumenta su valor. Pura economía. En cambio los genios van abundando que es un gusto. Desde que el Ateneo de Madrid se ha ido á la calle del Prado han salido de allí tres ó cuatro genios..... todos sin gramática, por supuesto. De modo que dentro de poco tendrá razón *El Siglo Futuro*, valdrá más saber gramática que tener genio.

Los poetas aristócratas de *Venancio González*, no tienen genio, ni aun del barato, ni saben gramática. Y *Venancio González* sabe mucha gramática y tiene mucho ingenio; y el ingenio es más castizo que el genio y más seguro. Es moneda que se falsifica menos.

Venancio González podría ser, si tomara en serio el oficio, uno de los críticos más no-

tables de España. Burla burlando y todo, ha demostrado en sus *Ripios Aristocráticos* y en una larga y famosa campaña periodística, grandes originales y serios estudios del idioma (este sí que tiene genio), conocimientos variados de literatura, un buen gusto verdaderamente excepcional entre nosotros, pues el buen gusto es lo que menos se suele ver por estos críticos de Dios; y además de todo esto, y sobre todo esto, *Venancio González* ha probado que sabe escribir con gracia, con soltura; que es un escritor satírico tal como le piden nuestra lengua y nuestra raza. Es muy español en sus chistes y en sus picardigüelas lícitas de autor maleante, y con decir que es muy español, queda dicho que es muy poco académico.

El señor Cañete ha tomado muy á mal que *Venancio González* se haya burlado de los versos del marqués don Leopoldo Augusto de Cueto; pero, ¡qué Cuetos ni vericuetos! *Venancio*, en cuanto ve un ripio blasonado, le coge y le mete en su colección, y está en su derecho.

—¡Pero, hombre, que también se mete con el duque de Rivas!

—¡Pues yo lo creo! Y hace perfectamente. Eso de que por ser hijo del ilustre poeta que escribió el *Don Alvaro*, y como quien dice, «esto de ser poeta me quedó en el vínculo», se ponga á escribir cursilerías en papel satinado, sin ver que nobleza obliga y que la fortuna de ser hijo de tal padre le obliga á él á no escribir en verso ni por casualidad.....

Decía Catón (*Don Marco Porcio*), que cada cual debe procurar aumentar la hacienda que heredó, y dejarla á sus hijos, no sólo completa, sino mejorada; y este señor duque de Rivas, que recibió del otro tan pingües rentas poéticas, ¿qué ha hecho de ellas? Desbaratarlas. Sus descendientes dirán con orgullo algún día: «El duque de Rivas el poeta fué nuestro abuelo», y les contestará la envidia: «Sí, el bueno... y el malo, con que váyase lo uno por lo otro.» Y como dijo Rubí en una comedia muy mala, como casi todas las suyas:

...si hubo un Guzmán el Bueno
También los hay de Alfarache.

Venancio González tiene siete mil veces razón para poner en ridículo los versos malos de la nobleza más ó menos apergaminada, como tendrá razón mañana también para poner en solfa los versos de los académicos y los de la plebe que escriba disparates. ¿Que mucha gente pone el grito en el cielo al ver el desenfado de mi amigo? Mejor. Eso es lo que hace falta, que les duela.

En España la crítica siempre anduvo mal. Salvas honrosas excepciones, siempre alabó al poderoso, ó al rico, ó al que daba *tés* más ó menos danzantes. Hasta hubo críticos que se vendieron por una media bota de Jerez (verdad que era de *González Vyas*). Pues ahora la dichosa crítica anda peor. Sigue habiendo excepciones honrosas, pero ¡son tan pocas! Una de ellas es *Venancio González*, y hay que aplaudirle, y aplaudirle de todo corazón, y animarle para que siga así.

Y más, yo le suplico que con pseudónimo ó sin él, se dedique á descubrir fealdades literarias sin miramientos, que no le faltará quien le defienda, aunque él no lo necesita. Hay más que ripios en nuestras letras, hay caquexia, hay necedad inveterada, hay hipocresía, hay famas usurpadas, hay conspiraciones contra autores insignes y escritores humildes, pero francos. Contra todo esto hay que levantarse en cruzada generosa, ó si no quieren ustedes que sea cruzada..... En fin, que hacen falta en el Parnaso los *del Orden*.

Concluyo, no porque los *Ripios Aristocráticos* no merezcan un estudio largo y hasta minucioso, sino porque este artículo debe ser corto por exigencias materiales del ajuste.

En resumen, *Venancio González* no es un gacetillero desfachatado, como ha venido á decir Cañete; es un escritor correcto, fácil, gracioso y franco, que tiene dentro de sí un hombre noble, valiente, de buena fe, y un crítico de gusto delicado. Detesta el estilo cursi, soso y pseudo-clásico de muchos académicos y deja correr la pluma con libertad, saliéndose de la calle de Valverde, pero no de la gramática y la retórica.

Y *Ripios Aristocráticos* es un libro excelente, de una crítica salada, sana y profunda á su modo, no en palabras, sino en la idea del autor; un libro que hace reír á carcajadas como los de Pereda. ¡Envidiable privilegio de poquísimos escritores contemporáneos!

CLARÍN.

RIPIOS ARISTOCRÁTICOS.

I.

Por eso no me gusta que los duques y los marqueses hagan versos; porque los suelen hacer muy malos. No crean ustedes que es por otra cosa.

Y cuidado que no voy á hablar del duque de Rivas de ahora, que, sin dejar de ser por derecho propio senador canovista, hace tan malos versos, que también es académico por derecho propio.

Ni menos voy á hablar del señor marqués de la Pezuela, que así se llama, ó se ha llamado también el conde de Cheste, el cual podrá ser muy mediano general, pero desde luego es muy mal poeta.

No. Voy á hablar de otro duque, hasta ahora desconocido en la república de las letras, de las bellas letras, cuando menos, á pesar de su titular hermosura, porque se trata de un duque titularmente muy her-

moso, que acaba de pretender la plaza de académico por conducto de *La Correspondencia*.

¿No la leen ustedes? Bueno. Por eso no hemos de reñir. Pero es lo cierto que *La Correspondencia* dijo un día que el señor duque de Villahermosa, que es el duque de autos, había traducido en verso castellano las *Geórgicas* de Virgilio, y que bien merecía un puesto en la Academia Española. Y al día siguiente añadió *La Correspondencia*, que el mismo duque había traducido muchas *odas* de Horacio, y que si no se le daba una plaza de académico, no había justicia. Y al otro día tornó á decir *La Correspondencia* que en efecto el repetido duque había traducido las *odas* de Horacio y las *Geórgicas* de Virgilio, y que estaba en inminente peligro de ser académico de la lengua.

¡Qué periódico más pesado!

Confieso que si en la Academia hubiera habido por aquellos días dos sillones vacantes, y el adjudicarlos hubiera sido cosa mía, inmediatamente se los echo encima, uno á *La Correspondencia* y otro al duque; á él para que no destrozara más poetas latinos, y á ella para que dejara de zarandear los desperfectos.

Mas no pararon aquí las cosas.

¿Hablabá usted de mi pleito?—dijo la Revista de casa de Pidal y sus contornos, que

se llama *Revista de Madrid* (1)—pues aquí traigo los papeles.

Y diciendo y haciendo, desenvainó una traducción del duque y una noticia del Godró siguiente: (2)

«La Real Academia Española va á admitir en su seno al Excmo. Sr. Duque de Villahermosa, de quien publicamos en este cuaderno una *magnífica traducción de Horacio*. La Academia merece plácemes por esta resolución; pues sóbranle títulos para ir á la casa de la calle de Valverde al ilustre (!) traductor de las *Geórgicas*.»

Sóbranle títulos.....

Desde luego supuse yo..... ¿por qué les he de engañar á ustedes? Desde luego supuse yo que la «magnífica traducción de Horacio» del «ilustre traductor de las *Geórgicas*» sería muy mala. Pero, en fin, dije para mí, la veremos.

Y excuso decir á ustedes cuál sería mi asombro al encontrarme con que la ducal traducción no era tan mala como yo me había figurado.....

No, no era precisamente tan mala, porque era mucho más.

¡Ah! ¡Si les digo á ustedes que parece enteramente una traducción de las de Marcellino Menéndez Pelayo!

(1) Dios la haya perdonado.

(2) Godró es un *tenor* malo de la Unión Católica.

El cual, aunque no es duque ni marqués, se parece mucho á los marqueses y los duques en una cosa: en hacer malos versos.

Con la particularidad de que siempre los hace malos; lo mismo que sean originales, que traducidos.

Pues el *ilustre traductor* de Horacio traduce su oda XII en verso libre, muy libre, como diciendo ¡si seré yo liberal! y empieza:

«¿A qué varón ó semi-dios tu lira
O tu sonora flauta, heróica Clío,

(*Ca, cli.....* Esto se llama armonía, lo demás es conversación.)

Pretende celebrar..... Su fama y nombre
Prolonga con aplauso el eco sordo (?)
Por las umbrosas selvas de *Helicon* (!)
Por el Hemo glacial ó por el Pindo.....

(Lo mismo da: por cualquier parte.)

Donde á la voz de Orfeo se movieron
Siguiéndole las selvas.....

(¡Dale con las selvas!)

Y por arte.....

(Sí, de birli-birloque, sin duda, creyó usted que se hacían los versos.)

Y por arte
Maternal (?) sus corrientes suspendían
Rápidas ondas y veloces vientos.....»

Pero hombre, digo, pero duque, ¿le parece á usted que las ondas tienen corrientes? ¿Y

le parece á usted que están bien las rápidas ondas y los veloces vientos suspendiendo sus corrientes *por arte maternal*? ¡Mire usted que es amontonar disparates!

¡Y luego *las selvas* que se movían, no sé si también *por arte maternal*, siguiéndole á Orfeo!... En todo caso serían los árboles; pero ¡lo que es las selvas!... Vamos, hombre, que yo no sé si es *por arte maternal* ó por qué arte; mas lo cierto es que no da usted pie con bola.

¡Y decir que todavía está usted empezando!

«¿Por dónde he de empezar?.....»

pregunta usted en seguida.

Pues mire usted, si me lo pregunta usted á mí le diré á usted francamente que por ninguna parte. No, señor; no debe usted empezar por parte ninguna.....

Pero nada: no quiere usted oír mis consejos y sigue:

«¿Por dónde he de empezar?... Cantaré á Jove.»

No, señor; créame usted, no puede usted cantar ni aun á Jove; pues por la muestra que nos ha dado usted en el prelude del *ca-clí* y del *arte maternal*, he conocido que los versos de usted, hasta para cantar al vizconde de Campo Grande, son demasiado malos.

En fin, si usted se empeña en cantar á Jove.....

«¿Por dónde he de empezar? Cantaré á Jove,
Que dirige á los hombres y á los dioses....»

¡Vamos!..... ¿Lo ve usted? ¿No decía usted que iba á hacer versos libres? ¿Y le parece á usted que los versos libres en «asonante son cosa pasadera?»

Es verdad que si tratara usted de hacer un romance, puede ser que para concertar con *Jove* pusiera usted á *Orfeo* ó á *Cárdenas*.

Porque los duques son ustedes así. Ya empezó usted arriba confundiendo la lira con la flauta, y luego, es claro,

Quando pitos, flautas;
Quando flautas, pitos.

Lo mismo que un poco más adelante, cuando dice usted:

«Ni á Febo hiriendo con certeros dardos
Dejaré de cantar; también á *Alcides*
Y á los hijos de Leda: el uno *insigne*...»

Insigne mal traductor es usted, señor duque; porque esos pareaditos en los versos libres, que por otra parte son esmeradamente prosáicos, demuestran que no sabe usted una palabra de esas cosas.

También es muy feo este otro verso

«Cálmase el agua y se dilata mansa.»

por ser asonantes la palabra final del primer hemistiquio y la final del verso; y si tu-

viera usted oído poético, que no le tiene usted, no lo hubiera podido resistir.

Como esto que sigue:

«¿Diré también á Régulo y Escauro,
Al bravo Emilio
(¿Castelar?) de esforzado pecho,
Que quiso más morir que verla rota
De la Romana gente por Aníbal?
De vosotras también cantara hazañas
La musa del poeta *agradecida*.....»

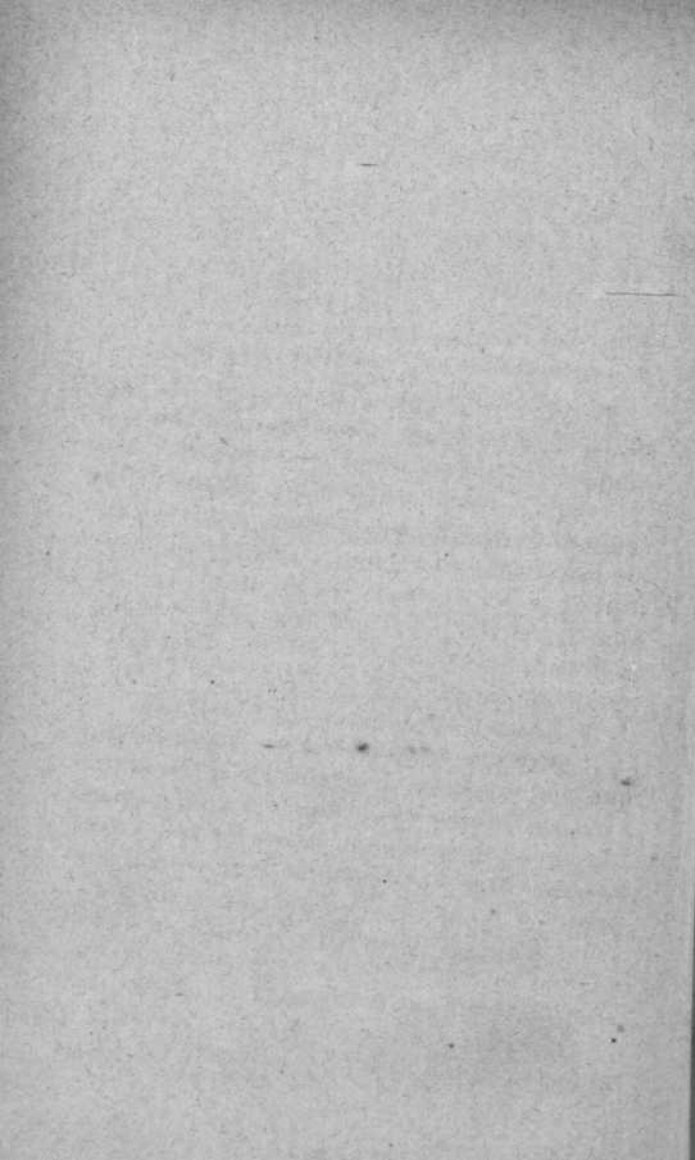
Ni eso es verso libre, sino romance, ni usted es poeta, sino duque, y nada más.

Por eso habla usted más adelante de los *pequeños astros*, lo cual es un pequeño galicismo. Y por eso, es decir, por ser solamente duque, y no poeta, exclama usted á lo último:

«¡Padre y guardián de la romana gente,
Nacido de Saturno!.....»

¡Mire usted que no habérsele á usted ocurrido otra manera de traducir el *Pater et Custos*, sino ¡Padre y Guardian! ¡Ya por poco hubiera usted suprimido la conjunción y convertía usted á Augusto de una plumada en superior de un convento de franciscanos.

¡Qué cosas dicen ustedes los duques!



II.

Bajemos dos puntos en la escala de los motes ilustres y nos encontraremos con un conde.

Conde, que si en la escala aristocrática está naturalmente dos escalones ó dos y medio más abajo que el duque de Villahermosa, lo que es en la escala de los malos poetas está tan alto como el primero; es decir, que en cuanto á mal poeta no desmerece un ápice ni aun comparado con el duque.

Este conde es el conde de Vigo.

Ustedes no le conocerán, y no es extraño; que yo tampoco le conocía hasta antes de ayer, ni de nombre. Antes de ayer, por un libro que casualmente me cayó entre las manos, supe que había un conde de Vigo, que por más señas se llama D. Joaquín (muy señor mío) y Tenreiro (gallego por lo visto) y Montenegro y Parada, y no sé si alguna cosa más; pero no importa.

El día quizá no lejano, en que algún ministro conservador, no sabiendo ya sobre

qué imponer contribuciones, imponga una sobre los apellidos, puede ser que el señor Tenreiro y todas esas cosas, haga lo que su paisano el otro gallego que venía para Madrid, y al pasar el Esla por una barca cerca del puente de Castro Gonzalo, que estaba roto, preguntándole el barquero cómo se llamaba, empezó á contestar:

—Xuan Pedru María Suárez *da Pradeira dos Montes de Pereiriña de Sargadelos de.....*

—Te advierto que aquí por cada nombre ó apellido se paga un cuarto, le interrumpió el barquero enfadado.

—Tenga usted, señor, dijo el gallego sacando de la faltriquera un cuarto en dos ochavos, uno de ellos de valor dudoso; tenga usted, señor, que apenas me llamo Xuan.

Volviendo al conde, yo al principio creí que sería uno de esos condes nuevos que hace Cánovas porque quiere, ó de los otros que se hacen en Roma, de los que todavía no lo es Carulla por no estar dispuesto á gastarse treinta mil reales, que es lo que suelen costar con los gajes de la agencia, la cual dicen si está ó no establecida en Madrid; sino que Carulla parece que le quería de momio. Creí, digo, que ese condado sería uno de esos condados así poco más que para andar por casa, como el que trajo don León Carbonero y Sol, que no le usa de puertas afuera, pero dentro de casa tiene la corona

en todos los asientos, hasta en los más humildes y excusados.

Confieso que me equivoqué; sí, yo cuando me equivoco, lo digo; no hago lo que el general Martínez Campos, que todavía sostiene que acabó la guerra carlista sin convenios y la de Cuba sin tratados, y que á él no se la da nadie, y que Benjamín Constant debe ser un diputado de la mayoría.

No, señor; yo confieso que me equivoqué. Fuí á mirar la *Guía*, y me encontré con que el condado de Vigo no es un título precisamente nuevo, aunque no es muy viejo; es un título de

Cuando Fernando Sétimo
Gastaba paletot,

es decir, del año de 1818.

Pues sí; este conde ha dado á luz—no se asusten ustedes—un libro de versos bastante malos; y creo que aunque diga de sobra, no es mucho decir.

Con todo, el libro tiene dos ó tres cosas buenas; dos de seguro, y una que probablemente será buena también: la intención del conde. Sí; yo supongo que la intención del conde habrá sido muy buena, por más que los versos no la correspondan. Y además es bueno el papel, eso sí; excelente papel, capaz de acreditar, si no el talento del señor conde, por lo menos la fábrica. Y también es buena

la impresión, buena: una impresión clara, hermosa, como la de todos los libros inútiles. Por este lado el libro del conde recuerda, hablando con perdón, el burro de la fábula de Iriarte; aquel burro de los atavíos lujosos, que luego tenía el lomo

Asaz mal ferido
Con dos mataduras
Y tres lobanillos,

etcétera. Y lo que es si yo hubiera comprado el libro, que no le he comprado—¿qué había de comprar yo un libro de versos de un conde de Vigo?—hubiera tenido que decirme lo que se decía el pobre comprador del burro:

¡Burro, dijo el hombre,
Más que el burro mismo,
Soy yo, que me pago
De adornos postizos!

Repito que yo no he comprado el libro del conde, y por consiguiente, no tengo que decir esas cosas.

Tengo que decir otras.

Verbigracia: que el libro del conde lleva por título *Vía-crucis*, y es un verdadero Calvario de la literatura.

Por más que otra cosa diga el teniente vicario eclesiástico de esta corte, en el informe que se le pidió por la autoridad eclesiástica para conceder la licencia. El cual dice,

refiriéndose al libro, que los sublimes misterios de la Pasión «se hallan expuestos por el señor conde con gallardía y belleza, en verso correcto y armonioso».

Y diga usted, y perdone, señor censor; ¿á usted quién le pregunta los años que tiene? O de otro modo: ¿quién le manda á usted meterse en libros de... poesías?... Porque á usted, como si lo viera, le habrán mandado examinar si el libro contenía alguna cosa contra la fe ó contra la sana moral. Pero de seguro* que nadie le mandó á usted decir si contenía algo contra el buen gusto literario, ni si los versos eran armoniosos y correctos, como usted dice. No, señor, apuesto doble contra sencillo á que no le encargaron á usted eso... ¿quién le había de encargar á usted esas cosas?....

Convénzase usted de que al echar esos pipos al libro del conde, se ha salido usted de su esfera, y es claro, le ha salido á usted mal; porque francamente, eso que dice usted de la gallardía y belleza y de los versos correctos y armoniosos, no es más que hablar del arquitebe.

Y si no, para que usted se convenza por sí, verá usted unos cuantos versos de los del conde, cogidos así al *vultum tuum*, que es como su autor los ha hecho. Y si me dice usted que son gallardos, bellos y correctos y armoniosos, declaro que así entiende usted de

versos y de literatura, como yo de echar medias suelas.

Verá usted qué quintilla:

«Más dulce que de la sierra
La miel, la leche, *que* el vino,
El amor que en ti se encierra.....
¡Tierra soy si amo la tierra,
Si te amo, mi Dios divino!»

Vamos ¿le parece á usted que eso es bello, ni correcto, ni gallardo, ni nada?

En primer lugar notará usted, si lo tiene á bien, que los tres versos primeros no tienen nada que ver con los dos últimos. Y esto se repite en el libro con mucha frecuencia, porque sin duda se le figura al condé que en poniendo unos puntos suspensivos, ya es libre, feliz é independiente para marcharse donde le dé la gana.

En segundo lugar, el *que* del vino es un ripio muy feo y muy injusto, porque para poner un *que* al vino, ¿por qué no haber puesto á la leche otro igual? ¿Qué pecado había cometido la leche? ¿O qué privilegio tenía para quedarse sin su correspondiente *que*?

Y esto pasando porque el vino sea dulce, que el buen vino ya sabrá usted que no lo es, y pasando por los puntos suspensivos, que le dejan á uno plantado á lo mejor.

Por lo que no se puede pasar es por el *divino* final, que es verdaderamente un final divino. Le advierto á usted que la puntua-

ción es la misma que usted ve; y ahora dígame usted, ese *divino* ¿se refiere á Dios, ó se refiere al conde? No es por nada, sino porque en el primer caso estaría muy mal, y en el otro también. Porque llamar divino á Dios es una especie de pleonasma de mal gusto, y llamarse divino á sí mismo el conde..... no le quiero decir á usted lo que sería.

Verá usted ahora otra cuarteta ó cosa así:

«Sin compasión le agobiaron
Bajo el peso de la cruz.
¡Ellos *sus* ojos cegaron
A los rayos de *su* luz!»

¡También dirá usted que esta es una cuarteta bella, gallarda, armoniosa y todo lo demás! Pero ¿me quiere usted decir, por si acaso, aun cuando tenga usted que preguntar al conde, de quién es la luz y de quién son los ojos? Porque me parece que el conde no nos lo ha dicho.

En cambio nos ha dicho más ripios de esta índole:

«Alma, delante del hombre
Negaste á Dios sin conciencia
Y sin pensar—no te asombre—...»

No, señor. Yo ya no me asombro de nada en materia de ripios. Porque ha de saber usted que he leído á Cañete y á Fernández Guerra y á casi todos los académicos, sin excluir á Cheste; de modo que ese *no te asombre* le conozco mucho.

Lo que no conocía eran estos otros ripios de nueva invención:

«¿Pensaste—¡Juez soberano!—
Reconcentrado en ti mismo,
Si obrando como pagano
Guardas la fe del cristiano
Que juraste en el bautismo?»

Al principio parece que el que pensó fué el Juez soberano reconcentrado en sí mismo; pero luego, como dice que obra como pagano, resulta que no es el juez, sino el reo, y que el Juez soberano ha sido traído allí al primer verso, con grande irreverencia, no más que á servir de consonante.

¿Y esto que sigue?

«Si se enciende tu furor
Contra ese pueblo—¡inhumanos!—
Ve que eres tú del Señor...»

Nada; que el conde, en poniendo unos puntos ó un par de guiones... adiós. Para comerciante, es decir, para mal comerciante, no tendría precio. ¡Haría cada corte de cuentas!

Como éste:

«¡Horrible noche, Dios mío,
Más que de Egipto las nieblas!..
Ya pronto de sangre un río...
¡Tu hora, pérfido judío,
Y el poder de las tinieblas...»

¿Le quiere usted, señor censor, le quiere usted preguntar al conde para qué puso ahí ese río, para no acertar luego ni con el vado

ni con la puente? Hombre, eso se llama dejarle á uno en medio del río... y de un río que no se sabe que hiciera falta.

Pero todavía esto que sigue casi es mejor: atienda usted:

«Ponzoña engendró la ciencia
De la tierra, y perdición,
Pervirtió *su* inteligencia.....
¡Tinieblas en *su* conciencia,
Gangrena en *su* corazón!»

Ahí tiene usted una quintilla que parece el bolso de una verdulera francesa..... Por la abundancia de los *suses* lo digo.

Pero ¿me podrá usted averiguar de quién es esa *su* inteligencia? La del conde no será, porque me parece que no la tiene. ¿Y esa conciencia y ese corazón? ¿Sabe usted si son de la tierra, ó de la perdición, ó de la ciencia, ó de la ponzoña? Porque no veo más gente por allí que pudiera cargar con la culpa. ¿Y quién es el que pervirtió la inteligencia?... Nada, que no parece el reo.

Y ahora le prevengo á usted, señor teniente vicario de Madrid, que aunque me río del libro del conde, no lo hago por irreverencia para con los misterios de que trata.

Al contrario; católico firme y decidido como soy, lo que quiero es quitarles á estos condes y demás duques ó malos poetas la manía de poner en ridículo, es decir, en verso del que ellos hacen, las cosas santas. *Sancta,*

sancte sunt tractanda, me parece que dijo un Santo Padre; dígaselo usted al conde, traducíendoselo si es menester, para que no vuelva á tratar tan mal los misterios de la Redención.

¡Ah! Y dígale usted también al conde que no escriba en castellano *Zacharías* ni *Zacheo*, por echárselas de erudito, sino *Zacarías* y *Zaqueo*, que es como se escribe, porque la *c* y la *h* en castellano no tienen más sonido que el suave *cha*, *che*. Y que no quiera parecerse á algunos periódicos de Valladolid y aun de Madrid, que escriben *vallisoletano*, lo cual es una tontería.

Y nada más.

Digo, sí; se me olvidaba. Dígale usted también al conde que escribiendo tan mal como escribe y haciendo tan remalísimos versos ¿por qué diablos no solicita una plaza de académico de la lengua?

Que no sea tonto, que entrará como Pedro por su casa.

III.

Ahí tienen ustedes al marqués de Molins, muy señor mío, y supongo que también de ustedes; pero, sobre todo, de la embajada de París, que ha usufructuado unos seis años, para lo cual no necesitó el viejo moderado y aun *polaco* más que resellarse de liberal-conservador.

Cosa para el marqués mucho más fácil que hacer una aleluya.

Si la aleluya ha de ser buena; pues para hacer aleluyas malas ó cualesquiera otros versos de la misma índole, tiene el marqués tanta facilidad lo menos como para resellarse.

Y es de advertir que no ha sido esta la primera vez, sino que ya llovía sobre mojado. Es decir, llovía sobre la embajada de Londres, que también usufructuó el marqués allá por los años del 65 al 66 de este siglo, mandando la Unión liberal, sin que para ello tuviera más que hacer que resellarse de unionista.

Los moderados son así; ó por lo menos así es D. Mariano Roca de Togores.

La embajada primera no le costó más que apechugar con el reconocimiento del llamado *Reino de Italia*, de que él y sus amigos políticos aparentaban escandalizarse tanto. La segunda, tampoco le costó más que transigir con la tolerancia de cultos, sancionada en la Constitución del 76, y renunciar á la unidad católica, que él y los demás moderados decían estar dispuestos á defender y conservar á cualquier precio.

(Menos al de renunciar á la nómina.)

Por algo es tan peludo el marqués de Molins. Como se parece tanto á Esaú en lo de *pilosus*, quiere parecerle también en lo de vender la primogenitura político-piadosa, y la va vendiendo ya dos veces, si no por un plato de lentejas, á lo menos por un plato de monedas de 100 reales en forma de sueldos y *viáticos* de embajada.

Ni más ni menos que el marqués de la Vega de Armijo, que también es hombre de bastante pelo, sería capaz de vender todas las primogenituras posibles por un plato de *judías* danubianas, con sus judíos correspondientes.

Volviendo al de Molins, no me digan ustedes que todo eso no tiene nada que ver con los ripios de sus versos; porque sí tiene, y mucho que tiene.

Un hombre que así vende una vez y otra por un potaje diplomático la primogenitura

y aun la filiación de católico, y con ella su derecho á la gloria, no puede ser poeta.

Y, efectivamente, no lo es.

Allá en lo antiguo solía escribir romances á *Carmen* (*Carmen* creo que debe ser la señora marquesa, c. p. b.) llamándola:

«La del cabello atezado,
La de la frente *de plata...*»

¡Figúrense ustedes!... ¡Una señora con la frente de plata! Y todo así por este molde.

Ahora modernamente ha coleccionado todas sus simplezas antiguas, aumentadas con algunas nuevas, en varios volúmenes, de que *La Epoca* y *El Tiempo* han hecho casi tantos elogios como del gran tomazo de las *Cartas de Indias*.

La Epoca se ha enamorado del tomo II, que sin duda la pareció el mejor, y de él copia un prólogo en prosa y unas décimas en verso, por decirlo así.

De la prosa del marqués no hay que decir sino que es oscura y enrevesada cuanto cabe.

De los versos... allá va la primera décima:

«Con envidia ese legajo
Os mando, bella Leonor:
Que es hoy para mí favor
Lo que para vos trabajo.
Mañana orillas del Tajo
La frondosa «Pañoleta»
Verá vuestra faz perfeta,
Y que no olvidéis espero

*La espada de caballero
Y la lira del poeta.»*

La espada de caballero era el título de una cosa como drama que constituía el legajo que el marqués mandaba con envidia. *La pañoleta* era una dehesa, y *perfeta*, un consonante, y todo lo demás como el *favor*, y el *trabajo* y la *lira*, ripios, como habrán visto ustedes.

Después, en la segunda décima, la emprende el marqués con el río, á quien llama padre, y de buenas á primeras le dice:

«Padre Tajo, agosto río,
Honor de la gran Toledo,
Bien puedes correr más ledo
Con los versos que te envío...»

¡Sí, pues vaya un regalo! No sé lo que haría el río; pero lo que hubiera hecho yo en su lugar, era lo contrario: correr más triste, y más aprisa para no escuchar los versos de usted, señor marqués; porque la verdad, y dicho sea sin asomo de adulación, es que por no oírlos se puede dar algo bueno.

¡Pues vamos, que esta otra décima!...

«¡Quién sobre el fiero *tordillo*
Siguiendo la caza os viera,
Como Diana ligera
Tras el rando *cervatillo*,
Ya perdido el *sombrerillo*...»

¡Hombre, digo, hombrecillo, ó marquesillo! ¡Qué consonantillos tan variadillos!

¿Conque el *sombrerillo*? ¡Habrá picarillo!...

No les quiero decir á ustedes lo que pasa en la décima después de perdido el *sombrerillo*, porque supongo que no les importará á ustedes gran cosa, y además tampoco tiene nada de particular.

Lo único particular que hay aquí, es que el *marquesillo* es un *poetillo* bastante *malillo*, y aun *bastantillo*... Si bien esto tampoco es particular en la clase de *marqueses*, sino general, ó como diría el *marqués*, *generalillo*.

A estas *décimas* y otras así, las llama el *marqués oportunas*, con todas sus letras y *La Epoca* remacha el clavo llamando *discretísimo* al prólogo en que las encaja... ¿Qué daño les habrá hecho el buen gusto literario á los conservadores, para que le tengan enemistad jurada?

Porque no son solos el *marqués* y *La Epoca* los que despotrican en daño de la literatura, con ocasión de los volúmenes del *marqués*, sino que hasta *El Tiempo*, hasta el *El Tiempicillo* inconcomitante, impermeable é indoc-to, como le solía yo llamar en *El Siglo Futuro*, hasta el mismísimo incauto *Tiempo*, se cree en el caso de echar las piernas por alto en honor del *marqués* y de sus atentados poéticos.

Sólo que *El Tiempo* no se enamoró como *La Epoca*, del tomo II. A *El Tiempo* le ha seducido el tomo III, quizá por estar encuadrado en papel verde. Lo cierto es que *El Tiem-*

po, de puro entusiasmo, levanta á este tomo el falso testimonio de que «estaban esperando su reimpresión los *aficionados á las letras...*»

Después descerraja *El Tiempo* unos cuantos pares de... elogios al señor marqués, llamándole poeta dramático, profundo historiador, y profundo académico (vaya si es profundo; profundo embajador, sobre todo), y habla de «la galanura del estilo y agradable recreo que el tomo contiene,» y se lamenta de la dificultad de escoger para muestra, porque todo es tan bueno, que «raya en lo excelente.»

Laméntase, además, *El Tiempecillo* incivil de lo *desmedrado* de su ingenio, aplicando al ingenio un adjetivo más propio del lomo; y por fin elige *La Manchega*, «digno coronamiento de la obra del señor marqués de Molins, al decir de *El Tiempo*, y modelo, por lo acabada y completa, de *tipos* (¿?) nacionales, estudios de costumbres y recuerdos de nuestro país.» «Mézclase en ella, añade todavía *El Tiempo*, la observación filosófica á la narración de escenas populares, cual mejores no pueden imaginarse, sentimentales la mayor parte, otras de provechosa enseñanza, y todas de *sabor* tan local (ya pareció el *sabor*) y castiza estructura que... etc.»

Ahora, no porque tal haya dicho *El Tiempo* vayan ustedes á creer que *La Manchega* es un disparate. No; son muchos.

«Sirvan de ejemplo, como dice *El Tiempo*,

las siguientes coplas, que el autor pone en boca de un marmitón (¡valiente par de marmitones estáis tú y el marqués!) de cierta fonda del camino de hierro:

»Para tren de recreo
Tomé billete,
Y una *quereña* truje
Desde Albacete.
¡Ay, la de Quero!
¡Quién fuera en mejor viaje
Tu fogonero!»

¡Cuánta majadería! La *quereña* no se sabe qué chisme es, hasta que luego se sospecha que puede ser una moza de Quero, que tampoco se sabe á qué viene.

¡Y la copla que sigue!....

«Quien no ha probao nunca
Tren de tercera,
No sabe lo que es *groma*
Ni cosa fresca.»

No; el que no sabe lo que es broma (pesada) es el que no ha leído versos del marqués de Molins, con ó sin elogios de *El Tiempo*. Aquí ya dejó el marqués los consonantes, y se contenta con asonantes. Después vuelve á los consonantes y á los desatinos (aunque estos no los había dejado) en esta forma:

«Hoy cumple mi *quereña*
Deciocho abriles,
Hasta los veinte justos
No descarriles...»

¡Hombre! y después, ¿por qué ha de descarrilar? Siga usted:

«¡Ay, mi Maruja!
Yo podré ser entonces
Tu guarda-buja.

¡Mejor hubiera hecho usted en guardarse los versos! Mucho mejor.

Pero ya que usted no los guardó, tampoco yo quiero ocultar á mis lectores esta estrofa:

«Un suspiro tan sólo
De mi manchega,
Puede más que el silbío
De cien calderas.»

¡Qué barbaridad!

Pero, diga usted, señor de Molins, y tan literato como es usted, ¿no conoce las fábulas de Iriarte? Y si usted las conoce, ¿cómo no se ha mirado usted en el espejo de aquel pariente suyo que figura en una de las primeras? Porque me parece que ante las alabanzas de *El Tiempo*, ha debido usted echarse sus cuentas allá entre sí, y exclamar como el oso que bailaba:

Mas ya que *El Tiempo* me alaba
Muy mal debo de bailar.

Y efectivamente, baila usted muy mal.

IV.

El conde de Cheste.

—¡Este!.... ¡Este!....

No crean ustedes que lo digo yo: lo dice el eco.

El eco de la fama.

Para la cual será sin duda desconocido el conde de Cheste como guerrero; mas no puede ser desconocido como mal poeta. Hay cosas y malos poetas que no puede desconocer nadie.

Con todo, por si alguno de ustedes ha tenido hasta hoy la fortuna loca de no tropezarse jamás con una *poesía* del conde de Cheste, es decir, por si alguno de ustedes no conoce todavía los versos del conde de Cheste más que de oídas, no cometeré yo la imprudencia de mostrar á ustedes la clase, sin ciertas precauciones.

¡No faltaba más!

Tiene versos el conde, que, leídos así, sin preparación, pueden hacerle á cualquiera caerse muerto de repente.

¿No están ustedes cansados de oír echar

pestes contra *La Correspondencia de España* por la irreflexión con que estampa noticias de fallecimientos, bodas y otros desastres, que producen luego en cualquier lectora desprevenida por lo menos desmayos y síncope?

Pues, aseguro á ustedes, á fe de Venancio, que la generalidad de los versos del conde de Cheste, es decir, todos, porque todos son *generales*, tienen mucha más fuerza destructora que cualquier noticia de *La Correspondencia*.

Así es que no, yo no quiero dar á ustedes de sopetón los versos del conde.

Por lo menos he de hacer esta advertencia de antemano.

El conde de Cheste es académico de la Española.

Y no un académico así, de tres al cuarto, como el conde de Casa-Valencia, sino el principal, el presidente ó el director, que no sé á punto fijo cómo se llama; en fin, el que rige y gobierna todo aquel zurriburri literario, que comienza por el expresado conde de Cheste, continúa por Alejandro Pidal y Mariano Catalina, y concluye ó va á concluir por el duque de Villahermosa.

Hecha esta aclaración, prevenido el lector de que el conde de Cheste es el Tello que manda en la casita baja de la calle de Valverde (pues que nunca mejor que aquí se ha podido decir:—¿Quién manda?—Tello.—Así

anda ello), ya se le pueden disparar toda clase de malos versos á quemarropa.

Ya no hay peligro ¡quíá! por el contrario, me estoy temiendo que ahora, después de sabida la anterior noticia, por malos que sean los versos del conde de Cheste—¡y cuidado que son malos!.....—les van á parecer á ustedes demasiado buenos.....

Demasiado buenos para ser del director de la Academia.

Tal fama tiene esta señora.

Y no es mal adquirida.

Algo peor adquiridos suelen ser los bienes de los moderados y los consonantes del conde de Cheste, ninguno de los cuales (ni de los consonantes ni de los bienes) suele pertenecer en rigor de derecho literario ó civil al verso ni al moderado que los lucen.

Pero, en fin, con su pan se lo coman.

Que así lo harán.

A lo menos los moderados respecto de sus bienes, ya que el conde no quiera hacerlo mismo con sus consonantes, de los cuales se empeña en hacer participar á todo el mundo...

Con que dejémonos de política y vamos á los versos, es decir, á los ripios del conde de Cheste.

Aunque también los tiene políticos.

Me acuerdo mucho—¿cómo no he de acordarme?—de una *epístola* en tercetos, que hace unos cinco años disparó el de Cheste contra

otro conde amigo suyo, y contra el público en general, porque la imprimió en un periódico, y contra el sentido común, y contra el lenguaje, y contra la retórica, y contra la monarquía constitucional, y contra la gramática...

Y contra todo... ¡Hubo una de víctimas!...
La cosa comenzaba así:

«¿Podremos por la senda, conde amigo,
Que seguimos tú y yo con fe sincera.....»

sin cera y sin miel, y sin nada. Los panales poéticos del conde no tienen miel, ni cera, ni cosa que preste.

Pero tienen muchos disparates.

Verbigracia:

«¿Podremos por la *senda*, conde amigo,
Que seguimos tú y yo con fe sincera,
Llevar la *nave* á *descansado abrigo*?»

¡Bien descansado sí que le debió de quedar al conde el entendimiento! Porque eso de que las *naves* andan por *sendas*, como las cabras.....

Las *naves* andan por el mar, señor conde, si no lo lleva usted á mal, y aunque lo lleve. Pero también eso del *descansado abrigo*, denota que tiene usted el numen demasiado *abrigado*.

Por señas, que allí fué donde el conde de Cheste llamó á Cánovas *leguleyo vano*, y hasta llegó á decir de él ¡pásmense ustedes! lo que reza el siguiente terceto:

«Vedle, ese loco embaucador tribuno.
Con frase henchida de perfidia insana,
De orgullo *ahito* y de prudencia *ayuno*....»

Allí fué donde, señalando con el dedo á don Alfonso, rey constitucional casi recién llegado, dijo amargamente:

«Ya el *piloto primero* erró el camino.
Si á continuar el rumbo desastroso
Y no á corrientes nuevas, ¿á qué vino?»

Que es lo mismo que he dicho yo muchas veces, salvo lo prosáico y lo cursi de la construcción. ¿A qué vino... eso de *venir á corrientes* y eso del *piloto primero* y la epístola toda?
¿Y á qué vino aquel otro terceto que decía:

«Tal es la monarquía, y no combato
La libertad: Dios solo es absoluto,
Y de hacer **a**bsoluto al rey no trato?»

Claro que no. No trata usted de hacer absoluta más que la falta de poesía en su pedestre composición, y eso lo consigue usted de lleno; ¡vaya si lo consigue!

Figúrense ustedes si lo conseguirá el bueno del conde con tercetos como el que precede y como estos que siguen:

«¡Ay, qué esto no es vivir!.....»

Efectivamente, y bien está que usted lo diga, señor conde. Leer versos de usted, no es vivir, es perderse en un laberinto de prosaismos y de dislates.....

«¡Ay, que esto no es vivir!... y al alma atige
No ver remedio al mal que nos devora
Cuando caña tan fefle nos dirige...»

Aten ustedes cabos..... ó cañas.

«Tómala tú, rey mío...»

¡Qué ternura!...

«Tómala tú, *rey mío*, que ya es hora.
¿El vecino rugir no sientes *furo?*...»

¡Cuidado que es malo esto! ¿Pues y esto?

«Y no olvide que reina y que gobierna
Y es ese su deber y eso le manda
También de Dios la autoridad *superna*;
Que si de inerte vida *miseranda*...»

¡Anda, anda!

Afortunadamente la epístola fué denunciada por el fiscal de imprenta. No podía menos. La agresión y el atropello literarios eran ya tan enormes, que conmovieron á Mendo-Figueroa, que en paz descanse.

Por cierto que mandaba Cánovas; y bien seguro es que aquel procedimiento criminal contra los versos del conde de Chesté, es el único servicio que á D. Antonio deben las letras patrias.

El único servicio verdadero, porque flacos servicios las ha hecho muchos...

¡Ah! ¡pues si vieran ustedes otros versos del conde de Chesté que una vez encontré yo en un álbum!

Decía el conde:

«No entre ninfas y fuentes de verdura.»

Ya ven ustedes. Hasta ahora se habían conocido fuentes de agua, y aun de vino, en tiempo de elecciones y en otras grandes solemnidades, pero fuentes de verdura... estaba reservado al conde de Cheste el descubrirlas.

A no ser que aluda á las fuentes de espinacas que se suelen poner en la mesa los días de vigilia.

¿Y qué me dicen ustedes de las *ninfas de verdura*? Porque no consta en el texto que la *verdura* del consonante sea peculiar y exclusiva de las fuentes, no; lo mismo puede ser de las ninfas, exactamente lo mismo.....

Peor que á las fuentes no las ha de sentar.

«No entre ninfas y fuentes de verdura,
Ni bajo sombras en mullida vega,
Sino de la virtud nuestra ventura
Está en la cima *audaz, áspera, ciega.....*»

¡Eche usted, hombre, eche usted! ¡Qué conde este, y qué ensañamiento el suyo para apedrear á las cosas con epítetos!

Porque, vamos, que aparte de la belleza de la construcción: *sino de la virtud nuestra ventura está en la cima*, donde casi es imposible escogitar manera más oscura y revesada de decir que nuestra ventura está en la virtud; aparte, digo, de esta belleza, lo que es

eso de llamar *audaz* á la cima de la virtud, ya es una audacia sólo comparable con la del conde al meterse en versos.

¡Pues y lo de llamar á *la cima* de la virtud *áspera* y *ciega*, sobre todo lo de *ciega*!

¿Por qué la llama usted ciega, señor conde, vamos á ver? ¿De dónde le sale á usted llamar ciega á la cima de la virtud? Más ciego es usted, sí, señor, mucho más. Porque si necesitaba usted un consonante en *ega*, en Navarra hay un río de este nombre; y si no quería usted ir tan lejos, hubiérala usted llamado *griega*, que yo creo que no era tan malo. ¡Pero *ciega*! ¡Vaya con el conde! ¡Y qué consonantes nos gasta!

«Quien no suda y se hiela.....»

Sigue la octava del conde.

«Quien no suda y se hiela.....»

Que es lo que pasa á uno con los versos de usted, señor conde; andar de fatiga por los malos tratamientos con que aflige usted á la sintaxis, y quedarse uno helado á lo mejor ante un consonante de esos *ciegos* que le planta usted al lucero del alba.

«Quien no suda y se hiela, quien no abjura
Del ocio y del deleite allá no llega.

Aguila á quien tan noble sangre anima,
¿No querrás tú llegar hasta esa cima?»

No, señor; lo que es como supiéramos que le íbamos á encontrar á usted allá, no que-

rríamos llegar hasta esa cima ni hasta ninguna otra.

Y no sería por falta de abjurar del ocio y del deleite, sobre todo del deleite; porque ¿qué mejor abjuración de todo deleite que la de ponerse uno á leer versos de vucencia?

Se advierte que águila no es aquí cualquiera de los lectores; águila es la señora de la casa y del álbum.

Bien podía el conde haberla llamado paloma, que sería más poético; pero nada... águila. ¿Qué entiende el conde de estas cosas?

Y gracias que no le hizo falta el nombre de otro pájaro cualquiera ó algún adjetivo inconveniente para el consonante, que si se la hubiera hecho, lo mismo se le encaja. ¡Cuando se atrevió á llamar *ciega* á la cima de la virtud! Al cabo no ha tratado tan mal como á la cima de la virtud á la señora.

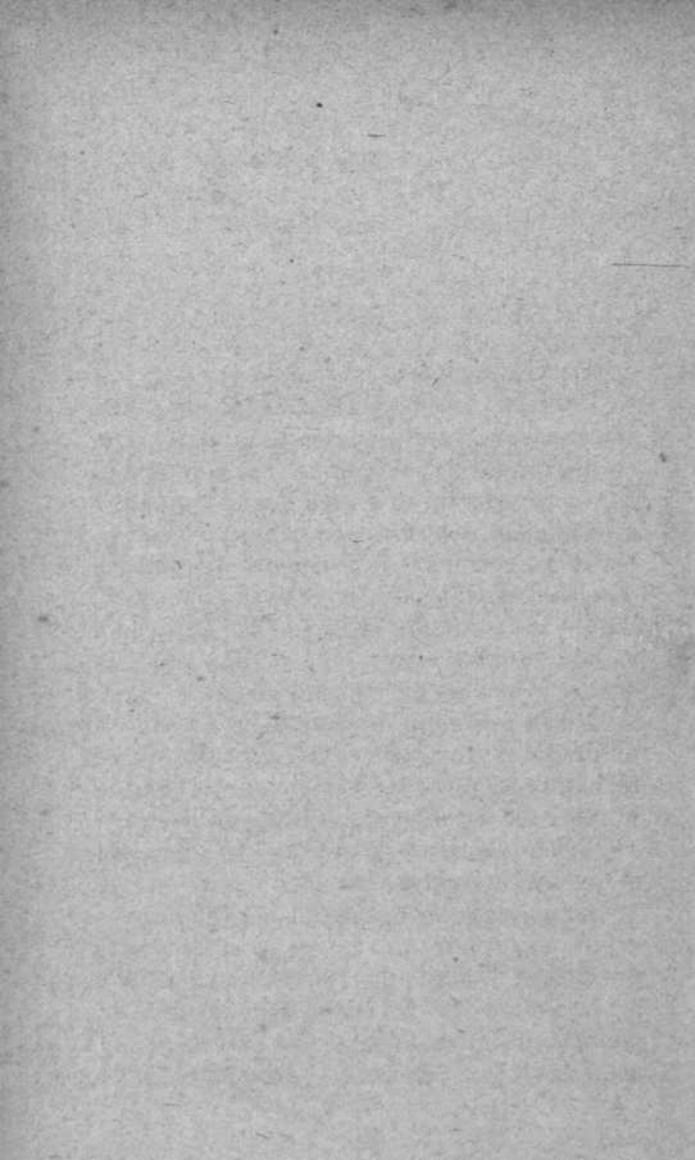
Ni tan mal como á la poesía.

Para la cual, todo eso que ustedes han visto son tortas y pan académico en comparación de otras cosas del conde de Cheste.

Porque siendo verdad el refrán que dice:

El que hace un cesto, hará ciento
Si le dan mimbres y tiempo,

el conde de Cheste, que ha tenido siempre mucho tiempo de sobra, y también muchas mimbres, ¡figúrense ustedes si habrá hecho cestos literarios!



V.

Dos-Hermanas es un pueblo que está junto á Sevilla; tiene estación de ferrocarril y tiene marqués, porque nada le falte.

Es verdad que si lo de la estación no deja de ser rara fortuna, puesto que hay muchísimos pueblos privados injustamente de este beneficio, gracias á la perfecta libertad con que las compañías de ferrocarriles han hecho siempre entre nosotros lo que las ha dado la gana, lo que es marqués, ya casi no va quedando un pueblo en España que no le tenga.

Ni un pueblo, ni un monte, ni un soto, ni un prado, ni una casa, ni un río, ni un puente, ni un chisme cualquiera que tenga nombre.

De todo y para todo hay marqueses ya.

Una barbaridad de marqueses, como dice el general Martínez Campos.

Lo que pasa es que estos marqueses nuevos no son señores, como los antiguos, de los pueblos de donde toman su denominación, ni les hacen ningún beneficio. Muchos de estos pueblos no han visto nunca al respectivo marqués, el cual no conoce tampoco el pueblo

respectivo más que si acaso por el mapa, ni tiene en él un sólo terrón propio.

En fin, lo cierto es que el pueblo de Dos-Hermanas tiene su correspondiente marqués, y de esos en verso, que no todos los pueblos se pueden alabar de otro tanto.

Ahora, lo que no sé yo es si el marqués de Dos-Hermanas, que no es de los más nuevos, estará en buenas relaciones con el Santo de su nombre. Digo, con el pueblo, que con el Santo ya se adivina que no lo estará, pues de estar en buenas relaciones con algún Santo, no andaría tan dejado de la mano de Dios como se necesita para hacer sonetos que... ¡vamos!

Este que van ustedes á leer le encontré el otro día... casi no es menester decir en dónde, porque en siendo malo ya se sabe: en *La Ilustración Española y Americana*.

Comienza así: pone arriba *Soneto*, y dice:

«¿Ves aquel olmo *enhiesto* que *flaquea*,
Del valle *extenso* en la feraz *llanura*,
Cuyo tronco se cubre de *verdura*,
Cuyo follaje umbroso *amarillea*?...»

Como no se sabe, ni se ha podido averiguar por el contexto, á quién va dirigida la pregunta del señor marqués, me voy á tomar yo la libertad de contestarla.

Sí, señor; veo perfectamente *aquel olmo*, y aún se me figura que veo otro también... Sí, señor, veo *aquel olmo*, *aquel*, *sí*, *aquel* que

usted dice, advirtiéndonos que es *enhiesto*, lo cual me parece que estaba demás, porque es condición natural del olmo el ser *enhiesto*, como el no dar peras ni otra fruta que sirva. Casi todo lo que no da fruta es *enhiesto*... No le conozco á usted, y ya se me está figurando que es usted *enhiesto* y que *flaquea*, si no físicamente como el olmo, de entendimiento.

Conste que veo *aquel olmo* en la *feraz llanura* de valle *extenso*, lo cual no es precisamente un disparate, porque son dos; pues ni al valle le sienta bien lo de *extenso*, ni medio bien lo de la *llanura*.

Sí, señor; conste que veo *aquel olmo*, cuyo tronco se cubre de verdura, y

«Cuyo follaje umbroso amarillea....»
(*Todo porque usted quiere que así sea*),

y vamos adelante, señor marqués de Dos-Hermanas.

Por cierto que no sé quiénes puedan ser esas *Dos-Hermanas* de usted. Lo que es la inspiración no es ninguna de ellas, de eso estoy bien seguro; ni la poesía tampoco.

Y si no, ahí está para darme la razón el segundo cuarteto:

«Muerte le da el retoño que *verdea*,
Muerte la yedra que su savia apura.....»

Usted sí que apura la paciencia del lector con ese par de *muertes* y otras dos parecidas

que vienen detrás, y que son las más negras. Porque después de aquellos dos *cuyos* del primer cuarteto, era natural, tratándose de un poeta de la clase de usted, que vinieran dos muertes; pero ¿cuatro?....

Nada, á muerte por verso.....

Si no es al principio, es al medio, y si no, al fin. Por todos los versos de usted viene la muerte..... del buen gusto.

«Muerte le da...» no olviden ustedes que es al olmo, á aquel olmo enhiesto que flaquea.

«*Muerte le da el retoño que verdea,
Muerte la yedra que su savia apura;
Lozana vida muerte le apresura
Y estrecho abrazo muerte le acarrea...*»

¡Qué hermosura, señor marqués! ¡Y qué gracia, y qué belleza, y qué poesía la de esas locuciones de los últimos versos! *Lozana-vida-muerte... estrecho-abrazo-muerte...*

Aparte del *apresuramiento* y del *acarreo*, que también son de primera clase.

Y vamos á los tercetos, donde dice usted:

«Reverso yo del árbol en la suerte.....»

¡Reverso, sí, reverso! Me parece que usted es el reverso de muchas cosas. Pero especialmente el reverso del poeta. De eso doy fe.

«Reverso yo del árbol en la suerte,
Medro al calor de yedra bendecida,
Y triunfo.....»

¿Que triunfa usted?... Pues mire usted,

es un triunfo el de hacer sonetos como éste, que no se le envidio á usted, ni creo que se le envidie persona humana. ¡Vaya un triunfo!

Pero no anticipemos los sucesos ni los despropósitos poéticos del soneto de usted...

«Y triunfo, floreciendo, de la muerte...»

Que es la quinta muerte de la temporada. Y que, aunque está bien, no tiene, ni con mucho, el mérito superabundante del triunfo-flo....reciendo. Ese *fo-flo* es de lo más armonioso y de lo más.... infeliz que se ha visto.

¿Pues y lo del segundo verso del terceto?

«Medro al calor de yedra bendecida...»

¿Le parece á usted que eso está bien, ni medio bien? ¿Le parece á usted que se pueden llevar á los sonetos, aunque sean malos, esas interioridades domésticas? Porque en primer lugar, ¿qué nos importa eso á nosotros? Quiero decir á los que leemos alguna vez que otra, para buscar ripios, *La Ilustración Española y Americana*.

Y en segundo lugar... Hablaba usted más arriba de aquel «retoño que *verdea*.» ¡Usted si que *verdea*! Porque me parece que eso de llamar *yedra* á la señora marquesa, es una imagen bastante verde. Y muy cursi.

A más de que es confesar que usted es olmo.

Que es la sospecha que yo había apuntado hace un momento.

En fin, apuremos la savia literaria del señor marqués:

«Reverso yo del árbol en la suerte,
Medro al calor de yedra bendecida
Y triunfo floreciendo de la muerte:
Que en nuevo ser y en existencia unida...»

¿Quién, la muerte? Porque ese *que* parece relativo de la muerte. Aunque se me figura que usted quiere que sea de la yedra... ¿No es verdad, señor marqués? Bueno: pues que sea; pero que conste que es porque usted quiere. Nada más que por eso.

*Que en nuevo ser y en existencia unida,
La estrecha unión en vida se convierte.
Y en cada nueva flor, hallo más vida.»*

Es verdad que ya antes nos había dicho el marqués que florecía. Era otro dato más. Ahora nos habla de *cada nueva flor*, y aunque no está claro el sentido, no pudiendo ser esas flores las flores de su ingenio, porque para esto había que cometer una figura retórica demasiado fuerte, parece que deben ser los niños que le nacen á su excelencia.

Bien que le nazcan á usted niños, señor marqués; pero, por el amor de Dios, que no le nazcan sonetos!

VI.

—¡Usted es una calamidad!—le decía una vez González Bravo al autor de *Don Alvaro ó la fuerza del sino*.

—¿Por qué, Sr. D. Luis? le contestó el duque.

—¡Mire usted—replicaba el antiguo redactor del *Guirigay*—que haber formado toda una familia de poetas.... todos malos!...

Había dado motivo á la exclamación del ex-demagogo famoso, la lectura de una poesía muy mala, y además muy larga, lectura que acababa de perpetrar en una tertulia, uno de los innumerables malos poetas de la familia del duque de Rivas.

Que verdaderamente son innumerables,
Y verdaderamente malos poetas.

Lo cual no es un obstáculo para que también sean malos políticos.

Como lo son efectivamente.

Moderados casi todos, cuando los había (menos el marqués de Heredia, que era de la

Unión liberal), conservadores liberales después, pero conservadores liberales del género beato y santurrón, es decir, del peor género.

Por ahí los tienen ustedes con sus correspondientes títulos, antiguos ó modernos, porque á los que no tenían título antes, se le ha dado D. Alfonso después que vino; por ahí los tienen ustedes casi todos, unos en el Congreso y otros en el Senado.

Pero dejémonos ahora de malos políticos, pues para eso ahí está el Sr. Sagasta que no tiene nada que envidiar á nadie, y volvamos á los malos poetas, para lo cual tampoco es menester salir de entre los parientes del difunto duque de Rivas, á quien Dios haya perdonado todos sus pecados, incluso el de haber dejado tan mala raza literaria en el mundo.

El poeta, digámoslo así, que hoy tengo el gusto de presentar á ustedes, no es hijo del duque, ni yerno, aunque de ambas clases hay malos poetas, que ustedes irán conociendo poco á poco; es cuñado, que para el caso viene á ser lo mismo.

De todos modos, como poeta, es hechura del duque.

Porque es indudable que no por otra cosa, sino por ser cuñado del duque de Rivas, se creyó D. Leopoldo en el deber de ser poeta.

Don Leopoldo Augusto de Cueto, que es de quien voy hablando, modernamente conocido, no sólo en su casa, sino hasta en las de

sus parientes y amigos íntimos, por el título de marqués de Valmar.

Valmar es un charco que hay allá en Deva, á la orilla del cual tiene don Leopoldo una casa; y como quiera que don Leopoldo, por su parentesco de afinidad con el duque de Rivas, no sólo se creía obligado á ser poeta, sino aun á ser marqués, puso los medios y logró ser llamado marqués de Valmar en el año primero de la era de Cánovas.

(Que viene á ser casi la *era* del Mico.)

Con lo cual, es decir, con haber conseguido hacerse marqués, no se hizo mal poeta.....

Porque ya lo era antes.

Lo menos con treinta años de anticipación, y como si presintiera el marquesado, escribía ya don Leopoldo unas cosas á que solía llamar *baladas*, en muy malos versos, eso sí, pero sin sustancia en el fondo.

Verán ustedes cómo *balaba* el futuro marqués de Valmar, allá en los tiempos que pudiéramos llamar sus verdes Abriles.

Hablaba de la mujer y decía:

«Por qué en su pecho como en *móvil lira*...»

En primer lugar, notarán ustedes que el epíteto no es muy propio, porque la *lira* no se puede decir que sea *móvil*; si no la tocan, no se mueve: lo que tiene es que, en cambio, es muy duro. Porque para pronunciar el *móvil* junto á la *lira*, es decir, *móvil lira*, se ne-

cesita hacer ejercicios de pronunciación dificultosa. ¡*Móvil lira!*..... ¡Al demonio no se le ocurre más!.....

«¿Por qué en su pecho como en *móvil lira*
De las obras de Dios vibra el acento?»

¿El *acento* de las *obras*, señor marqués?
¿Le parece á usted que las obras de Dios tienen acento como el periódico de Canga-Argüelles? (1)

¡Por Dios, señor don Leopoldo, por Dios, no diga usted simplezas!

En sólo dos versos compara usted el pecho de la mujer con una lira, que es comparar, y con una lira *móvil*, digo, no, con una *móvil lira*, que es una frase más impronunciable que ningún regimiento de ingenieros, por más que digan que no se han pronunciado nunca; y luego asegura usted que en el pecho de la mujer vibra el *acento* de las *obras* de Dios..... ¡Cuidado que es disparatar!

Pero sigamos.

«¿Por qué en su pecho como en *móvil lira*
De las *obras* de Dios vibra el *acento*?
¿Por qué feliz su corazón suspira...»

También es curiosidad. ¡Vaya V. á saber!

«¿Por qué feliz su corazón suspira
Al ver el campo, el mar, el firmamento?..»

(1) *La Unión*, con acento.

¿El mar ha dicho usted? *La mar*, don Leopoldo, *la mar*. Ahí se dice *la mar*, si no en calzoncillos, por lo menos en versos de usted, que vienen á ser los paños menores de la literatura. Y continúa:

«¿Por qué el ay del dolor, la voz de un niño...»

Etcétera, pues todavía sigue preguntando:

¿Por qué, por qué, por qué.....
Por qué me retiré?

Mas, para no poder contestar á las preguntas de don Leopoldo, mejor será no transcribirlas.

Y ahora, después de haber visto cómo *balaba* don Leopoldo antes, verán ustedes cómo *canta* después de ser marqués. Para lo cual voy á enseñar á ustedes unos versos recién escritos por don Leopoldo en el álbum de una señora amiga mía. Empiezan así:

«Para un beso de tu labio.....»

¡Miren ustedes don Leopoldo y qué materia escoge tan resbaladiza!..... Por lo demás, ha de saber el señor marqués, hablando con perdón, que eso de besar con un labio solo es una tontería. Se besa con los dos, ó no se besa, que es lo mejor y más seguro.

Sigamos:

«Para un beso de tu labio
No son suficiente precio.....»

¿Han visto ustedes... y con qué sale ahora el vejastorio? ¡Y luego echárselas mucho de marqués y de religioso!... Vamos, que no dejarán ustedes de convenir conmigo en que eso de ponerse á escribir en el álbum de una señora, que no es menester decir que lo es de verdad, habiendo dicho ya que es amiga mía, y empezar por hablarla del precio de sus besos, con no ser nada piadoso, es muy cursi.

Pero apuremos la copa, digo, la quarteta de don Leopoldo hasta las heces. Aunque estas quartetas todas son heces literarias, desde el principio. .

«Para un beso de tu labio
No son suficiente precio
Ni las riquezas del necio,
Ni los laureles del sabio.»

Donde don Leopoldo da por supuesto que todos los necios tienen muchas riquezas, lo cual, por más que sea la regla general, no deja de tener sus excepciones.

Y luego sigue otra quarteta que dice así:

«Para alcanzar la ilusión.....»

¿De qué, señor marqués?
A más de que las ilusiones no se *alcanzan*.

«Para alcanzar la ilusión,
La dicha, el honor, la calma.....»

¡Eche usted jigos, es decir, eche usted disparates!... Conque un beso de una señora, y

eso dado con un labio solo, es la ilusión, la dicha, el honor y la calma... Nada menos... ¡Bueno está usted, D. Leopoldo, bueno está usted!

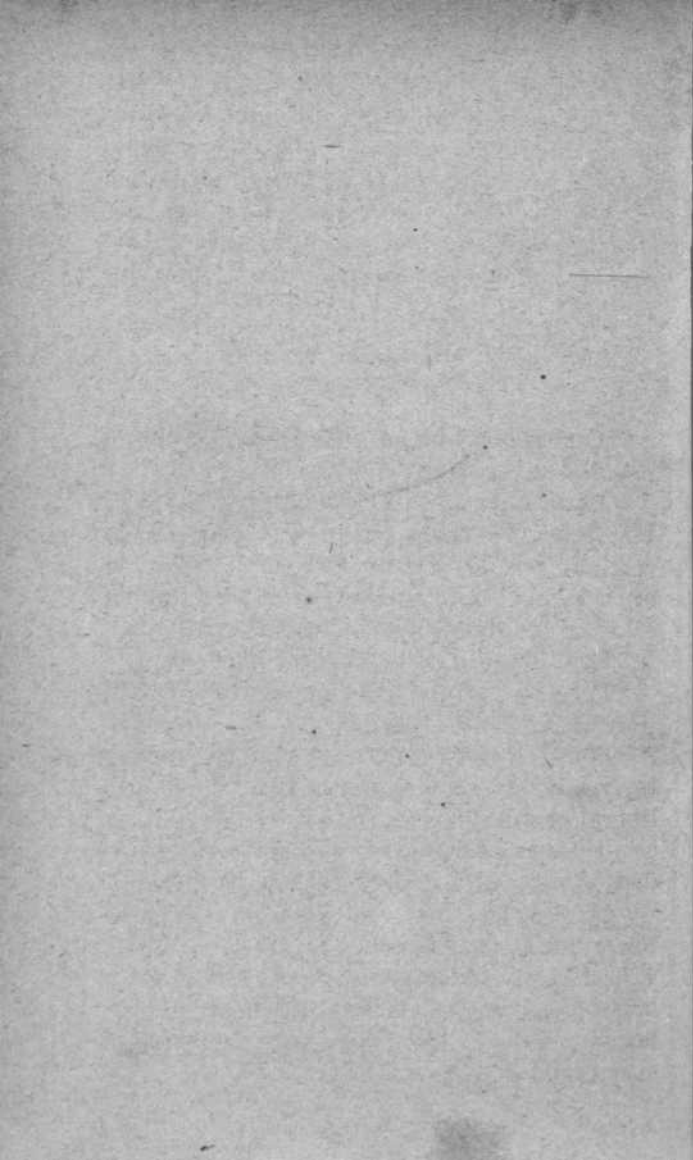
En fin, para concluir, diré á ustedes que según dice D. Leopoldo, para alcanzar la ilusión, la dicha y todas esas otras gangas que siguen,

«Hay que dar alma por alma,
Corazón por corazón.»

Y para concluir por ahí, ¿se puede saber á qué venía lo del medio beso?... Pues á nada, al afán de decir una inconveniencia entre consonantes; porque no parece sino que para ciertos marqueses, y aunque sean inciertos, verso es sinónimo de barbaridad.

Y ustedes perdonen que no les haya dicho todavía que el señor marqués de Valmar es académico de la lengua. Francamente, no lo creía necesario.

Se cae de su peso.



VII.

¡Qué duque tenemos para hoy! ¡Si vieran ustedes qué duque!

Antes era marqués nada más, y ya escribía versos, bastante malos; pero después heredó un ducado, y naturalmente, al ascender en la escala aristocrática, ascendió también en la escala de los malos poetas.

Lo que es como mal poeta, lo es.

Pero no crean ustedes que en todo es así; porque en otras cosas es peor.

Por ejemplo, en política, que es canovista, y canovista con ribetes piadosos, ó dígase liberal conservador vergonzante.

Una vez salió diputado por..... casualidad, y otra vez..... por el mismo distrito.

En una de ellas le tocó asistir como sentenciador al sacrificio de la Unidad Católica, y pronunció su correspondiente discurso de lavatorio, bastante más largo que el de Pilatos, pero no más eficaz para impedir la crucifixión del Justo.

En lo intelectual, es verdad que no vale nada; pero de físico es bastante feo. Casi de sobra. Ya verán ustedes sus versos ¿eh?... pues un poco más.

Allá de joven, sus amigos y compañeros, los otros hijos de moderados, creo que le llamaban *Alma-Vieja*.

La *Guía* le llamaba entonces marqués de Monesterio: ahora le llama duque de Almenara-Alta.

A pesar de lo cual, continúa siendo bajito.

Ahí le tienen ustedes..... *En un Album*, y en *La Ilustración Española y Americana*, especie de aguaducho poético destinado á recoger todos los malos versos que se escriben, sean de quien fueren.

Empieza el duque preguntando muy compungido: *¿Es pecado?..*

—Me parece que sí. No se lo aseguraré á usted hasta que no lea un poco; pero regularmente será pecado.

Lo que es impertinencia, desde luego le puedo decir á usted que es, porque esas cosas no se preguntan en un álbum á una señora; se preguntan al director espiritual... Vamos á ver:

«EN UN ALBUM

¿ES PECADO?

Bella señora, que ausente,
Como presente, rendido
Me ves, á tu antojo *uncido.....*»

¡Hombre! ¿*Uncido*? ¿Nada menos que uncido?... Pues yo lo creo que es pecado. ¿A quién se le ofrece presentarse usted así *uncido* al antojo de una señora? Aunque sea bella, que no lo será, porque, gustándole á usted, casi no puede serlo.....

¡Miren ustedes que un duque uncido!.. ¡Qué dejará este infeliz para

«El animal que á Europa fué tan caro,»
como llamó al buey uno de los Argensolas?
Aparte de que todo aquello de *ausente* como *presente* son tantos *entes*, que dan á la composición aire de familia.

Pero, en fin, como dice la copla:

Tú te lo quieres,
Duque mostén,
Tú te lo quieres,
Tú te lo ten.....

Conque si usted va á gusto así uncido, por mí..... adelante.

«Bella señora, que ausente
Como presente, rendido
Me ves, á tu antojo uncido (!!)
Más esclavo que obediente;
Pues tú lo quieres.....»

¡Justo! Eso es lo que yo digo; pues tú lo quieres, sigue uncido y todo,

«Más esclavo que obediente;
Pues tú lo quieres, ¿que intente,
Aunque á todos les asombre.....»

Verdaderamente que es para asombrar á cualquiera ver un duque uncido. Pero usted no lo dice por eso, sino porque de seguro viene detrás algún hombre, ó cuando menos, algún nombre. Le estoy viendo venir: conste que no me *asombrará*.

«Pues tú lo quieres, ¿que intente,
Aunque á todos les asombre,
Al tuyo juntar mi nombre

(¡Ya pareció el nombre!)

En tu álbum afortunado,
Haciendo en este *atentado*,

(¡Bien que lo diga usted!)

Donde tu albedrío impera,
Tú portentos de hechicera,
Yo profesión de hechizado.
¿Es pecado?»

Sí, hombre, sí. ¿Pues no ha de ser pecado? Lo que es pecado literario, lo es, y grande: no puede ser mayor. Porque es imposible juntar más ripios, más tonterías, más confusiones, y más sinsustancias en una sola estrofa. ¡Cuidado que es una estrofa aprovechada!

Y digo imposible, para otro cualquiera; para usted, no; porque la estrofa que sigue es peor todavía... *Et probo*.

«Ufano para cantarte
Querer, con rara fortuna,
Cual si pidiera á la luna
Un valle donde adorarte...»

¡Qué barbaridad! ¡Pedir un valle á la luna! Eso es como pedirle á usted sentido común. Y luego *cantarte querer.....*

¿Y en qué se conoce esa rara fortuna, ó qué tiene que hacer ahí? ¿Concertar con la luna? Pues tan de sobra están una como otra... y como todo lo que viene detrás.

Fuera de aquel verso que dice:

«Renazca mi musa yerta,»

el cual dice verdad, no en lo de que renazca, sino en lo de yerta... ¡Y tan yerta como está!

Pero vamos á la tercera estrofa, que dice:

«Ver alborear en tropel...»

Hombre, hombre, digo, Pepe (que así se llama el duque), ¿le parece á usted que alborear en tropel no es más que pecado, una verdadera tropelía literaria?

Aquí sí que venía bien aquello de arriba: *aunque á todos les asombre; porque ver alborear en tropel*, no es cosa que se ve todos los días.

«Ver alborear en tropel,
De tu recuerdo al conjuro,
Cuanto de *vívido y puro*
Aún guarda mi pecho fiel...»

¿Qué ha de guardar de *vívido y puro* el pecho de usted? Lo que es á juzgar por las espectoraciones poéticas que va usted echando en el álbum...

«Y al *punto* mismo *cruel*
En que desborda mi seno.....»

¡Ya escampa; digo, ya *desborda!* Se dice *se desborda*; pero de todos modos, ¡tendrá que ver un duque desbordado!.. Como uncido.

«Y al *punto* mismo *cruel*
En que desborda mi seno
Sentir en la lengua un freno...»
(¡Bueno, bueno!)

Pero hombre, antes buey, ahora caballo... A usted se le antoja imitar á todos los animales.....

Si sigue usted así, en otra estrofa va usted á pedir el aparejo. En fin, siga usted, *punto cruel*:

«Sentir en la lengua un freno,
Y tener el ardimiento,
Para *colmar* tu *contento*,
De cantarte amordazado,
¿Es pecado?»

Amordazado... uncido... desbordado... con freno... Es usted un estuche, Pepito.

Otra estrofa:

«Te diré... que aquel *lugar*...»

¿Cuál? ¿Qué? ¡Cáspita!..

»De mis tristezas querido...»

¡Ah! Creí que hablaba usted del otro.

«Parece desierto nido
Desde que diste en volar...»

¡Mire usted qué mono! *Desde que diste en volar.* Como si dijéramos: desde que usted ha dado en martirizar el idioma.

«Que yo en el bullicio hirviente,
Donde enloquece el presente,
Viva penando el pasado,
¿Es pecado?»

Sí, señor, también eso es pecado; entre otras razones, porque no nos ha dicho usted si es el pasado ó es usted el que pena.

Bomba final:

«Rueda al abismo la piedra
Porque en él está su centro.
(Dinámica.)

La savia que corre dentro
No niega el olmo á la yedra.
(Botánica.)

A la palma no *le* arredra...»

Se dice no *la* arredra, porque es acusativo femenino. Ni gramática saben estos duques.

»A la planta no *le* arredra
El mar que á su pie se extiende.
(Óptica ú obstetricia.)

El ave los aires hiende
En pos del *reclamo amado*...
(Ornitología ó caza.)

¿Que yo desterrado anhele?.....»

Pero hombre..... ¿y para eso ha puesto usted en movimiento á la piedra y al ave y al

olmo y todas esas cosas? ¿Y no más que para venir á parar á su anhelo de usted, que maldito lo que nos importa, nos ha contado usted que la piedra rueda al abismo y que el ave vuela en pos del *recla-mo amado*, y que la palma no tiene miedo al mar, y que el olmo da savia á la yedra y otras novedades por el estilo?

¡Qué cosas tiene usted!.....

Vamos, ya no ha de ser el cuervo más negro que las alas; acabe usted la estrofa:

«Que yo desterrado anhele
 Porque raudo el tiempo vuela
 Que ha de llevarme á tu lado,
 »¿Es pecado?»

Sí, señor, con seguridad. Y sépalo usted de ahora para siempre.

Todo cuanto usted diga ó haga en materia de versos, todo es pecado.

Todo.

VIII.

El marqués de la Pezuela es el mismo conde de Cheste, ó á lo menos lo era hasta el día en que, hace unos años, tuvo á bien transmitir el marquesado á su hijo segundo, quedándose él de conde simple.

Afortunadamente no se sabe que al transmitir á su hijo el marquesado de Pezuela, le haya transmitido con él sus aficiones literarias.

Afortunadamente.....

Porque lo que es si el conde de Cheste llega á tener media docena de descendientes literatos, no les quiero decir á ustedes lo que la iba á pasar á la pobre literatura.

De todas maneras, aun cuando de los rípios del conde he tenido la satisfacción de dar á ustedes anteriormente una ligera muestra, ya que él, allá en los tiempos de su prosperidad, no se contentó con un título nobiliario sólo, sino que los quiso tener á pares, y por otro lado, en cuanto á ser mal poeta, es tan malo, que vale por dos, no estará mal que lleve dos artículos.

Uno como conde y otro como marqués.

Tanto más, cuanto que en el artículo del otro día le estudié en clase de conde de Cheste, y no es precisamente este el título con que más *poesías* ha cometido, sino el otro.

Ya porque el título de marqués de la Pezuela fué el primero que tuvo D. Juan Manuel González (que así se llamaba hasta el año 1852), ya porque, aun después que le dieron el de conde de Cheste con grandeza y todo, seguía usando con frecuencia para firmar los versos el de marqués de la Pezuela, que era, por decirlo así, su nombre de guerra... literaria.

O de guerra á las letras, que en el caso presente es lo mismo.

Y aún hay otro fundamento de justicia para que el conde de Cheste tome ración doble, y es que, no sólo es un mal poeta original como tantos otros, sino que también es mal poeta cuando traduce.

Si se puede decir que traduce, porque realmente lo que de la *Divina Comedia* nos ha dado el conde de Cheste no es una traducción, sino otra edición un poco menos italiana, aunque no más castellana que la del Dante.

Conque fuera preámbulos, y... tengo el gusto de presentar á ustedes al ex-marqués de la Pezuela como traductor de la *Divina Comedia*..... en tercetos.

Corría la primavera de 1868. Gobernaba, bien ó mal, creo que mal, el general Narváez, quien teniendo por entonces que hacer un viaje del que todavía no ha vuelto, dejó de suplente á González Bravo.

Reinaba, ó poco menos, el conde de Cheste en Barcelona, donde tenía su residencia como capitán general de Cataluña, y desde donde, mientras la revolución que después se llamó de Setiembre preparaba sus armas, desahogaba él su furor llamando *perturbadores de la frontera* á los carlistas, que ni soñaban en salir al campo, y entretenía sus ocios en traducir, de la manera que verán ustedes, la sublime trilogía.

Publicábase á la sazón en Madrid un periódico vespertino llamado *La Constancia*, que venía á ser lo mismo que más tarde fué *La España Católica* y ahora es *La Unión*, es decir, un periódico por medio del que su director, D. Cándido Nocedal, se proponía llevarse las fuerzas del partido carlista á sostener el trono de doña Isabel y su dinastía.

Pugnaban contra esta tendencia del señor Nocedal, *El Pensamiento Español* y *La Esperanza*, que sostenían que nada bueno podían esperar los católicos de aquella monarquía liberal y parlamentaria, y que lejos de estar en su interés el ayudar á sostenerla, lo mejor que para ellos podía suceder era que cayera cuanto antes.



Aspiraba, por el contrario, el Sr. Nocedal, con los veinticinco diputados de la minoría llamada neocatólica que capitaneaba, á formar un ministerio católico del *Syllabus*, ó poco menos, en sustitución del moderado que presidía su compariente, y aun favorecían sus planes algunos altos funcionarios de la situación, como el conde de Cheste desde la capitania general de Cataluña, y D. Severo Catalina desde el ministerio de Fomento, habiendo de llevar el uno su espada y el otro su inteligencia al nuevo Gabinete.

La cosa no cuajó.

Sonó el clarín de la revolución en Cádiz. *La Constancia* de Nocedal hizo en los primeros días sus alardes de dinastismo isabelino y de resistencia; pero al primer contratiempo serio que sufrió su causa en Alcolea, desapareció; mientras que su brazo guerrero, el conde de Cheste, resignaba silencioso el mando de sus fuerzas en Barcelona, y corriendo á campo traviesa, reconocía unos días después en Vitoria la legalidad revolucionaria.

Perdonen ustedes toda esta digresión histórica, que he creído de necesidad para explicar por qué un periódico no mal escrito, como era *La Constancia*, publicaba, sin embargo, cubriéndola de risibles elogios, la malhadada traducción del conde de Cheste, pues en *La Constancia* fué donde vieron por primera vez la luz muchos de sus *cantos*.

Tenía Cheste un secretario particular que se llamaba Guzmán, no el Bueno, ciertamente, sino el malo, cuando menos para las letras; porque era el que de cuándo en cuándo solía venir desde Barcelona á Madrid con remesas de *cantos* (rodados) para *La Constancia*. Después fué radical ó zorrillista en tiempo de Amadeo de Saboya, y me parece que más tarde ha vuelto á ser moderado y conservador en tiempo de Cánovas.

Volviendo yo á la traducción, excuso decir á ustedes que no he cometido la tontería de comprar el libro lujosamente publicado por el señor marqués de la Pezuela; pero conservo casualmente y tengo á la vista un número de *La Constancia* que contiene el canto sexto del *Paraíso*, traducido por D. Juan Manuel; y como para muestra, según dicen, basta un botón, también á mí me bastará este *canto* del conde y marqués, para mostrar á ustedes la clase.

A poco de empezar la lectura, se encuentra uno con un terceto que dice así:

«Y allí á *las sombras* de sus plumas *grave*
El mundo gobernó de mano en mano
Hasta que á mí la vez también me *cabe*.»

El Dante había dicho:

«*E sotto l'ombra delle sacre penne*
Governo il mondo li di mano in mano
E si cangiando in su la mia pervenne.»

Defectos del terceto traducido:

1.º A *las sombras* en lugar de *á la sombra*, que es como dijo el Dante, y como dice todo cristiano, menos el conde, que tuvo miedo á la anfibología que iba á resultar diciendo *la sombra*, porque entonces podía creerse que á ésta afectaba el adjetivo *grave*, que el conde quiere que afecte al águila.

2.º Supresión del bello epíteto *sacre* que aplicó el poeta á las plumas del águila.

3.º El adjetivo *grave*, que no es más que un ripio en forma de consonante, y un ripio muy feo, que al águila la sienta muy mal.

4.º La licencia poética de decir *me cabe*, donde en todo caso sería *me cupo*, demostración número mil de que al marqués no *le cabe* la poesía en la cabeza.

Después hay otro verso que dice en el original:

«*Che per voler del primo amor ch'io sento.....*»

y que traduce el de la Pezuela:

«Que por *querer* del *primo* amor que siento.....»

¡Qué ha de ser *primo* el amor de usted! Será tío á lo sumo. ¿Y á eso lo llama usted traducir? No, señor. Eso es copiar en toda tierra de marqueses... nuevos.

¡Cuidado con el *primo* amor! El verdadero *primo* sería el que creyera buenamente que usted tenía sentido..... poético.

Comienza otro terceto del Dante:

«*Tu sai ch' e' fece in alba sua dimora
Per trecent' anni et oltre...*»

Y traduce usted:

«Y bien sabes que en Alba *un triple ciento*
Reposo y aún más años.....»

También usted ha debido reposar otros tantos, ó á lo menos toda la vida, antes de ponerse á escribir versos.

¡*Un triple ciento!*.. ¿Le parece á usted, señor D. Juan Manuel, le parece á usted que eso del *triple ciento* está de paso fuera de la Academia? Pues no señor, no lo está. Eso es una tontería culterana, que sólo entre Cañetes y demás académicos puede pasar; pero que á todo lector medianamente ilustrado le revienta, máxime cuando la ve al lado de la sencilla y poética frase original del poeta italiano.

Y ahora, para que no crea usted, ni crean los lectores más inclinados á la benevolencia, que he andado buscando en la traducción algún verso defectuoso, y que los que dejo citados son casualidades, le voy á copiar á usted una tirada de tercetos seguidos, que le probarán á usted que tiene usted llena de casualidades su capa poética. Ahí van:

«En este *breve glovo* se recrea
Todo espíritu bueno que en el mundo
Por honra y fama con ardor pelea.

Y el que de sobra puso amor profundo
En aquel fin, de amor que más halaga
Despide rayo aquí menos *jocundo*.

Mas en medir el mérito y la *paga*,
 En *parte* está, y en ver nuestra *leticia*
 Que ni menos ni más se satisfaga;
 Con lo que endulza la eternal justicia
 Tanto el afecto *en nos*, que ya emociones
 No nos agitan nunca de *nequicia*»

¿Nunca, eh? ¡Le parecerá á usted poca *nequicia*, como usted dice, poner así en ridículo al Dante y á nuestro idioma! Pues no señor. Es más *nequicia* esa de la que parece, porque cualquier inocente que creyera que usted era poeta ó sabía castellano, llegaría á figurarse, ó que el Dante había escrito esos logogrifos ininteligibles, ó que el habla nuestra carecía de recursos con que expresar las bellezas que el gran poeta italiano expresó en la suya.

Sí, señor ex-marqués de la Pezuela; es mucha, muchísima *nequicia* literaria la de hablar del «rayo menos *jocundo*» y de «la *leticia*», con lo cual ha dejado usted los tercetos como estaban en italiano, salvo la claridad y sencillez que allí tenían, y que usted ha trocado en una conceptuosa oscuridad académica.

¿Y es usted el mandón de los que *limpian*, *fijan* y *dan esplendor* al habla castellana?..
 ¡Qué ha de limpiar usted, hombre!..

IX.

¡MI PÁMPANO!....

MI PÁMPANO DE PEDROLA.

Si les digo á ustedes que esto es el título de una composición poética, no lo querrán ustedes creer..... y harán ustedes bien; porque realmente la composición no es poética, ni siquiera composición, en rigor de justicia.

Pero si les digo á ustedes que ese pámpano es el título y aun la víctima de un atentado literario reciente, no tienen ustedes más remedio que creerlo, porque es verdad.

¡MI PÁMPANO DE PEDROLA!..

¡Pobre pámpano! ¡Qué ajeno estaría él, allá en Aragón, de andar en malas lenguas, ó en malos versos, que es peor todavía!

Pero nada; con estos duques y marqueses versificadores, ni los pámpanos están seguros.

¿Qué digo ni los pámpanos? Los pámpanos son lo menos seguros de todo; por el color... ¿saben ustedes? porque son verdes, y todos estos aristócratas liberales que versean, tienen al verde una afición desapoderada. Se

encantan en viendo verde, como Blasillo el de *La almoneda del diablo*.

¡MI PÁMPANO!....

¿Y quién dirán ustedes que es el conde ó marqués, ó cosa así, que canta á *Mi pámpano*, es decir, al suyo?

Pues el autor de *Mi pámpano*, ó de su *pámpano*, es el Excmo. Sr. Duque de Villahermosa, conde de Guara y otros excesos... literarios de que ya tienen ustedes noticia.

Pues ya no es la primera vez que tengo el disgusto de zurrarle la badana poética á este duque, por lo mismo que es la segunda vez que él hace malos versos.

Hay duques de repetición, como algunos relojes. Sólo que este duque suele dar mal, y repite peor, generalmente.

¿Se acuerdan ustedes cómo fué para conocer al duque de Villahermosa? Pues fué que *La Correspondencia* se empeñó en hacerle académico de la lengua, y dale arriba, dale abajo, suelto va y suelto viene, enteró á todo el mundo de que el duque andaba traduciendo en verso, no la Biblia, que esta empresa de profanación estaba reservada á Carrulla, pero sí las *Odas* de Horacio y las *Geórgicas* de Virgilio.

¿Que el duque de Villahermosa va á entrar en la Academia?... Hombre, sí, que entre, dije yo para mí. Nada, que me gustó la idea y quise ayudarle.

Y como yo sé que para entrar en la Academia la mejor recomendación, después de la de no haber escrito nada, es la de haber escrito algo, aunque sea muy poco, siempre que sea malo, cogí una traducción de las del duque, que efectivamente era mala, y la puse al público, ilustrada con comentarios para su mayor brillo.

Parecíame que con aquello era bastante y aun de sobra para abrir las puertas de la Academia á cualquiera, aunque no fuera duque, porque lo que es la traducción, en cuanto á mala, no dejaba nada que desear; mas el caso es que pasan días y días y el duque no acaba de salir del paso, ó lo que es lo mismo, de entrar en la Academia, por lo cual he llegado á creer que no le vendrá mal otra ayuda.

Y voy á prestársela.

Soy yo así, tan caritativo con estos duques... y eso que no pertenezco á la sociedad protectora...

Protejo á los duques conservadores, como ustedes ven, y á toda clase de aspirantes á sillones de la Academia, por amor al arte, pero sin compromiso de ningún género.

Afortunadamente el empujón que ahora voy á dar á este duque va á ser de tal fuerza, que no podrá menos de surtir efecto. Se trata de unos versos originales, mucho más malos que la traducción del otro día.

No es menester decir el lugar dónde los

hallé; ya se sabe de siempre. Versos malos, pero malos del todo, en *La Ilustración Española y Americana*.

Mi pámpano, es decir, el pámpano del duque, es una *puesía* del sistema de Marcelino Menéndez, que es una especie de sistema Berdan reformado de la literatura, más mortífero, eso sí, de más precisión contra el buen gusto y de puntería más certera que el fusil de ese nombre. Una *puesía* de esas de sáficos y adónicos, que cuando están bien hechos son muy ridículos.

De modo, que cuando están mal hechos, como los del duque...

En fin, allá van:

«MI PÁMPANO DE PEDROLA...»

¡Mi pámpano! ¿No es verdad que es un título que despampana?...

Pero vamos al pámpano:

«Bello retoño de mi linda parra...»

Así; todo con mote: el retoño *bello*, la parra *linda*, y el duque... truque, truque, truque.

«Bello retoño de mi linda parra,
Siempre te miro con alegre pena.....»

¡Pillín!... ¡qué paradojitas nos gasta usted! *Alegre pena*... como si dijéramos, duque sabio, duque poeta, duque literato...

«Bello retoño de mi linda parra,
Siempre te miro con alegre pena,
Porque en mi pecho tu memoria enciende.....»

(¡Pepe! ¡manga! ¡agua!!!)

«Dulces recuerdos.»

¡Hombre! encender recuerdos es cosa que no se había visto, y mucho menos encender dulces. ¡Si leyendo á estos duques se aprende tanto! Siga usted:

«Pasan fugaces las tranquilas horas.....»

Pero, pámpano, digo, pero duque, ¿le parece á usted que las horas no tenían de sobra con un mote? ¿Qué le han hecho á usted las pobres horas para que las ponga usted dos? Y contradictorios además; porque si son tranquilas no pueden ser fugaces, y viceversa. Y, por supuesto, las de usted ni son fugaces ni tranquilas: no son más que inútiles.

«Pasan fugaces las tranquilas horas
Entre los brotes de las frescas ramas
Y de las flores cuya suave esencia...»
(¡Qué disparate!)

No es este el adónico del duque, este le he puesto yo. Pero el del duque es un disparate mayor todavía; porque el duque concluye así la estrofa:

«Y de las flores cuya suave esencia
Turban mi vida.»

Concordancia vizcaína ó ducal muy apre-

ciable. La *esencia turban* la vida del señor duque. ¡Bien se conoce que está usted turbado! No sólo en la *suave esencia que turban* su vida, sino en lo de hacer pasar á las pobres horas, *fugaces y tranquilas* á la vez, por entre los brotes de las frescas ramas, como si las horas fueran un simple rebaño de... mestizos, y por entre *los brotes* de las flores...

Vamos adelante:

«Corren los días con *inquieto* paso

¡Otra! ¿Cuándo ha visto usted correr con paso quieto? A más de que eso de ponerles pies á los días es demasiada afición á los pies. ¡Si les hubiera puesto usted alas, ya era otra cosa, un poco más poética! Pero usted ha preferido los pies á las plumas, quizás porque los primeros desempeñan siempre en la escritura de usted papel más importante.

— «Corren los días con *inquieto* paso,
Y siempre busca mi *exaltada* mente
Ventura *cierta* que vislumbra en sueño,
Sueños que pasan.»

Pues que vayan con Dios.

En cambio usted no pasa, ni siquiera por ochavo moruno. Digo, pasará usted por duque, pero lo que es por poeta... nunca.

«Déjame brote.....»

Sí, eso sí; brote usted todo lo que quiera, es decir, todos los desatinos que quiera.

Pero no, no quiere usted decir eso. El brote es un vocativo entrecomado.

«Déjame, brote, que *inhumano* hiera...»

Pero diga usted, señor duque de Villahermosa, ó de versos feos, que sería un título más adecuado, ¿ni á sí mismo se perdona usted en su manía de poner apodosos?

¡*Inhumano!* ¡Llamarse usted á sí mismo *inhumano!*... Con la poesía es verdad que lo es usted un poco... pero no es por mala intención. De suerte que ni es esa la palabra, ni usted es inhumano. Usted no es más que un infeliz.

Vaya, brote usted algo más:

«Déjame, brote, que *inhumano* hiera
Tu *piel verdosa*, pues en ella quiero
Grabar un *nombre* que en *su seno* tiene
Mi vida toda».

Le advierto á usted, señor pámpano, digo, señor conde, que este adónico no es legal. Para que lo fuera sería necesario pronunciarle así: *Mívida toda*.

Y si no, pregúnteselo usted al otro Marcelino. (Porque este duque también se llama Marcelino. ¡Coincidencias!) A más de que la asonancia de *toda* y *verdosa* es otro defecto saliente, ó entrante, que para usted lo mismo da. Y luego lo del *seno* del *nombre*... ¡Si fuera el coseno!...

«Nombre querida que *profuso* esparce
Ricos aromas que *envidioso* roba

El aire *ténue* que en sus giros besa
Las *gayas* flores».

O *lásgayas flores*, que es como hay que leer para que el adónico sea pasadero; y para que no queden en la estrofa más defectos graves que la asonancia de los dos hemistiquios del segundo verso, *aromas* y *roba*, y los seis epítetos aplicados, uno á las flores, *gayas*, dos al aire, *envidioso* y *ténue*, otro á los aromas, *ricos*, y otros dos al nombre, *querido* y *profuso*...

Usted sí que es profuso y difuso y confuso y patilifuso...

«Y cuando vuelvas con *galana* pompa...»

¿Quién ha de volver?

«*Vistiendo* ramos que mi reja entolden...»

¡Ah, el pámpano! ¿Y es un pámpano que viste, un pámpano sastre?... Pues si lo sabe el señor Rey le va á hacer administrador de Correos, como hizo á otro sastre allá en Riaño.

«Tal vez encante mi *tranquila* estancia
Su nombre *hermoso*».

Tal vez.

Pero apuremos ya la última estrofa, que viene á ser una especie de retornelo, y dice:

«¡*Bello* retoño de mi *verde* parra...»

Antes era *linda*, ahora *verde*; la cuestión era no dejarla sin título. Los pámpanos, las

parras y los duques, si se les quita el título, se quedan en nada, como quien dice:

«Bello retoño de mi verde parra,
Pámpano suave, venturoso crece,
Porque te ampara con gentil sonrisa
Labio travieso».

Amén.

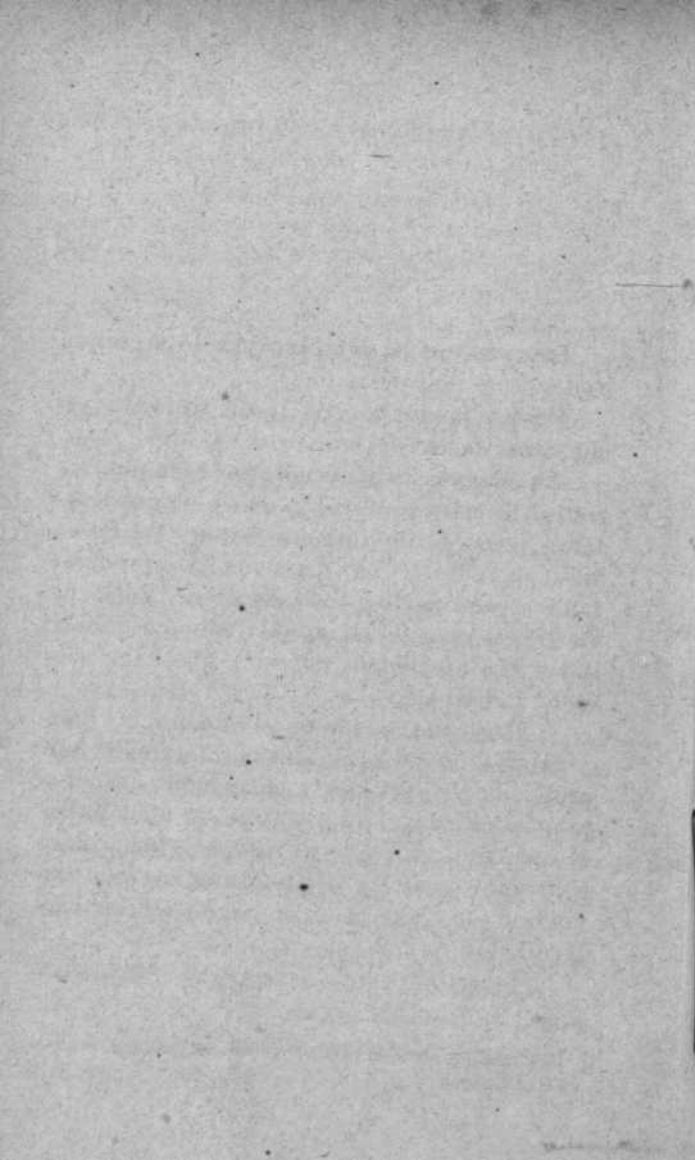
¡Ah! ¡Se me ha quitado un peso de encima!...

Porque tenía yo mis remordimientos y me solía decir: ¿Si no sería bastante mala para fundar un título de académico la traducción aquella de antes? Y no me veía en horas de dar á luz la *originalidad* esta del Pámpano.

A la cual me parece que ya no podrá la Academia resistirse; porque ¡cuidado que es mala! ¿No es verdad?

POSDATA.—Concluído este artículo me dan la noticia de que el duque del Pámpano ha sido ya admitido en la Academia en clase de duque traductor, es decir, sólo por los *méritos* de la traducción y sin necesidad del Pámpano. Me alegro, y no retiro por eso la loa del duque. Lo que abunda no daña. Si aun sin el pámpano le han hecho académico, ahora con el pámpano le harán director en cuanto se muera el conde de Cheste.

Mas que rabie el marqués de Molins.



X.

La gracia es la del Marqués de Aguilar, lo demás es conversación.

Porque pasa con esto de los ripios lo que con otras muchas cosas.

En materia de gimnasia, por ejemplo, sin contar los saltos políticos, más ó menos mortales, como el de Romero Girón (1), se ha visto ya tanto, se han presenciado ejercicios tan sorprendentes y tan peligrosos, que, hoy en día, para que un funámbulo ó acróbata llame la atención, se necesita que haga verdaderas barbaridades.

Y lo mismo sucede en el escribir.

Han dado de sí ripios tan enormes y han proferido tan risibles y extrajudiciales despropósitos los condes y marqueses aficionados al roce literario, que el que de ellos quiera sobresalir ahora y distinguirse un poco del vulgo de la clase, también necesita decir barbaridades verdaderas.

O falsas; pero en fin, que sean barbaridades.

(1) Saltó por entonces, de republicano furibundo á ministro de D. Alfonso.

Y que sean dichas con alguna novedad: si no, es cosa perdida.

Así lo ha debido entender Joaquinito Escribá (no se olvide el acento, que aquí hace falta) de Romany, que es el ripio, digo el marqués del día; así lo ha debido entender, y sin duda por eso ha escrito sus ripios en prosa.

—¿Qué voy á hacer yo?—diría Joaquinito para sus botones dorados:—¿qué bicha voy á pintar yo escribiendo en verso? En primer lugar no sé; y en segundo lugar, por muy mal que lo hiciera, no pasaría de ser un simple imitador de mis consortes los marqueses de la Pezuela, de Valmar, de Monesterio, de Molins, de Auñón,

Y tantos otros que escribieron antes,
Sin quitarse los guantes.

Nada—debió continuar diciendo para sí el marqués;—ripios en verso cualquiera de mi laya los produce, con la misma naturalidad con que el roble produce bellotas; lo raro sería la prosa con ripios... ahí está la gracia...

Y tras de estas reflexiones ó como se llamen... ¡cataplum!.. estalló el artículo correspondiente.

El lugar del siniestro ha sido la casa de Astrarena; el envoltorio del petardo un número del periódico *La Unión*, con acento; desgracias personales, descalabrado el sentido común, con más la fractura de las dos

piernas de la gramática; y ha tenido participación en el crimen como autor (usando la imperfecta, francesa y ridícula frase de la ley), el marqués de Aguilar, ya referido.

Fué el caso que *La Unión*, en su rabiosa contienda con los carlistas, quiso hacer un alarde de fuerza política y literaria, y empezó á publicar cada día un artículo con firma diferente. Y corriendo la rueda, *currente rota*, sin que lo del principio fuera una ánfora, salió un puchero.

Es decir, salió un artículo del marqués de Aguilar, de quien nadie seguramente había sospechado que pudiera escribir más que á su familia.

Porque este marqués de Aguilar era conocido de sus amigos, como presidente de la Juventud Católica madrileña, presidente así, de la clase de marqués ó presidente constitucional, vamos, sin ejercicio, y á mayor abundamiento, como gentil hombre de D. Alfonso, en cuya comitiva de invierno solía ir los sábados por la tarde á la salve de Atocha, con un capote de color de panza de burro; pero lo que es como escritor... Ahí va la muestra, ó el artículo.

Se llama *Responsabilidades*, nombre que no me atreveré yo á decir si está mejor ó peor elegido que el color del capote; lo que digo es que empieza:

«No es ocasión de culpar á nadie, sino de

recapitu)... ¿qué?... «de recapitular hechos pasados...

Sumar las fuerzas
de cada uno
y atraer voluntades.
Deben cesar los odios
y reanudarse
las amistades».

Perdóneme el engaño, lector benévolo.

Habíate dicho que los ripios del marqués de Aguilar habían sido perpetrados en prosa, y ahora resulta cada verso que vale un marqués de los literarios. Mas no creas por eso que fué mi ánimo engañarte, como los gobiernos doctrinarios, que ofrecen una cosa y luego dan otra. No, lo que hay es que al marqués de Aguilar, por lo mismo que se proponía escribir en prosa, le han salido muchísimos versos, menos premeditados, eso sí, pero tan alevosos como los de otro Cheste cualquiera.

Y sigue la tormenta:

«... pero por desgracia...» escribe usted, sí; ya lo conocíamos; «pero por desgracia... nos vemos hoy inficionados del *espíritu batallador*, virus... (*¿espíritu ó materia? ¿en qué quedamos?*) racionalista, que como enfermedad hereditaria nos inoculó *insensiblemente* la revolución desde principios de este siglo, de las doctrinas nacidas al calor, (*sí, como los pollos*) de las teorías del libre examen y de la enciclopedia...»

¡No está usted mala enciclopedia... de desatinos!

¿Con que el *espíritu batallador* es un virus racionalista y una enfermedad hereditaria y una desgracia, etc., etc...?

¿Y usted cree que es usted católico?

Pero, hombre, ó marqués, si es al contrario: el espíritu batallador es el espíritu del cristianismo.

Como que su divino fundador dijo de sí: *Non veni pacem mittere, sed gladium.* (MATTH. X, 34).

Y también se lee en el libro de Job (VII, 1): *Militia est vita hominis super terram.*

Lo cual, por entenderlo al pie de la letra don Cándido Necedal, se hizo miliciano desde muy joven.

Imitando en esto á un protestante de los primeros, llamado *Carlostadio*, que dejó el oficio que tenía y se hizo panadero, creyendo que sólo así cumplía la sentencia del Génesis (III, 19) que también entendía al pie de la letra: *In sudore vultus tui vesceris pane.* Y á otro que se subía á lo alto del tejado de su casa á predicar desde allí el Evangelio á su familia y á sus vecinos, porque había leído en San Mateo (X, 27) *Predicate super tecta.* Y á otro que se estaba las horas olvidadas predicando á su perro, porque había leído en San Marcos (XVI, 15): *Predicate Evangelium omni creature.*

Mas dejemos á don Cándido y á los protestantes, volvamos al marqués, y pasando por alto lo de «las doctrinas nacidas al calor

de las teorías,» que es una majadería insignificante en comparación de otras mucho mayores, vamos al párrafo segundo, que al empezar parece que va á ser una seguidilla de las populares, de esta figura:

«Hoy ya no se discute,
se ordena y manda.»

Pero luego se corta el marqués y cambia de metro, así como sigue.

«.....Nos hemos olvidado
que Dios nos dió la palabra
para que ella nos sirviera
para usarla
solo moderadamente
y procurando llevar
la persuasión á la mente.....»

Si se propusiera el marqués hacer versos, los haría peores.

Entra el marqués á enumerar las picardías del genio del mal, y después de colgarle el milagro vulgar de «la relajación de las costumbres en la Edad Media,» añade: «Y no pudiendo hoy ya oponerse á lo inquebrantable de *la roca en que asentaron la Iglesia los santos padres y los concilios que confirman su doctrina...*»

Y aquí tienen ustedes al pobre marqués, abrazado con una herejía como una loma. Porque decir lo que dice el marqués, aunque sea sin saber lo que dice, es decir, que los santos Padres y los concilios fundaron la Iglesia, cuando la Iglesia la fundó Jesucristo,

sobre la roca de que sin duda ha oído hablar el marqués; el mismo Jesucristo, que dijo á San Pedro (MATTH. XVI, 18): *Tu es Petrus, et super hanc petram ædificabo ecclesiam meam.*

Lo cual de seguro no lo entiende el marqués; pero en fin, que entienda que afirmar como afirma que los santos Padres asentaron la Iglesia sobre la roca, es atribuir á la Iglesia origen humano, y es doctrina contraria á la católica, doctrina condenada.

¡Y luego anda diciendo *La Unión* que se publica bajo la censura eclesiástica! Pues entonces buena está la censura... y bueno está el censor...

Pero en fin, yo no quiero defenerme en esta cuestión, y se la dejo íntegra á cualquiera de los venerables párrocos que por exceso de buena fe creen á pies juntos que Ramoncito Necedal es un pozo de ciencia, y un paladín de la buena causa, y un carlista constante.

Cuando para él no hay más carlismo ni más nada que la prosperidad de su periódico y la glorificación personal suya. (1)

Tampoco me parece que está bien eso de que los Concilios confirman la doctrina de la Iglesia; la definen ó la declaran.

Habla luego del hombre, y dice:

(1) Poco después de escrita esta afirmación, la ha confirmado Ramoncito rebelándose contra don Carlos, porque no le quiso hacer jefe.

«Su opinión, monstruoso engendro de este examen ciego, es un dogma infalible ante el que *se estrellan en vano* las lucubraciones de otro calculador egoísta.....»

¡Egoísta! Sí; egoísta, y muy egoísta es usted, que sabía todo eso y se lo tenía tan callado.

Especialmente lo de que «se estrellan en vano», frase y concepto que están llamados á introducir una revolución en la ciencia. ¡Mire usted que estrellarse en vano..!

¿O quiere usted decir que se dan casos de estrellarse con fruto? Pues entonces, si alguna vez se estrella usted, lo que Dios no permita, avise usted, á ver si ha sido en vano ó con resultado positivo; que regularmente habrá sido en vano.....

Sigan ustedes leyendo el parto del marqués de Aguilar, y se *estrellarán* ustedes *en vano* contra otro párrafo que no dice nada, ni un mal disparate siquiera; pero luego llegarán ustedes á otro en que habla el marqués de «unir voluntades (¿?), crear entre ellas una subordinación á un *punto* culminante para aspirar á un *punto* final...» Que era lo mejor que podía él hacer en su artículo. Digo, lo mejor no; lo mejor era que no le hubiera empezado.

Y dejemos eso de los *puntos* por ser, entre aristócratas, materia muy resbaladiza y muy ocasionada á alusiones.

Aunque no fuera gobernador el conde de Xiquena.

Otro párrafo:

«¡Fatal condición la del hombre... pero esperar que por el convencimiento... alcance resultados, podemos desesperar que en nuestros días tal suceda.»

Pero esperar... podemos desesperar... ¡Anda, salero! O ¡anda, marqués! que casi es lo mismo.

«¿No podríamos—pregunta un poco más adelante—dominar nuestras pasiones exaltadas, parar un instante nuestra atención, *recapacitarnos* (*sic*) y aprovechar esa plétora de fuerzas perdidas?....»

Plétora de disparates es la que tiene usted, señor marqués... ¡Cuidado con el *recapacitarnos!* Como si dijera *pensarnos*. Pues piénsese usted, señor marqués, que los demás no tenemos gana.

Y aquí la emprende el señor marqués contra las pasiones, y las maltrata casi tanto como á la sintaxis.

Dice que son malas y que

«Aunque consigan á veces
ennoblecen *aun* al hombre
hasta el heroísmo, son
fatales sus consecuencias
y *más* cuando constituyen
un hábito en su existencia...»

Consonantes y todo. ¿Por qué no escri-

birá en verso este marqués, á ver si así le salía prosa?

Y ¿no han reparado ustedes en aquello de «ennoblecen *aun* al hombre?» ¿Verdad que es un *aun* muy filosófico?

Por último... no porque se concluya el artículo del marqués, que *aun* está empezando, sino porque yo voy á concluir el mío; por último... antes de llegar á la mitad, saltando, como de piedra en piedra, de disparate en disparate, me encuentro con esto:

«Evitemos á todo trance que nuestra razón nos domine...»

¡Acabáramos, hombre! No diga usted más.

¿Es que quiere usted que nos dominen las pasiones ó el instinto?...

Pero sea lo que quiera, lo que es por usted, puede usted estar tranquilo y sin escrúpulos.

Me parece que lo tiene usted evitado.

XI.

Voy á darles á ustedes un duplicado de marqués.

No porque se haya perdido el primer ejemplar, con lo cual no se perdía mucho, sino porque hay marqueses que merecen conservarse dobles.

O doblados.

¿Se acuerdan ustedes de aquel marqués *enhiesto*, digo, de aquel marqués del *olmo enhiesto* que *flaqueaba*

Del valle extenso en la feraz llanura;

vamos, de aquel marqués que llamaba *yedra* á su mujer, y luego *medraba al calor*, y luego *triunfaba* y después *floreecía*, y hacía otra porción de habilidades, todas en un soneto de dos *cuyos* y cuatro *muertes* y muchísimos *ripios*?

—¡Ah!.... sí, es verdad.

—Pues claro que es verdad. Así como también lo es que posteriormente me he tropezado con otros dos sonetos de la misma ganadería, es decir, del mismo marqués y de la misma *Ilustración Española y Americana*.

Y como quiera que estos dos sonetos mellizos no desmerecen nada al lado de su hermano mayor, el del *olmo*, paréceme que sería un poco de injusticia no sacarlos al aire, aunque sea á los dos juntos, en otro artículo, ya que son de un parto.

Así como así, llamándose el marqués delinciente marqués de Dos Hermanas, no deja de ser de razón que lleve un rifirrafe por cada una.

Aun á riesgo de que se vengue y nos suelte otro par de sonetos como los de ahora.

El primero se titula: *Mi firme propósito*, y... verán ustedes *Mi firme propósito*, digo el firme propósito del marqués; porque el mío ya le saben ustedes: no dejar duque, ni conde, ni marqués versificador, ni académico, ni botarate, en general, de cualquier clase que sea, sin su zurribanda correspondiente.

En cambio el *firme propósito* del marqués de las Dos... etcétera, debía ser el de no volver á meterse en versos de once varas, digo, de once sílabas, ni en sonetos de catorce versos, ni en nada, absolutamente en nada de poesía ni de literatura.

Pero ¡quía! ¡Vayan ustedes á entenderse con un marqués, sobre todo, si es de estos modernos ó modernizados, que no comprenden sus intereses políticos ni sociales, ni aun los personales ó metálicos que echaron á derretir en la *gran caldera*... aquella que inven-

tó hace veinte años el duque de Frías para adornar un discurso en el Congreso!

Nada; que no se convencen de que no sirven para el paso, y luego, como dice el refrán, el mayor mal de los males es tratar con... duques ó marqueses de estos que hacen sonetos para divertir á sus hijos y para distraer á los oficiales de peluquero, mozos de café, y demás lectores habituales de la susodicha *Ilustración* por mal nombre.

En fin...

«MI FIRME PROPÓSITO

«No quiero, no....»

¡Bien hecho, no quiera usted, señor marqués; en eso, si lo que usted no quiere es escribir, le alabo á usted el gusto.

Lo malo es que no es eso.

Sino esto:

«No quiero, no, que el desencanto fiero,
Servil esclavo de la duda *impía*
 Atormente jamás el alma *mía*
Cebando en ella su aguijón *certero*....»

¡Qué afición la de estos señores á poner motes á las cosas! Bien se acordarán ustedes que lo mismo hacía el duque de la semana pasada, ó sea el duque del *Pámpano*. Los epítetos son su fuerte. Al sustantivo que no le ponen un epíteto le ponen dos, uno á cada lado, formando con eso una especie de poesía epitetera, que suena así como *patatera*, y que

se diferencia de la otra poesía, es decir, de la no aristocrática ni académica, es decir, de la verdadera poesía, lo mismo que una espuerta de coles, de un canastillo de rosas.

Y más todavía; porque al fin las berzas, aunque prosáicas, no dejan de ser útiles, y la *poesía*, llamémosla así, académico-aristocrática, para maldita de Dios la cosa sirve.

Desencanto *fiero*, esclavo *servil* (¡no, que sería esclavo libre!) duda *impía*, alma *mía*, es decir, de marqués ó de cántaro, y aguijón.... Pues el aguijón, para no ser menos que los demás títeres, también tenía que ser algo, y por casualidad le tocó ser *certero*.

Y además le tocó *cebarse*, que es una cosa que no suelen hacer los aguijones. Se *clavan*, pero no se *ceban*. Los marqueses son los que se *ceban* en la poesía.

Pero vamos á otro cuarteto:

«No quiero hallar, *escrutador severo*,
Doquier desilusión, doquier falsía,
Ni vivir apurando la agonía
De abjurar *con horror del mundo entero*.

¿Con horror nada más? Con horror, terror y furor del mundo entero y del mundo partido y aun de sí mismo debiera usted abjurar, *escrutador severo*. Es verdad que no se sabe con toda certeza si con horror propio abjura usted del mundo entero, ó si abjura usted de sí mismo, horrorizándose todo el mundo.

Y luego dice usted muy guapo que no

quiere hallar falsía... Pues, amigo, tenga usted paciencia, que también los demás hallamos falsías y falsificaciones y nos aguantamos.

Yo, por ejemplo, al ver el otro día en una página de *La Ilustración* forma exterior de versos, creí hallar poesía y me encontré con sonetos de usted. Con que... fastidiarse, y, como dice el refrán, no la hagas, no la temas.

No dé usted á nadie soneto por liebre, y no hallará usted tantas falsías en el mundo.

Vengan los tercetos:

«Quiero iluso vivir, y en mi locura....»
(*Quiero iluso vivir.... ¡qué chifladura!*)

Y aquí sí que es verdad aquello de querer es poder.

«Quiero *iluso* vivir, y en *mi locura*,
»Sin la experiencia que lo inicuo advierte...»

Bien se conoce que no le han advertido á usted lo inicuo del soneto.

»En bien trocar el mal de la impostura
Quiero *iluso* vivir.. y en *mi locura*...»
(*Reincidencia se llama esta figura.*)
«Quiero iluso vivir, *pues de otra suerte*,
La *muerte* de *esta fe* que es mi ventura,
Con la *atroz* realidad me diera *muerte*...»

¡Con la *atroz* realidad!...

Con la atroz barbaridad, habrá usted querido decir, que es con lo que usted da muerte á la poesía y al sentido común y á todo. *Pues de otra suerte* (¡vaya una frase poética!) *Pues*

de otra suerte no confundiría usted la *fe* con la *ilusión*, ni querría vivir *iluso*....

Y eso que en esto del querer, hay gustos (y marqueses) que requieren palos.

Y se acabó el soneto.

Pero tomen ustedes aliento, y allá va el otro. Que sólo se diferencia del uno en que no lleva título especial; se llama simplemente *soneto*, y es así:

«Yo miro al cielo azul, y tras....»

¡Muy bien! El marqués mira al cielo azul y ¡tras!... se oscurece.

¿Ustedes creerán que con ese ¡tras! del marqués se oscurece el cielo? Pues no, no tanto.

«Yo miro al cielo azul y tras su esfera....»

Pero antes de meternos tras de la esfera, observen ustedes el *yo* con que comienza el verso, que es sin duda un *yo* muy interesante, es decir, muy ripio.

Pues que si el marqués hubiera dicho *Miro* nada más, sin el *Yo*, hubiera podido creerse que el que miraba no era él, sino Cánovas, por ejemplo, que mira á todas partes y nunca se sabe dónde mira.

«Yo miro al cielo azul....»

En la escasez de curas que siguió á la primera guerra civil, tuvo el obispo de cierta diócesis que echar mano para servir una par-

roquía de un pobre capellán que nunca se había visto en aquel trance.

Para colmo de su angustia, el primer día festivo que iba á ejercer funciones parroquiales, avisáronle que se había acabado el agua bendita, y como no tuviera otro remedio, comenzó los preparativos necesarios para bendecir agua.

Tenía idea de haber visto alguna vez la bendición de la pila el Sábado Santo, y creyendo que todo era igual, mandó al que hacía de sacristán, que le trajera los Santos Oleos.

El sacristán de afición, que era de lo más leído del pueblo, y además la práctica le había hecho fuerte en ceremonias, obedeció; pero no quiso cargar con la responsabilidad de que el vicario hiciera un disparate por no advertírselo, y al entregarle las crismeras le dijo lo más respetuosamente que pudo:

—Señor, el otro vicario nunca echaba los Santos Oleos en el agua que bendecía así entre año.

Y el pobre capellán, no queriendo dar su brazo á torcer, pero no queriendo tampoco hacer un disparate por terquedad y por soberbia, salió airoso del paso diciendo:

—No, ya sé yo que no hacen falta; pero bueno es que estén presentes.

Casi lo mismo pasa con ese *yo* del marqués. No hace falta, pero bueno es que esté presente.

«Yo miro el cielo azul, y tras su esfera,
Velados mundos sueña mi ardimiento.
Miro.....»

¿Pero es usted mismo el que mira también ahora?

Como no dice usted *yo* miro... por si acaso.

«Miro el sol que ilumina el firmamento
Y hallar pienso.....»

¡Qué cosas hallan estos marqueses literatos!
En fin, como la poesía es todo ó casi todo invención, cada uno puede hallar lo que más le guste.

«Miro el sol que ilumina el firmamento
Y hallar pienso más luz tras su lumbrera.»

Y van dos *trases*. Y unos mundos *velados* y casados muy interesantes. Y un *mi ardimiento* muy dulce y muy armónico, y un *tras su lumbrera* que da el opio.

«Miro al mar, y en *fantástica quimera*...»

Ti-ca-qui. Armonía imitativa.

«Miro al mar, y en *fantástica quimera*
Del mar trasluzco el ámbito opulento...»

El tercer *tras* es ya este *tras-luzco*.

En cambio el *opulento* aplicado al mar, es el primero..... en su clase.

«Miro al mar y en *fantástica quimera*
(*Sí, sí, mire usted todo lo que quiera.*)
Del mar trasluzco el ámbito opulento,
(*¡Traslucir es! y por usted lo siento.*)

Y el monte miro, y sueña el pensamiento
 (¡También eso es soñar, que es un portento!)
 Los mil enigmas de la edad primera.»
 (¿Enigmas? ¡Calavera! ¡Calavera!)

Pasemos por la *opulencia* del mar y por-
 que *sueñe el pensamiento* en lugar de la ima-
 ginación, y por todo... Por todo hay que pa-
 sar con estos marqueses. Hasta por los *enig-
 mas* de la edad primera ó de la segunda, que
 así tienen que ver con la *opulencia* del mar
 como los sonetos del marqués con el buen
 gusto. Y acaba:

«Mas cielo, y tierra, y mar, y sol *brillante...*»

Bueno; pero ¿dónde nos deja usted la luna,
 y las estrellas, y los dromedarios, y los marque-
 ses que escriben versos?... Ya, puesto á amon-
 tonar, debe usted meter allá todas esas cosas.

«Mas cielo, y tierra, y mar, y sol *brillante*
No anuncian tanto...»

Como la sociedad general de anuncios,
 ¿eh? Claro que no; porque no es ese su ins-
 tituto. ¿De dónde saca usted que el cielo y la
 tierra y la mar y el sol han de ser agentes
 del Sr. Calzado? Vamos á ver... ¡*No anun-
 cian tanto!*... Usted sí que anuncia que no
 sabe dónde tiene su mano derecha!

«Mas cielo, y tierra, y mar y sol *brillante*
No anuncian tanto á mi febril vehemencia...»

¡Acabáramos! Tiene usted fiebre... Ya se
 conocía. Por eso quería usted vivir *iluso*.

«Mas cielo, y tierra y mar y sol brillante
 No anuncian tanto á mi febril vehemencia
 Como anuncia el pudor de tus sonrojos...»

¿Tus?... ¿Y de quién son esos sonrojos? ó
 en otros términos, ¿quién es *tus*?

¡Bah! La marquesa. Ya pareció aquello.
 ¡Pobre señora!... Porque ¡cuidado que tam-
 bién es desgracia estar casada con un soneto,
 digo, con un marqués que hace sonetos y que
 no la ha de dejar en paz ni á sol ni á sombra!

Pero y luego ¿qué podrá anunciar *el pudor
 de los sonrojos*? Estoy por decir que no lo sabe
 ni *La Correspondencia*, que todo lo anuncia.

Y ahora vamos á ver la razón, digámoslo
 así, que da el marqués para que ni el sol, ni
 el mar, ni la tierra, ni el cielo *anuncien tanto*
 como el pudor de los sonrojos de su señora:

«Pues hallo, *si me fijo* en tu semblante,
 Más mundos, luz, misterios y *opulencia*
 Tras los *limpios* cristales de tus ojos...»

Sí hallará usted, sobre todo *opulencia*, si
 es que la señora marquesa era rica.

Y diga usted, hombre, y perdóneme la
 señora marquesa, tan officiosa é inoportuna-
 mente traída al soneto, diga usted: ¿le pa-
 rece á usted que ese *pues hallo, si me fijo*, so-
 bre todo ese *si me fijo*, es poesía?

Pues no lo es.

XII.

Pero venga usted acá, señor vizconde de Campo Grande, antes D. Plácido Jove y Hevia; venga usted acá, víctima inocente del único chiste que se conserva todavía en la redacción de *El Siglo Futuro...*, chiste tan sencillo, que consiste en escribir el nombre de usted con letras mayúsculas; venga usted acá.

Y dígame usted, por su vida conservadora: ¿quién le ha engañado á usted?

Porque la verdad es que le han engañado á usted en ambos efectos, como dice la ley de Enjuiciamiento civil tratando de las apelaciones. En el efecto *suspensivo*, induciéndole á usted á escribir versos que dejan suspenso al más pintado; y en el efecto *devolutivo*, induciéndole á usted á pedir que le devolvieran ese título de vizconde, abandonado por el abuelo de usted, que santa gloria haya.

Y es indudable, para mí es indudable, que le han engañado á usted en las dos cosas, siendo lo peor de todo el que se haya usted decidido por ambas.

Porque, mire usted: si se hubiera usted contentado con una cualquiera de las dos, no hubiera usted caído en mi poder, ni en el riesgo inminente de pasar á la posteridad vestido de ignominia literaria, en esta colección de figuras de barro más ó menos aristocrático.

Si se hubiera usted concretado, por ejemplo, á ser simple vizconde, sin cometer sonetos ni otros crímenes literarios, nada hubiera yo tenido que ver con usted para este fin, como no tengo nada que ver con otros condes y marqueses muy nuevos y muy insignificantes, que se suelen llamar de Casa Sedano, de Trives, de la Viesca de la Sierra y de otras mil cosas por el estilo, pero que no se han metido en versos, ni aun en prosas.

Y al revés. Si se hubiera usted concretado á hacer malos versos, pero sin haberse revalidado de vizconde, tampoco resultaría usted procesado en esta causa criminal que estamos siguiendo el sentido común y yo contra todos los malos versificadores que llevan corona.

No había de ser usted de peor condición que Cañete, y D. Pedro Madrazo, y Cánovas, y Marcelino Menéndez Pelayo, y Mariano Catalina, que hacen tan malos versos como usted y como cualquiera, y, sin embargo, por su calidad de plebeyos quedan libres.

Digo, quedan libres por ahora; pues no

sería extraño que más adelante se les abriera proceso en pieza separada, bajo el rótulo de *Ripios académicos*.

En fin, el caso es que usted se ha dejado engañar, y ya no tiene remedio; pero, ¿quién le ha engañado á usted? Vamos á ver...

Siempre sería Cánovas. Lo que es el que le metió á usted á sonetero fué D. Antonio Cánovas, de seguro. Rivalidades de clase; porque ya sabe usted que D. Antonio también es *vizconde*... al natural. A más de que ese es el oficio del diablo, y de D. Antonio, que le imita en eso y en otras cosas. El diablo, ya que él está perdido, procura perder á los demás. Y D. Antonio, ya que él hizo aquellas fechorías poéticas de *Los amores de la luna* y *La golondrina aventurera*, procura hacer caer á los otros en iguales delitos.

Y usted, pobre hombre, digo pobre vizconde, inexperto é incauto, pero no impermeable á las malignas insinuaciones de Don Antonio, ha caído usted en el garlito.

Quiero decir, en el soneto.

Que, por supuesto, es malo; pero tan malo, que mereció ver la luz pública en las columnas de *La Correspondencia*.

Eso sí, después creo que le recogió también *La Ilustración Española y Americana*; pero las primicias de la publicidad fueron para *La Correspondencia*. Y cuando *La Correspondencia*, que jamás había publicado versos,

por muy malos que fueran, ni creo que los ha vuelto á publicar después, hizo con el soneto de usted, señor vizconde, una excepción, digo... ¡Si será malo!

Véase la clase:

«AL REY».

Nada menos: estos vizcondes no se andan por las ramas.

Y se advierte que el soneto fué disparado en una boda, no sé si con la mala intención de asustar á los convidados, ó con la peor todavía de aguar la felicidad de los novios.

Adelante.

«Ayer el rey proscrito y *desgraciado*,
 (*¡Más respeto hacia el jefe del Estado!*)
 »Ayer España triste y *dividida*;
 (*Por varios ríos en veloz corrida.*)
 »Ayer el rey en *anhelosa* vida,
 (*E-na-ne-lo-sa ¿qué? ¡Si se descuida!*)
 »Ayer España en *angustioso* estado.
 (*¡Por qué aún estaba usted sin vizcondado?*)

¿Qué tal les parece á ustedes el *ayer* de D. Plácido Jove? ¿Mal? Pues lo siento, porque el *hoy* es peor todavía.

El hoy es el segundo cuarteto; que así como el primero dice en todos sus versos *ayer, ayer, ayer, ayer*, el segundo dice *hoy, hoy, hoy, hoy*, (como si le estiraran las orejas).

No faltaba más sino que los tercetos dijera*n mañana, mañana, mañana, mañana, ma-*

ñana, mañana, para que el soneto de D. Plácido pudiera titularse: *Ayer, hoy y mañana*, como la obra de Antonio Flores, Dios le haya perdonado.

Y Dios le perdone también á D. Plácido todos sus pecados, hasta el del soneto inclusive.

Que es pecado y aun crimen mucho más grave de lo que parece.

En un país bien organizado y moralmente regido, es decir, donde no gobernarán los conservadores ni los fusionistas, un soneto así se castigaría lo menos con cadena perpetua.

Y las accesorias.

Como inhabilitación absoluta perpetua para todo cargo y soneto político.

Que es lo mismo que dijo ya, describiendo tiempos más bonancibles, un poeta á quien Dios conserve muchos años:

«La libertad de imprenta en el infierno
Aún se albergaba, y la censura previa
Por auto prohibió de buen gobierno
Que escribiese sonetos Jove y Hevia.» (1)

Lo cual era muy justo dentro del sistema preventivo.

Pero hoy que seguimos el represivo..... veamos el *hoy*:

«Hoy nuestro rey sobre el pavés alzado,
(¡Pavés!.... el adoquín afrancesado.)

(1) *Historia del corazón*, idilio.

- »Hoy nuestra España alegre enaltecida;
(¿Alegre?... si el vizconde la convida.)
- »Hoy nuestro rey en su nación querida,
(No sé cómo glosar esta salida.)
- »Hoy nuestra España con su rey amado.»
(Sistema socorrido y descansado.)

Porque es claro, si está ella con él, no puede menos de estar él con ella.

Y vamos al *mañana*; es decir, á lo que debiera ser mañana ó nunca: á los tercetos:

«Nuestra ley natural es *su* bandera...»

¡Qué barbaridad! digo, no, ¡qué barbaridades!

Porque son varias. La primera, la de no decirnos por lo claro de quién es la bandera, si del «rey amado» ó de «la nación querida»; la segunda, la de dar á entender que el «rey amado» tiene por bandera la *ley natural*; la tercera, la de que no se sepa tampoco á punto fijo si D. Plácido quiere decir que «*su* bandera», es decir, la bandera de quien sea, es nuestra ley, la ley que naturalmente debemos seguir, ó si quiere decir, como dice, que la *ley natural*, es decir, la ley de la naturaleza es la bandera del sujeto á quien se refiere el *su* de D. Plácido..... ¡Y todo esto en un solo verso, en el primero del primer terceto!.... ¿No es verdad que la cosa promete?

Los otros son así:

«Su amor el sol que nuestra tierra baña.»

Donde tampoco se sabe si el vizconde dice

que el amor del sujeto del *su* nos sirve de sol, es nuestro sol, ó si es que el sol es su amor, es decir, que está enamorado del sol el sujeto á quien el *su* se refiere.

«Su dicha, nuestra dicha verdadera,»

dice el último verso del primer terceto, por decir algo que no sea verdad ni poesía; y por último, el segundo terceto se descuelga con... lo siguiente:

«Con el rey llega el bien y *huye la saña...*»

¿Qué tendrá que ver la llegada del bien con la huída de la saña?... Lo mismo que el vizconde con las cuatro témporas...

«Con el rey llega el bien y *huye la saña,*
Y hoy que al tomar augusta compañera
El es feliz, será feliz España.»

Es verdad. Consecuencia legítima..... Pero no quiero hacer más comentarios, porque sería el cuento de nunca acabar, ya que aquí todo es ripio.

¡Todo! La *saña*, la huída, la llegada, el *tomar* hermosa compañera como se toma una jícara de chocolate, y España, y la felicidad, y hasta el rey es aquí un verdadero ripio..... aquí en el soneto del vizconde.

Nada, no quiero hacer ya más comentarios ni sobre la huída de la saña, ni sobre la llegada del bien. Al contrario, creo que también voy á huir yo aunque sea con la saña,

por no quedarme con el vizconde ni con ninguna de las felicidades y demás adminículos de su soneto.

¡Ah! Una palabra para concluir, Sr. D. Plácido. Si quiere usted pasarse por la Academia de la lengua, dígales usted á aquellos señores y á Pidal que he dicho yo que sí; que le admitan á usted, que bien merecido lo tiene.

XIII.

«¡Un nuevo tomo de poesías y compuestas por un marqués!...»

Debo advertir á ustedes que no es mía la exclamación, aunque lo parezca.

Ahí donde ustedes la ven, es de Marcelino Menéndez Pelayo.

Y lo grave del caso es, que con ella empieza Marcelino el prólogo que, en su calidad de prologuista de todos los libros que ven la luz pública, se ha creído obligado á poner á un tomo de versos del marqués de Heredia.

El principio del prólogo, como ven ustedes, no puede ser más oportuno. Y es que al portentoso joven montañés le pasa, por lo visto, algunas veces lo mismo que á *La Correspondencia*, que hace, sin querer, sátiras terribles.

Porque, eso sí, después ya advierte Marcelino que aquello no lo dice él, sino que exclamarán así muchos de los que abran el tomo; mas, por de pronto, ya lo ha dicho, y los lectores lo han leído, y la primera impresión es la que vale.

¡Lástima que el rasgo del joven prologuista no sea del todo original!

Que no lo es; porque se parece mucho al del predicador aquel que, precedido de grandísima fama, se subió al púlpito de una aldea y exclamó con voz estentórea: *¡No hay Dios!* quedándose callado por espacio de dos ó tres minutos.

Y sólo cuando los feligreses, asustados en el primer instante, se preparaban á tomar contra él alguna medida salvadora, como la de hacerle bajar del púlpito, considerándole caso patológico, añadió á media voz: «*Dicen los ateos.*»*

Lo que hay es que aquí andan invertidos los términos; porque no es la exclamación inicial del prólogo, sino las explicaciones que vienen detrás, las que pueden acusar, ya que no locura, por lo menos debilidad y condescendencia.

Mas dejemos el prólogo, y vamos al grano. O á la paja, que en esto puede haber opiniones. En fin, á los versos del marqués coleccionados en el libro que, por supuesto, está impreso con lujo.

Es otra condición de todos los libros que no sirven. Ya se sabe, muy buen papel, tipos nuevos, y prólogo de Menéndez Pelayo.

Y versos rematadamente malos, ó prosa de la misma calidad; ó verso y prosa de la misma índole, como sucede en el caso pre-

sente, porque de todo hay en la viña del señor..... marqués de Heredia.

De los versos dice su apologista que «son versos *íntimos*, y como tales deben ser juzgados.....»

Y es verdad que son versos *íntimos*, y hasta caseros, pudiera decirse.

Ahora lo que yo no sé es cómo deben ser juzgados los versos *íntimos*.

Y es cosa que me apeña. Porque precisamente casi todos los versos de los marqueses son versos *íntimos*, así, domésticos, para andar por casa, y hay ocasiones en que me siento embarazado..... como dijo una vez mi tocayo, el de Lillo, desde el banco azul del Congreso, con estupefacción de las tribunas.

Se me ha acusado de meterme en la vida privada, porque me compadecí de una marquesa á quien su marido dedicaba sonetos, que de seguro la harían ruborizarse si los leyera.

Acusación injusta ciertamente; porque yo no tengo la culpa de que haya marqueses que se empeñen en enterar al público de todas las interioridades de su casa, y hagan una oda filosófica sobre cualquier disgustillo conyugal, de esos que nunca faltan, aun en los matrimonios mejor avenidos.

Yo censuro los malos versos dados á la luz pública, los malos versos que se venden en las librerías ó que sirve á sus suscritores *La Ilustración Española y Americana*. Si hay mal

en hablar de ciertas cosas, no es mía la culpa, sino de los marqueses que hacen sonetos interiores.

Y que los publican, pues todavía no es lo peor hacerlos, sino publicarlos.

Porque, como todo va en temperamentos, yo concibo que haya marqueses que reformen el aforismo aquel de los jugadores, que dice: «A mal dar, tomar tabaco,» y digan: «A mal dar, hacer odas,» y se desahoguen de cualquier berrinche escribiendo tres ó cuatro estrofas pedestres, vengando su rabieta en la literatura que no tiene culpa maldita.

O viceversa; que al sentirse víctimas de un acceso de gozo, tomen los trastos de escribir, que para ellos son los trastos de matar... el buen gusto, y se dejen caer con un soneto hasta la empuñadura...

Pero, ¿para qué imprimen esas cosas? es lo que yo digo. ¿Qué le importan al aficionado á las bellas letras sus alegrías ni sus pesares? ¿Qué necesidad tienen de mostrar sus debilidades *coram populo*?...

Coram populo, ¿estamos? no *coram populi*, como dice un tal Leandro Herrero, escritor, ó cosa así, de la clase *alabarderos* rasos, variable en política, inconstante en la dirección del incensario, y persona en quien la presunción se extiende mucho más que los conocimientos.

Los cuales no son, con todo, tan escasos

como para no saber, ó al menos sospechar, que *populi*, en latín, quiere decir *del pueblo*.

Y como por otra parte, ó por la misma, *coram* quiere decir *delante*, y en castellano se dice: «delante del pueblo», se conoce que don Leandro la primera vez que leyó *coram populo*, maravillado de su propio saber, lo juzgó ignorancia del que lo había escrito, y decidió formalmente enmendarle la plana, escribiendo *coram populi*, cuando viniera á pelo.

Y aunque no viniera. (1)

Mas dejemos en paz á este Herrero y á todos los herreros del mundo, para volver sobre los marqueses de los versos íntimos.

Que no son pocos, porque casi todos los marqueses que escriben versos los escriben así; pero lo que es el de hoy, es decir, el de Heredia, deja atrás á todos en esto de aplicar los versos á las necesidades ordinarias de la vida.

¿Que la criada le ha puesto el agua para afeitarse casi fría?... Pues una oda que empiece, verbigracia:

«Cuanto mi vida durará mi pena,
Un nuevo desengaño llora el alma,
Que cubre de dolor mi faz serena,
Que niega al corazón la dulce calma...»

¿Que el zapatero no le ha traído hasta el

(1) Por estos párrafos ó con estos linternazos aprendió el Herrero aludido á decir *coram populo*, y desde entonces, para que se vea que lo sabe decir, todos los días repite la frase, ora ejerza de carlista en *El Correo Español*, ora de rebelde en *El Siglo Futuro*.

domingo por la mañana unas botas que le había ofrecido traer el sábado por la tarde?... Pues soneto al canto:

«¡Cuán de imprevisto la ventura humana
En quimera se cambia y en *olvido*,
Y qué breve es el bien *dulce y querido*
De que el *pobre mortal ciego* se ufana,
Siempre anhelando el día de mañana...»

Etcétera. Porque todo lo que sigue es así, tan poético como ese quinto verso.

¿Que no le gustó el postre?... Pues otro soneto:

«Engendra la experiencia de la vida
Honda tristeza, amargo desaliento...»

¿Que se le muere un niño á un amigo suyo?... Pues á empeorar con una oda la situación del desgraciado padre, diciéndole:

«Vengó á llorar contigo,
Que la *tierna* oración al cielo llega
Del padre y del amigo...»

Y lo demás que sigue en correcta prosa:

»Cese tu desaliento,
De tu delirio *doma la porfía*;
Pon fin á tu tormento;
Que ya la noche es día
Para el hijo *que tanto te quería*.

»Exclama de fe lleno
Sin temer de la duda el *rayo impío*,
Con ánimo sereno:
¡Señor, yo te *glorío!*...»

Etcétera. Que también yo le *glorío* al marqués *con ánimo sereno*.

Y eso que, con todas estas cosas, no hace uno poco en conservar la serenidad.

Una cosa buena tienen, sin embargo, las *composiciones* de este marqués, y es que son cortitas. *Un soneto*, es decir, catorce *versos*, ó tres estrofitas aplantilladas por las de Fray Luis de León, es lo más que dedica á un asunto. Sólo alguna vez se suele *correr*, como dice Posada Herrera, hasta veinte versos.

Pero en cambio de ser cortas, son muchas, y allá viene á salir la cuenta.

Como que el señor marqués que ya va teniendo su edad, ha reunido en este tomo todos los versos que ha hecho desde que tiene uso de razón.

Y desde antes, que ya antes de tener uso de razón probablemente los haría, pues no veo yo que sea necesario el uso de razón para hacer cierto género de versos.

¡Oh! y eso sí, tiene versos á todo. ¡Qué fecundidad y qué prodigalidad la del marqués! Tiene versos á todo, hasta á su suegra...

Y á Cañete.

Y á la Marina.

Y á los fusilamientos de Querétaro.

Y á Francia, y á la virtud, y á Carlos Perier.... y á todo, vaya, á todo.

A la virtud la dice:

«¿Quién la maldad del pecho
Que cautelosa nace y escondida,
Quién la mueve á despecho?

La virtud *no fingida*
Que *recelosa vive y prevenida.*»

¿Lo entienden ustedes?... Pues tampoco yo... Ni el marqués.

En otro género hay un romance á Carlos Perier y Gallego, en mangas de camisa (el romance), titulado *Las primicias del tú*, que es una maravilla.

Por lo malo.

Como que concluye de esta manera:

«Tiene el usted cierto dejo
De amargura y de acritud...
Y por eso los amigos
Deben llamarse de tú.»

Esto es poesía, lo demás es un cuento.

Bien es verdad que estos cuatro versos son precisamente los más poéticos del romance.

Pues también hay una oda á Cañete, es decir, á la amistad en forma de Cañete, ó personificada en D. Manuel, que... ¡no les quiero á ustedes decir nada!...

Á LA AMISTAD.

A mi querido amigo D. Manuel Cañete.

ODA.

«Del alma *candorosa*
La *sincera* amistad *en este suelo*
Ofrece *generosa*
Con amante *desvelo*
Un tesoro de paz y de consuelo.»

Notarán ustedes que el cuarto verso en las estrofas del marqués siempre es un ripio. En esta es *con amante desvelo*, en la otra era *con ánimo sereno*.

Lo cual no impide que los demás versos de la estrofa sean también ripios, como el segundo. Aquel *en este suelo*, es una especie de pase de recurso, repetido en las faenas del marqués con mucha frecuencia. Casi no hay soneto ni estrofa en que no nos advierta que la escena pasa *en este suelo*. Sin necesidad, porque ya se conoce.

Es decir, sin necesidad racional, porque la necesidad del consonante nunca falta. Siempre hay que preparar el terreno para el *desvelo* ó el *consuelo*, que *suelen* venir detrás invariablemente.

En otra ocasión, dice el marqués en un soneto titulado *Contradicciones*:

«Verdugo soy de la mujer que adoro...»

¿Y lo dice usted con esa serenidad, señor marqués?

Pero no quiero insistir en esto, porque no digan que me meto en la vida privada. Y por la misma razón dejo de analizar otras muchísimas *composiciones* del género íntimo, por medio de las cuales parece que se ha propuesto el autor no tener secretos para nadie.

Ahora, como ejemplo de la libertad *marceliniana*, ó clásica ó verde que gasta el marqués en sus versos, ahí va esa estrofa...

Pero no, no va; porque hay cosas que ni para afearlas deben copiarse. Baste saber que la estrofa que iba á copiar y que no copio es tal, que si estuviera en prosa... es decir, en *prosa* ya está, pero si estuviera escrita á renglón seguido y puesta en un folletín de *La Correspondencia*, el mismo marqués prohibiría la entrada de *La Correspondencia* en su casa.

Sino que á estos marqueses se les figura que en siendo en verso, aunque sea malo, como casi siempre lo es, ya se pueden escribir todo género de obscenidades.

Como si presintieran que el disgusto producido en el lector por la malsonancia prosáica de los versos, ha de apartarle de todo peligro.

Pues otro día dice que se puso á meditar, en verso, por supuesto, en esas estrofitas que guarda él para los casos graves, y lo primero que se le ocurrió fué lo siguiente:

«Amé como ninguno,
 Con la fe y el ardor de *tiernos años*;
 Mi premio *ha sido uno*:
 Saber que hay *desengaños*,
Perfidia disfrazada con engaños.....»

Perdone el marqués, pero esos son lo menos dos ó tres premios.

Aunque todavía no son tantos como merece.

XIV.

¡Y poco ancho que se va á poner D. Ignacio Escobar al verse contado entre los aristócratas!

Aunque el contarle no sea más que para que sería la gente de sus tentativas poéticas...

No más afortunadas que sus tentativas oratorias, por cierto.

¡Y cuidado que las tentativas oratorias del señor Escobar fueron desgraciadas de veras!

¿Se acuerdan ustedes?.....

Creía todo el mundo que D. Ignacio José Escobar, el de *La Epoca*, había tocado ya la meta de sus afanes con haber alcanzado un título de marqués, barato, casi de balde, porque es de Valde... Iglesias. Y aunque estos títulos de poco precio, no son de pergamino como los antiguos, sino de papel, que puede ser mojado, continuo ó de estroza, siempre sirven á lo menos para poner la cifra y la corona á dos tintas en ambas portezuelas del coche.

Creía todo el mundo, al ver al señor Escobar ejercer de marqués, por lo menos entre

su familia, que con tan estrepitosa felicidad estarían ya sus ambiciones satisfechas.

Pero todo el mundo se equivocaba. Las ambiciones de los hombres así, cortitos de estatura, jamás se satisfacen.

El nuevo marqués de Valde-Iglesias tuvo deseos de ser siquiera ministro y... lo puso en conocimiento de Cánovas.

Que precisamente andaba aquellos días preocupado con la contingencia de necesitar pronto un ministro de Hacienda, y no tener madera de donde hacerle. Porque los ministros de Hacienda, ya se sabe que son de los que más se gastan, y el pobre Orovio estaba ya por entonces á más de media usa.

—¡Calla!—se debió decir D. Antonio—*¿zi me zervirá este... tipo?... ¡Puez voy á ver!*

Y fué y le llevó á la antesala del ministerio de Hacienda, es decir, á la presidencia de la Comisión de presupuestos, con lo cual estaba como quien dice entrando.

Mas ¡ay! que en el primer discurso que como tal presidente quiso echar, se perdió, y de tal manera se le fué la especie, que no dió pie con bola; siéndole menester marcharse á Andalucía á esparcir el ánimo.

Y ¡adiós ministerio!

Porque desde entonces creo que no se habrá vuelto á acordar D. Ignacio de ser ministro. Y de ser orador mucho menos.

Como no me acordaría yo tampoco de

traerle á colación las calaveradas poéticas de su mejor edad, si él no hubiera hecho la mayor de todas, la de haber sentado plaza... de marqués hace cinco inviernos.

¡Ay! Sr. Escobar, ¡más le valiera á usted no haber nacido!...

Al marquesado.

Y eso que como todo tiene sus compensaciones y cada uno tiene sus gustos, habiéndolos de entre éstos que requieren palos literarios, bien puede ser que mientras el amigo Sancho exclamaba dolorido: «Si buena ínsula me dan, buenos azotes me cuesta», usted vuelva al revés la exclamación y se alegre del vapuleo por la ínsula de figurar aquí entre los marqueses de veras. Que también son de veras malos poetas; tan de veras como el de Molins, y el de Monesterio, y el de Dos-Hermanas, y el de Cerralbo, y el de Heredia.

En fin, que conste, Sr. Escobar, que sólo por darle á usted un buen rato voy á decir al público que usted hizo versos.

Políticos, eso sí, pero malos.

Malos, política y literariamente.

¿Por dónde dirá usted que lo sé yo?

¿Se acuerda usted de aquellas décimas y aquellos sonetos que escribía V. el año 1845 para publicar en un número de *El Español* muy historiado, que salió el día 19 de Noviembre á festejar el cumpleaños de Doña Isabel?

Pues ¡por cuánto un ejemplar de aquel

número de *El Español* no había de venir á parar á mis manos!

Por cierto, que entre mil soserías moderadas, tiene hasta unos versos de D. Ramón de Campoamor, impresos en círculo á manera de rosa náutica, los cuales, ya sea por aquello de que *quandoque bonus dormitat Homerus* (que así dice el texto, y no *aliquando*, como suelen escribir muchos eruditos á la violeta), ya porque hay asuntos que no se prestan á otra cosa que á malos versos, también son malos.

Pero no los quiero poner en solfa. Porque D. Ramón, aunque tuviera entonces el mal gusto de hacer versos isabelinos, es decir, malos versos, no ha tenido después el mal gusto ni ha caído en la vulgaridad de hacerse marqués haitiano.

Y vamos á los versos del Sr. Escobar:

«DESEOS.

La décima se llama *deseos*, y dice:

«¡Oh!....»

El principio no puede ser más admirable.
«¡Oh!....» Pero no paremos tan pronto.

«¡Oh! qué ahogada en *este día*
De los partidos la saña,
Luzca otra vez para España
El sol de Otumba y Pavía....

¡El sol de Otumba!.... precisamente cuan-

do se ganó la batalla de Otumba ya no había sol. Y si no, pregúnteselo usted á Romero Robledo, que debe saber mucho de esas cosas. Por lo que hace á Pavía, supongo que no se referirá usted al del 3 de Enero, porque también hizo su hombrada de noche; y luego que cuando usted escribía eso, era él enteramente una criatura.

Y además no luce.

Pero por otro lado ¡qué picarillo era usted ya entonces, Sr. Escobar! Pedía usted para España el sol de Otumba, y el sol que usted quería para sí era el que más calienta.

Que es al que ha procurado usted arriarse siempre.

Con que quedábamos en el sol de Otumba y Pavía y Rodríguez de Albur..... querque; digo, no; y Pavía sólo. Y vamos andando:

Sí, redúzcanse á *porfia*
Los rencores á *pavesas*.....»

¿En qué quedamos? ¿Han de reducirse á *porfia* ó á *pavesas*? Decídase usted, neo-marqués, por una de las dos cosas, y no nos deje usted en semejantes perplejidades. Al fin y al cabo tan mal pega una cosa como otra; es decir, tan ripio son las *pavesas* como la *porfia*, porque si ésta viene traída por el ronzal del consonante de *este día* y de *Pavía*, las otras, las *pavesas*, vienen también por obligación á preparar el terreno para unas *empre-*

sas y unas *promesas* que irán saliendo más adelante... y pata.

Y ripio, quería decir.

Sí, redúzcanse á *porfía*
 Los rencores á *pavesas*,
 Truéquense en nobles *empresas*
 Nuestras *rencillas villanas...*»

Lo que trueca usted son los frenos á cada paso, señor marqués...

¡Mire usted que ese *villanas...* es una villanía literaria en toda regla!

¿Por fuerza han de ser villanas las diferencias políticas? Pues no, señor. Lo serán por parte de ustedes los que no tienen otra aspiración que el encumbramiento personal, ni otro móvil de sus actos políticos que el afán de gozar del presupuesto; pero por parte de los demás pueden ser muy nobles. Y no vale confundir.

Que es lo que decía una pobre mujer allá en la montaña de León á un escribano que era además fiel de fechos del pueblo, y á quien había ido á pedir una papeleta de citación para llevar ante el alcalde á una vecina que la había llamado ladrona.

Era el escribano, contra la fama universal de la clase, poco amigo de enredar á la gente en pleitos; y después de mucho aconsejar á la agraviada que desistiera de su quere-lla y no diera importancia al asunto, añadía para convencerla del todo:

—No hagas caso, mujer, no hagas caso. ¡Bah! Si á todos los que me han llamado á mí ladrón los hubiera llevado á juicio.....

—¡Ah! es que usted lo será; ¡pero yo!....— Contestó la pobre aldeana con toda la sencillez del mundo.

Con que no vuelva usted, señor marqués de Valde, á llamar *villanas* á las diferencias políticas de los otros.

Ahora, si se refiere usted á las que por entonces tenían ustedes los moderados entre sí, que pase.

No será poesía, pero será verdad.

Truéquense en nobles empresas
Nuestras rencillas *villanas*,
En fe de que no eran vanas
De Vergara las promesas.....o

¡Vaya si eran vanas! Tan vanas por lo menos como la que hizo usted al marqués de Valdespina allá en el Baztán, de hacerse usted carlista, con *La Epoca*, en cuanto llegara usted á Madrid.

Lo cual no estuvo bien.

Aunque yo desde luego me alegro de que usted no se hiciera carlista, porque para nuestra basta un Nocedal; pero esas cosas, si no se han de hacer, no se prometen, don Ignacio.

Y vamos á hacer su apellido, es decir, vamos á escobar los ripios del soneto.

Que empieza:

«¡Más pesares aún! Año tras año,
Siete de horrenda fratricida guerra,
Talandó fueron mi diezmada tierra,
Como lobo cruel manso rebaño.....»

¡Ay, ay, ay, Don José,
Qué versos hace usted!

Pero vamos á cuentas: ¿Para qué ha puesto usted ahí tantos epítetos? ¡Horrenda! ¡fratricida! ¡diezmada! ¡manso! ¡cruel! etcétera..... Y luego, para talar la tierra, ¿qué falta hacía que estuviera diezmada? Y después ¿quién le ha dicho á usted que el lobo, por más cruel que sea, *tala* el rebaño? Le *diezmará* (ahí venía bien lo de diezmar), ó le demediará ó le destrozará por entero, si no se contenta con la mitad, ni menos con el diezmo. ¿Pero *talarle*? ¿Usted sabe lo que es talar?... Pues hay que aprenderlo, y antes de escribir, porque después ya no hace al caso.

Siga usted; quedábamos en él rebaño:

«Brotó mi sangre en *encendido caño*,
Yermas dejando la llanura y sierra.....»

¡Ah! Es que usted cree que la sangre deja yermas la sierra y la llanura? ¡Pues lo entiende usted! Al contrario, hombre, al contrario: lo que que hace la sangre es fertilizar mucho la tierra. Como que es un abono excelente... Pregúnteselo usted al más simple vecino de *Valde-Iglesias*, del pueblo de donde le han hecho á usted marqués, lo mismo que podían haberle hecho á usted de *Valde-teatros*.

Digo, ese es el efecto de la sangre ordinariamente. Ahora, esa sangre de usted que brota *en encendido caño* (¡vaya un *caño* y vaya una poesía!), puede ser que tenga la virtud de yermar la tierra. Pero, hombre, ¡aunque fuera lava!.... ¡Cuidado con la sangre que gasta el Sr. Escobar!

«Brotó mi sangre *en encendido caño*
Yermas dejando la llanura y sierra,
Y cuanto mal la humanidad encierra
Ví conjurarse de mi pueblo en daño.....
Así España exclamó.....»

¡Ah! ¿Pero todo eso del *caño* y de la *horrenda*, etc., y del lobo con traje talar, lo decía España?

¡Pues hombre, podía usted haber esperado todavía otro poco antes de advertirlo! Es verdad que lo mismo da; porque aparte de eso de *mi pueblo*, que á España la sienta peor que á usted todavía, las demás cosas, el *caño* de la sangre, por ejemplo, tan disparate y tan ripio es siendo de España como siendo de usted, y un poco más si cabe.

Así España exclamó:

«Así España exclamó... *mas de repente...*
(*Vamos á ver qué fué lo que pasó.*)
Del Luso y del Ibero los pendones
Juntos en porvenir miró esplendente...»

¡Hombre! ¡D. Ignacio José! ¿Profetizaba usted ya la unión Ibérica?....

¡Lo que tiene el escribir *de repente* y á

bulto! Que á veces no se sabe lo que se escribe ni para quién se escribe. Porque ese *esplendente*, verbi-gracia, ni usted mismo sabe si le escribió para España ó para Portugal; digo, para *España* ó para el *porvenir*. Aunque, bien considerado, lo más probable es que no le escribiera usted ni para el porvenir ni para España, sino simplemente para el consonante.

«Juntos en porvenir miro esplendente,
Lanzarse en pos de incógnitas regiones;
Y así añadió con entusiasmo *ardiente*:
¡Aún reina puedo ser de las naciones!....»

¡Bien dice el refrán, que el que no se consuela es porque no quiere!

Y si no, aquí tienen ustedes á España, es decir, al Sr. Escobar disfrazado de España, que empieza un soneto llorando, y de repente le concluye diciendo (*con entusiasmo ardiente*): ¡Viva la Pepa!

XV.

(PARÉNTESIS.)

Cuentan de una señora de bastante edad, que cuando salía de casa en tiempo de lluvia, se iba metiendo adrede por los charcos.

—Señora—hubo de preguntarla una vez desde la puerta de una tienda un hortera caritativo;—pero ¿por qué se mete usted en los charcos?

—Por meterme en todo, hijo mío—le contestó ingenuamente la anciana.

Por el tiempo que hace que oí yo contar la primera vez esta anécdota, presumo que la señora protagonista ya se habrá muerto. Pero debe de haber dejado mucha familia.

La Epoca debe ser sobrina lo menos de aquella señora, y D. Manuel Cañete... tío.

Lo digo porque *La Epoca* y D. Manuel Cañete, uno después de otro, y sin duda por la misma razón que tenía su ilustre consanguínea para andar sacando los charcos de madre, han arremetido furiosos contra esta colección de RIPIOS ARISTOCRÁTICOS.

Dejando á *La Epoca* para más tarde, por

lo mismo que fué la primera en arremeter, voy, con perdón de los marqueses que esperan turno, á decir dos palabras ó cuatro á D. Manuel Cañete, autor de la segunda y más ciega y más irracional arremetida.

Pues D. Manuel Cañete ó *Cucañete*, que de ambas maneras le llamo yo, es un académico, por decirlo así, de la lengua.....

El caballero cajista se servirá tener cuidado de no equivocarse suprimiendo una *n*, y llamando á D. Manuel *académico de la lengua*, porque sería injusticia notoria. Don Manuel no puede ser académico de tanta distancia. Lo más lejos que puede ser D. Manuel es de la media legua.

Sin que por eso pueda ser D. Manuel un académico distinguido. Debiera serlo por lo malo, es verdad; pero tiene la desgracia de que casi todos son así; de modo que no puede distinguirse.

Decía que D. Manuel Cañete es un académico de la lengua, que escribe á *El Diario de la Marina*, periódico de la Habana, una carta i-literaria en cada correo; y en una de las últimas ha puesto un párrafo, que dice así:

«Mientras los hombres de fundamento se consagran en nuestros Liceos y Academias á graves estudios, *ansiosos* de propagar el verdadero saber, ó dedican sus ocios á producir obras de ingenio, no engendradas en lo *erial de lo pedestre*.....»

¡Ah! ¿Conque hay obras de ingenio, ó sin ingenio, pero, en fin, obras engendradas en el erial de lo pedestre?... Pues entonces ya sabemos dónde han sido engendradas las obras de usted.

Porque... verá usted, Sr. D. Manuel: lloraba un niño y su madre trataba de acallantarle. Y estaba allí presente un tal López, amigo de la casa, y amigo, como usted, de meterse en todo, el cual quiso también meter su cucharada en el lloro de la pobre criatura.

—No llores, Juanito, le dijo, no llores; que los niños que lloran se ponen muy feos.

Con lo cual el niño calló inmediatamente, para hacerse sin duda sus reflexiones, y al poco rato dijo á su madre:

—Mamá, pero ¡cuánto habrá llorado el señor de López cuando era niño!..

Siga usted, D. Manuel:

«..... no engendradas en el erial de lo pedestre, ni crecidas en *el lodazal de lo chavacano y de lo inmundo.....*»

¿Repito el cuento del niño?..

Porque han de saber ustedes que D. Manuel, cuando ha querido escribir para el teatro, ha escrito alguna zarzuela de ese género chavacano que él dice, y algún drama del género inmundo, que fué puesto en el *Indice*; no en el *Indice Romano*, porque eso hubiera sido dar demasiada importancia á D. Manuel; pero sí en un índice de obras que no se

pueden leer ni presenciar, formado por un señor obispo, y publicado hace muchos años en *La Cruz*, de Sevilla.

Mas el caso es que «mientras los hombres de fundamento...» etc., dice D. Manuel, «que algunos individuos pertenecientes á la tropa ligera del periodismo (á la cual no ha pertenecido nunca el Sr. Cañete, que no ha pasado de ser *impedimenta* en todas partes) *en parte*, de la cual suele competir la *ignorancia* con la *insolencia*..... (¡eche usted!) se divierten en maltratarlos y denigrarlos en escritos *groseros é insulsos*...»

Es verdad; sobre todo insulsos... Le aseguro á usted, Sr. D. Manuel, que aunque los escritos que usted llama insulsos y groseros han sido leídos con avidez y elogiados por todas las personas de buen gusto, no había sufrido la más ligera tentación de vanidad hasta ahora. Ahora sí, al ver que á usted, que en literatura no es más que un mentecato, le parecen tan mal esos escritos y los califica con tan ridícula destemplanza, casi estoy tentado á creer que tienen razón los que dicen que son de primer orden. Siga:

«Esta falta de respeto á lo que es respetable (?) de suyo, sería digna de amarga censura, aunque tuviera algún viso de fundamento. Pero cuando no lo tiene, difícilmente se hallarían *voces* bastante duras para condenarla.»

¡Ah! ¿Conque no *lo* tiene? ¿Y eso de dónde lo saca usted? ¿O se figura usted que hay obligación de creerle á usted bajo su palabra, no más que porque es académico?

Para afirmar que la crítica benévola, relativamente, que he tenido el gusto de aplicar á los versos aristocráticos que van siendo materia de estos artículos, no tiene fundamento, era menester que usted reprodujera los versos que yo he copiado y demostrara que son excelentes.

Lo demás, con decir así *a priori* que la crítica no tiene fundamento, no adelanta usted nada... más que hacer el oso.

El que más y el que menos se ríe de usted y... adelante:

«Sugiérenme estas reflexiones, continúa usted, ciertos artículos publicados en *El Progreso*, diario democrático de esta corte, firmados con el pseudónimo de *Venancio González*, y destinados á fustigar *impiamente* (?) los que el autor ó autores de esos engendros califican de ripios aristocráticos.»

¿Y por qué *impiamente*, Sr. D. Manuel? No, señor; yo fustigo piadosamente, como está á la vista. Pero sigamos.

«Las sandeces (*sic*) en que abundan dichos artículos...»

¿Las *sandeces*?... Sr. D. Manuel... Estaba por llamarle á usted mamarracho.

Pero no; no se lo llamo á usted por dos

razones: la primera, por no echar á perder el mote; y la segunda, porque no quiero imitarle á usted en lo descompuesto del lenguaje.

A más de que parecería que me incomodaba el que usted se hubiera enfadado, cuando es al revés precisamente. Me gusta que usted se descomponga de esa manera tan lamentable, porque es la mejor prueba de que no tiene usted razón y de que yo la tengo.

Nada; chille usted lo que quiera y rabie y escriba palabrotas, que yo le aseguro á usted que, oyéndole como quien oye llover, que es como merece usted ser oído, he de acabar aquí con la tontolatría literaria ó he de poder muy poco. ¡A tierra los ídolos de carne de tonto! ¡A juicio las reputaciones escamoteadas! El que quiera nombre literario que le gane en buena lid, y no escribiendo, para que le aplaudan cuatro zánganos, majaderías y simplezas.

Como verbigracia:

(Este verbigracia no quiere decir sólo Manuel Cañete. Quiere decir: cualquier académico.)

«Las sandeces, decía usted, en que abundan dichos artículos, cuyos padres (suprima usted el plural. ¡Valiente literato está usted, que no conoce que los artículos son de una misma pluma!) por lo visto están tan ayunos de ingenio como de ciencia.....»

Usted sí que está ayuno de ingenio y de

ciencia y de gracia y de todo, menos de sueldos, que disfruta usted cuatro ó cinco.

Porque, eso sí, usted será mal escritor..... ¿qué digo, será? lo es usted positivamente, muy mal escritor, en verso y en prosa, pues ni en prosa ni en verso tiene usted inspiración, ni estilo, ni nada, más que un poco de baja erudición, como se lo probaré á usted... porque yo digo las cosas y las pruebo... como se lo probaré á usted cuando empiece á recoger los *Ripios académicos*; pero cómo no hay nadie en el mundo que no sirva para alguna cosa y que no tenga su especialidad, usted, que no sirve para escritor, es usted un excelente acumulador de salarios. Y uno por la Academia, otro por Fomento ó por Gracia y Justicia, otro por una empresa particular de beneficencia, otro por el periódico de Cuba, en fin, que reúne usted lo necesario para comer en *Los Cisnes* todos los días que no está usted convidado en casa de alguno de esos marqueses productores de ripios. Mi amigo *Clarín* dice que le ha visto á usted muchas veces.

Pero bueno; con supan se lo coma usted, ó con el de los demás, y que le aproveche. Por mí, puede V. comer donde quiera. Decía V. que

«Las sandeces (!) en que abundan dichos artículos... se dirigen *con saña implacable á babosear...*»

¡Hombre! me gusta el verbo. Y me alegro de que sea usted el que le ha inventado. Es

decir, inventado ya estaba, pero el que por primera vez le ha aplicado á la literatura. ¡Usted, que es una verdadera babosa... literaria... y política... Adelante:

«... se dirigen *con saña implacable á babosear* las poesías ó las obras en prosa de personas tan beneméritas como los marqueses de Molins y Valmar, á quienes tanto debe la literatura desde háce más de cuarenta años...»

Sí, les debe, como á usted, muchos ripios. Mas lo que me hace gracia es lo de la *saña implacable*... ¡Qué tonto es usted, señor don Manuel, y perdone usted la franqueza! ¡Pero qué infeliz es usted! ¡Saña implacable!... Cuando le aseguro á usted, á fe de no académico (que es tanto como decir á fe de cristiano ó á fe de persona), que desde que cojo la pluma para escribir uno de estos artículos hasta que la dejo después de terminado, me está retozando la risa en el cuerpo, y á veces no la puedo contener y me río yo solo á carcajadas.

¡Y á eso lo llama usted saña implacable!

Bien es verdad, que si no llamara usted á las cosas al revés no sería académico de la Española.

Pero concluya usted, que ya es demasiado (verán ustedes cómo concluye):

«Por dicha, esos *repugnantes* (*¡uf!*) desahogos de malevolencia, llevan el castigo en sí mismos.....»

Así es, llevan en sí mismos el castigo de

ser muy leídos, cosa que no acontece con los desahogos de usted, que nadie los lee.

«.....llevan el castigo en sí mismos; pero son de malísimo ejemplo.»

También es verdad. Para usted, malísimo.

Porque con pocos ejemplos así, no va á quedar un alma que no se convenza de que usted y los demás *cultivadores* como usted de la literatura académico-fútil, es decir, académico-académica, no son más que unos fantoches ridículos, que sólo pueden pasar por literatos ó por personajes á favor de la oscuridad y del misterio.

¡Vaya con el Sr. Ca... ca... ñete ó Cucañete, qué vocabulario ha sacado á última hora! «*Erial de lo pedestre...*» «*lodazal de lo chavacano y de lo inmundo...*» «*tropa ligera del periodismo...*» «*ignorancia...*» «*insolencia...*» «*escritos groseros é insulsos...*» «*engendros...*» «*sandeces...*» «*tan ayunos de ingenio como de ciencia...*» «*abosear...*» «*repugnante...*» etc., etc.

Le refriego á usted así sus productos por los hocicos, como se les hace á los gatos cuando tienen cierta costumbre inmunda, para que no lo vuelva usted á hacer, para que se arrepienta usted de su respingo, conociendo que ha dado con la horma de su zapato, y para que nadie se compadezca de usted ni tenga por injusta la somanta.

Y vuelva usted por otra.

Aunque sin necesidad de volver por ella

la tendrá usted el día que le llegue el turno en lo de los *Ripios académicos*,

Aquel día le acabaré á usted de reventar del todo.

Literariamente.....

POSTDATA.—Acabo de ver, Sr. D. Manuel, un número de *El Español*, que habla de usted, como usted verá. Mal, por supuesto.

El caso fué que un periódico autonomista de la Habana, dijo:

«*Milanés*.—El Sr. Bonafoux, director de un periódico conservador, que se publica en Madrid, pregunta quién es Milanés.

Va á contestarle por nosotros el ilustre crítico Sr. Cañete, miembro de la Academia Española.»

Y replica *El Español*:

«El Sr. Cañete no es crítico.

El Sr. Cañete es un académico al uso..... que se pasa la vida dando los grandes *bombos* á los poetas americanos. Todo porque ellos le mandan tabacos de la Habana.

El Sr. Cañete no es, pues, autoridad.

¡Es un *crítico* subvencionado con nicotina.

Milanés fué poeta, no porque lo diga Cañete; todo lo contrario, á pesar de decirlo el crítico de los cigarros puros.»

¿Conque esas tenemos, D. Manuel?.....

¿Cigarros puros?

XVI.

Don Plácido... (¡Cuidado, que no es Jove!)

Don Plácido María de Montoliu, Eril, de Sierra, de Dusay y de Pinós, marqués de Montoliu... (Copiado de la *Guía*.)

Primer marqués, por supuesto, nuevecito, del año 1876, á lo más largo.

Y sírvales á ustedes de gobierno... ya que en España no le suele haber; sírvales á ustedes de gobierno. En cuanto vean ustedes en la *Guía* un marqués ó un conde con una letanía de apellidos interminable, no se entretengan en mirar la fecha; es nuevo, de seguro.

Precisamente los condes y marqueses de abolengo, por lo mismo que tienen muchos apellidos de notoria nobleza, no se suelen poner en la *Guía* más que los dos primeros, el de su padre y el de su madre.

Pero los ilustres desconocidos que en un cambio político cualquiera, y por cuanto vos contribuisteis... han sentado plaza de marqueses ó condes, no se cansan de atropar apellidos á cual más vulgar é insignificante, y ensartan media docena ó una; todos los que



han acertado á leer en los deteriorados libros parroquiales de su pueblo.

El amigo Pereda, muy brillante escritor y el primero de los novelistas contemporáneos, se ha burlado de esta manía clásica de la montaña de Santander, su país, pero á la cual pagan tributo los tontos de todas partes, en la portada de uno de sus mejores libros, que se llama *D. Gonzalo González de la Gonzalera*.

Y recuerdo que al coger en la mano por primera vez este libro y leer el título, le juzgué un poco exagerado, y me pareció, lo digo con franqueza, que lo que podía haber detrás de semejante rótulo, más bien que una novela de costumbres, sería una novela *de figurón*, una pintura de brocha gorda; una caricatura, en vez de un cuadro.

Salí del engaño leyendo el libro, que me gustó muchísimo; pero cuando más adelante tropecé por casualidad en la *Guía* con la inscripción del marqués de la Viesca, diputado conservador, por más señas, berrendo en fusionista, y no más que un año anterior en lo de marqués al de Montoliu, cuando tropecé, digo, con la reseña oficial de este marqués, y me eché al colete todo esto que sigue: *D. Federico de la Viesca de la Sierra, Gómez de las Bárcenas, Vicario, de Velasco, de Pita, de Leiva, Bustamante y Guerra*, ya el título del libro de Pereda me pareció pálido.

Mas dejemos en paz al de Pita de Leiva,

que pite por donde le dé la gana, con tal que no cometa versos, de lo cual hasta ahora no tengo noticia, y vamos al de Eril de Dusay y de Pinós, con acento, que es, por lo menos, reo de un soneto mortuorio.

Por cierto que me ha costado dos pesetas.

No el soneto sólo de el señor marqués de Montoliu, sino en colección con otras 71 *composiciones* de la misma índole; de suerte, que me ha salido cada composición por una friolera, por poco más de medio perro chico.

Lo cual no es, en verdad, para arruinar á nadie.

La única que se arruina con esta clase de colecciones ó coloñes de versos, es la literatura.

«Del florido pensil de Andalucía.....»

¡Ah! Pero se me olvidaba poner el título del soneto:

EN LA TEMPRANA MUERTE.

De.....»

Pues no le pongo. Ya le irán ustedes adivinando por entre el forraje.

«Del florido pensil de Andalucía

Capullo apareciste *puro y bello.....»*

Nada... La de todos los marqueses: muchos epítetos; dos ó tres para cada cosa; en fin, los que caben en el verso buenamente... Buenamente ó apretando un poco; porque esos versos son como los chorizos, que se les aprieta más ó menos, según abunda ó escasea el picado.

La construcción tampoco es buena; pero tampoco á un marqués de estos nuevos se le pueden pedir buenas construcciones.

«Del florido pensil de Andalucía
Capullo apareciste *puro y bello*,
Y *joven rey*, de majestad *destello...*»

¿Destello ó consonante? Se lo pregunto á usted porque, como no se ve la luz, ese *destello* más parece consonante ó ripio que *destello* de veras. Sigamos:

«Y *joven rey*, de majestad *destello.....*»

¡Ah! ¿Pero quién es el *destello*? ¿el *joven rey* ó el capullo *puro y bello* del pensil *florido*? En fin... no importa...

«Y *joven rey*, de majestad *destello*,
Te prendió.....»

¡Hombre! ¿De veras? ¿Pero, por qué? ¿Así se prende á uno sin motivo, en tiempo en que *casi* tenemos derechos individuales?

«Te prendió á su corona (¡ah!) en *fausto* día...»

Pues no fué muy *fausto*. A lo menos generalmente no se considera *fausto* morir.

Entre otras razones, porque suele ser ocasión de que se escriban sonetos malos, como el de usted, ya que está á la vista.

Porque me parece que convendrá usted conmigo en que es malo, y en que sólo por ese primer cuarteto se conoce ya que no es usted poeta ni por asomo. Pero aún hay más.

«Mas apenas tu cáliz se entreabría,
 (¡Y sigue la trillada alegoría!)
Pérfida puso en él terrible sello.....»
 (Este sello es un ripio; doy fe de ello.)

Porque, ¿dónde ha visto usted sellar las flores? Ni las señoras tampoco se sellan.

Ni aun los hombres políticos... Se rese-llarán, pero lo que es sellarse no. ¡Pues estaría bien, por ejemplo, Cánovas sellado!

¡Qué cosas, digo, qué disparates escriben ustedes los marqueses nuevos!

«Mas apenas tu cáliz se entreabría,
Pérfida puso en él terrible sello
Traidora muerte.....»

Pérfida y *traidora* casi todo es uno. De suerte que llama usted á la muerte *traidora* por partida doble, sin reparar en que, como dice el refrán latino-macarrónico, *verba repetita generant candonga*. Pero le hicieron á usted falta los dos epítetos para llenar ambos versos, y ha hecho usted lo mismo que cualquier otro choricero... literario.

«Mas apenas tu cáliz se entreabría,
Pérfida puso en él terrible sello
Traidora muerte, y el *erguido* cuello...»

¿En qué quedamos? Porque si sigue la metáfora cursi del capullo, mejor que cuello sería tallo; y si desaparece la alegoría y quedamos en que la muerte es una señora, huelga lo de cáliz, con otras muchas cosas tan impro-

pías como el adjetivo *erguido*, ó más si es posible.

«Mas apenas tu cáliz se entreabría,
Pérfida puso en él *terrible* sello
Traidora muerte, y el *erguido* cuello
 Tronchó *implacable* tempestad *impía*.»

Impía... sí. *Implacable* tempestad *impía*... Un adjetivo detrás y otro delante. Y lo que es el *impía* le estaba yo viendo venir. Desde que se *entreabría* el cáliz al asomar el día en *Andalucía*, dije yo para mí: *impía* tenemos. No sabía yo si la *impía* sería la tempestad, ó la muerte... ó la difunta; porque con tal de encajar el *impía*, hubiera sido usted capaz de llamar *impía* á la difunta. ¡Bah! de que iba á haber alguna *impía* estaba yo seguro.

Lo que no había podido adivinar era el *cuello*, igualmente *ripio*, ó igualmente excusado.

Mas lo particular del *cuello* y del *sello* y del *destello* y del *bello*, lo particular de estos cuatro consonantes en *ello*, es que no se sabe cuál es más *ripio*, por lo mismo que todos lo son, porque ninguno se necesitaba: son de capricho todos.

Así, el *puro* y *bello* lo mismo podía ser *sonrosado* ó *nacarado*; el *destello*, lo mismo y mejor, es decir, menos mal podía ser *dechado*; el *terrible sello* podía igualmente ser *soplo helado* ú otra cosa por el estilo, y el *erguido cuello*, claro es que también podía ser otro *ado* cualquiera.

Acabemos:

«Lloraba el rey la flor *arrebata*da,
«Y en tanto libre tú de humanas redes.....»

¡Las esperaba!... Esperaba las *redes*. Humanas ó divinas ó de cáñamo; pero *redes* de todos modos. El caso es que fueran *redes* y... consonantes.

Se está usted preparando para traer á *Mercedes* á lo último... ¡Como si lo viera! Que conste, que no me sorprenderá.

Porque... naturalmente...

Sube por un peñasco
Un lagarto vestido de damasco;
Mas si en vez de peñasco fuera peña,
Subiría vestido de estameña...

Lo mismo hacen ustedes.
En lugar de Mercedes,
Si la difunta se llamara Juana,
El puesto aquel de las *humanas redes*
Le ocuparía la *miseria humana*.

De seguro.

«Lloraba el rey la flor *arrebata*da,
Y en tanto *libre* tú de humanas redes,
Ibas á Dios por ángeles.....»

Como si dijéramos: ibas á Carabanchel por lechugas.

«Ya que del mundo en el jardín no *quedes*.»

¡Justo! ¡Si se la está viendo venir!

«Ya que del mundo en el jardín no *quedes*,
Sé en el cielo do vives *trasplantada*.....»

Trasplantada..... ¡Irreverente! ¡Como si se tratara de una berza! ¡Qué afición á la literatura de huerto!

«Ya que del mundo en el jardín no *quedes*,
Sé en el cielo do vives *trasplantada*,
Consuelo y luz para.....» (*¿Lo ven ustedes?*)

Pues..... lo que habíamos dicho.

XVII.

(OTRO PARÉNTESIS.)

Me parece que habíamos quedado en que *La Epoca* era sobrina, ó cosa así, de aquella señora que, por meterse en todo, se metía en los charcos.

Deduciendo este parentesco del hecho de que *La Epoca* también, por meterse en todo, se hubiera metido en los RIPIOS.

Porque, si no, ¿qué se pudo proponer *La Epoca*? ¿Echárselas de órgano de la aristocracia, defendiendo á los condes y marqueses versificantes?... ¿Contribuir con su voto adverso á confirmar la excelente acogida que dispensa el público ilustrado á esta serie de artículos?...

¡Vaya usted á saber!..... Lo más probable es que no se haya propuesto cosa alguna.

Y que todo haya sido una genialidad ó un compromiso de uno de sus habituales redactores.

Mas el caso es que *La Epoca* ha salido también de estampía, lo mismo que don Manuel Cañete, aunque no con tan malas for-

mas, contra la colección de RIPIOS ARISTOCRÁTICOS y en defensa de uno de los proveedores del género.

Un redactor joven... digo, yo no sé siquiera si es joven, pero me parece que lo debe ser, porque lo que escribe es bastante tierno, á más de que creo que él mismo lo dice que es joven; un redactor joven de *La Epoca*, parece que había comido alguna vez en casa de don Leopoldo... pues... Augusto... vamos... de Cueto (a) *marqués de Valmar* desde hace unos años; ó por lo menos, había estado allí de tertulia, según él mismo dice, y se creyó en la obligación de defender ó de hacer como que defendía á don Leopoldo contra la suave crítica mía de sus versos.

Para lo cual escribió un articulejo con el título de *Cascote democrático*.

«Soy bien criado y agradecido, dice el mismo don Luis Alfonso, que así se llama el redactor de *La Epoca*, soy bien criado y agradecido, y el marqués me ha recibido siempre con suma afabilidad en su casa... por todo ello créome con algún derecho y no escaso deber de responder... etc.»

Perfectamente.

La gratitud siempre es una buena cualidad moral, que me apresuro á reconocer en don Luis, por si acaso no tuviera ocasión de reconocerle otras literarias; siempre es una buena cualidad y hasta una razón de bastan-

te poder para explicar la defensa de don Luis, aunque no de bastante fuerza para hacer que los versos malos del marqués de Valmar dejèn de ser malos. Pero lo peor es que da otras razones el señor don Luis en favor de su defendido, mucho más débiles todavía que la de los recibimientos afables.

Por ejemplo esta:

«Yo tengo al señor marqués de Valmar por uno de los más... elegantes escritores de nuestros días...» De donde claro es que no se deduce que lo sea.

Y esta otra:

«Ha representado á España en Viena, en Copenhague, en Washington y en alguna otra capital europea...» De donde, aparte del *lapsus*, geográfico ó gramatical, de llamar á Wasington *capital europea*, se deducirá sin trabajo que el señor Cueto ha cobrado muy buenos sueldos y ha sacado al país mucho jugo; pero nunca se podrá deducir que no ha hecho malos versos, como los ha hecho realmente, es decir, constitucionalmente.

«Es senador, es gentil hombre...» dice el defensor de D. Leopoldo un poquito más adelante, como si en siendo senador y gentil hombre no se pudieran escribir versos malos... y así son todas las razones que emplea en su defensa.

Nada, ni una palabra encaminada á demostrar, por ejemplo, que en aquellos dos

versos con que empieza una *poesía* de don Leopoldo en el álbum de una señora,

«Para un beso de tu labio
No son suficiente precio...»

no hay dos inconveniencias graves, una literaria y hasta fisiológica, si se quiere, y otra moral; consistente la primera en suponer que se puede besar con un labio solo, y la segunda en ponerse á escribir en el álbum de una señora, y empezar hablándola del precio de sus besos.

En fin, que á *notorio*, como dice D. Luis, la intención de D. Luis ha sido defender á don Leopoldo; mas como no se debe nunca olvidar el *sumite materiam vestris qui scribitis æquam viribus*, de Horacio, y como además hay cosas de suyo indefinibles, el resultado es que D. Leopoldo no sale defendido ni cosa que lo valga.

Porque tampoco es defensa decir que don Leopoldo es académico. ¡Claro que no! ¡Pues vaya una defensa! ¡Si hoy día llamarle á uno académico y llamarle mal escritor y corrompedor de la retórica y hasta de la gramática, todo es uno!..

De suerte, que si el señor D. Luis no tiene otras razones... que no las tiene, ¿qué las ha de tener? Si las tuviera las manifestaría, ya que oficiosamente ha bajado á la arena.

Oficiosamente, sí, señor D. Luis, y usted mismo lo dice al comenzar el párrafo terce-

ro, cuando después de canturrear las glorias, digámoslo así, de D. Leopoldo, dice usted:

«Y *nada*, en verdad, *me obliga*—á salir á su defensa—si es que la necesita.»—Es verdad que usted se lo dice todo; porque un poquito más abajo ya dice usted aquello otro de «*créome con algún derecho y no escaso deber de responder, etc.*»

Me parece que se contradice usted. Y si no dígame, por los versos de D. Leopoldo: ¿tiene usted no escaso deber, ó nada le obliga?... Quede usted en algo, señor D. Luis.

Lo mismo que la comparación entre la pluma y la espada, con la que se conoce que está usted muy encariñado (con la comparación, se entiende) pues que la esgrime usted dos veces, una al medio del artículo y otra al final, ambas con bastante mala fortuna.

Con la fortuna que merece la comparación, que no viene al caso.

En fin, que yo siento decírselo á usted, señor D. Luis, pero me parece que ha hecho usted una plancha.

Lo cual no tiene nada de particular. Psche... que no le da á usted el naipe para ese género de defensas.

Y otra vez tropezamos con Horacio, y con la necesidad de no olvidar el *versate diu*...

Pero en cambio tampoco creo que debe usted volver á escribir de arquitectura.

Porque me han dicho que una vez escribió

usted un artículo estruendoso y altisonante sobre arquitectura, censurando con destemplanza la usual y corriente, y se le vinieron á usted encima los arquitectos, diciéndole que todo aquello parecía motivado por el deseo de enterar al público de cómo había estado usted en Francia, en Alemania, en Inglaterra, en Italia, en Suiza y en *Flandes* (!!), carretilla que creo que repetía usted cinco veces en aquel artículo, y que le repitieron á usted los arquitectos en el suyo de contestación otras tantas.

Volviendo al de ahora, le concluye don Luis diciéndome:

«Yo no estamparé que el recogedor de RIPIOS ARISTOCRÁTICOS sea simple, disparatado, tonto, etc. (cosas que yo me ví obligado á decir de los versos de D. Leopoldo, aunque las dije con mucha cortesía); antes confieso sin rebozo que se barrunta talento y donaire en sus diatribas...»

¡Muchas gracias! Y siento no poder decir otro tanto; siento no haber yo barruntado ninguna de esas cosas en el escrito de don Luis, para haber tenido el gusto de consignarlas inmediatamente.

Conste, sin embargo, que lo único bueno que encontré, lo de la gratitud, consignado queda.

XVIII.

Un sueño.

Este era un marqués que soñaba sin duda que era poeta, y sin más ni más se puso á escribir versos.

Que por cierto, le salieron muy malos, diga lo que quiera el amigo D. Luis Alfonso.

Verán ustedes cómo le salieron los versos al señor marqués de Cabriñana, que es el marqués del *sueño*.

«Alzaba el sol su luminosa frente...»

Al primer tapón... ¿Verdad, Sr. Cañete, que este primer verso es armoniosísimo? Sobre todo aquello de *el-sol-su-lu...* parece que está hablando... mal... del autor.

*«Alzaba el sol su luminosa frente
Y de vivos matices coloraba
Las vaporosas nubes que al Oriente
De la alegre mañana...»*

Ya habrán notado ustedes el parentesco de los versos de este marqués con los de los demás marqueses, en los epítetos. Sin duda

se les figura á estos señores que la poesía consiste en poner á todas las cosas apodos inútiles. ¿Se habla de la frente del sol? pues... *luminosa*: ¿qué menos ha de ser que *luminosa*? ¿Se habla de los matices de las nubes? pues... *vivos*; porque si fueran muertos no tenían maldita la gracia. ¿Se habla de las nubes?.... Pues *vaporosas* naturalmente; como que se forman de vapor, más ó menos condensado. ¿Se habla de la mañana?.... Pues *alegre*. Y así por este estilo.

Pero quedábamos *al Oriente de la mañana*, ó de la *alegre mañana*, y quedábamos en que

«Alzaba el sol su luminosa frente
Y de vivos matices coloraba
Las vaporosas nubes que al Oriente
De la alegre mañana el aura fría
(Que lo mismo pudiera ser caliente.)
Con su aliento balsámico agrupaba,
Y de ellas regio pabellón formaba
De nácar y oro en la región vacía.....»

¡Vacía, sí, señor, vacía! Este es el único epíteto bien puesto.... Es decir, lo sería si en lugar de estar aplicado á la región de las nubes, que no es *vacía*, ni mucho menos, lo estuviera á la poesía de usted.

Porque vamos á ver, señor marqués, aparte de aquel *agrupaba* tan poético, ¿á qué vienen todos esos ripios para decir que era por la mañana? ¿No sabe usted aquello de Espronceda:

«Y resonando... etcétera, que creo
Basta para decir que ha amanecido,
Y tanta frase inútil y rodeo
A mi corto entender no es más que ruido?»

Pues si Espronceda decía eso de una descripción suya bellísima, en donde apenas hay palabra que huelgue, ¿qué diremos de la descripción pedestre, dura y trabajosa de usted, donde apenas hay palabra que no sobre?

«Pero también á mí me entró el deseo
De echarla de poeta, y el oído,
Palabra tras palabra colocada,
Con versos regalar sin decir nada.»

Dijo de sí modestamente el gran poeta.

Lo que hay es que la descripción de usted sólo se parece á la de Espronceda en aquello de no decir nada; porque en lo de regalar el oído... que si quieres. Los versos de usted, señor marqués, atormentan el oído, casi tanto, como el entendimiento.

Vamos adelante:

«En la *escarpada* sierra que de amores
Requiebra el Bétis....»
(¿Con buen fin?)

«...con murmurio *blando* (¡Ah!)
Ópima en frutos y *olorosa* en flores
Mis *acervos* pesares olvidando,
Seguido de mis perros...»

¡Adiós! ¡Hasta ahora sí que no nos había usted fastidiado!

Pero, hombre, ¿para qué saca usted esos perros ahora? ¿Para echarles la *poesía*?...

Entonces pase; porque ya me estaba pareciendo á mí un poco perruna. Pero de otra manera, la salida de esos perros sería muy impertinente. ¡Por vida de los perros!...

«Seguido de mis perros,
Al *temeroso* ciervo fatigaba...

¡Ah! también había un ciervo *temeroso*...
¿Y por qué no le había sacado usted antes? Lo natural era haber sacado el ciervo antes, y después haberle soltado los perros. Lo demás se llama poner la horca antes que el lugar. Vamos, siga usted:

«Seguido de mis perros...»

¡Perros afortunados! Porque en la pedrea de epítetos que sobre todo bicho viviente descarga el marqués, han escapado ilesos... hasta ahora. Y son los únicos. Se conoce que el marqués los quiere más que al ciervo y más que á la mañana y más que al sol, puesto que todas estas cosas han llevado su pedrada, digo, su epíteto correspondiente.

«Seguido de mis perros
Al *temeroso* ciervo fatigaba,
Y *hondas* cañadas y *empinados* cerros
Mi *fogoso* alazán *veloz* cruzaba.»

Ya pareció otro bicho, el caballo, y éste con dos motes á falta de uno; *veloz* y *fogoso*.

Y sigue la tormenta:

«*Enhiesto el cuello y la cabeza erguida*
El duro hierro con furor tascando,
Suelta la cola y al correr tendida
Y la revuelta crin al aire dando
(¿Y el aire?... ¿No era leve, recio ó blando?)
Las piedras golpeaba
Y de ellas chispas de brillante lumbre
Con sus herrados callos arrancaba...»

¡Qué raro es todo esto!... ¡Un caballo que corre y golpea las piedras y saca chispas precisamente con las herraduras, y luego las chispas son de lumbre... y de lumbre *brillante!*... ¡Si lo que les pasa á estos marqueses de los versos, no le pasa á nadie en el mundo!

«Y ora salvando la *gigante* cumbre
(Que á las chispas obliga á ser de lumbre.)
 A los hondos abismos se arrojaba
 Y una vez y otra vez *ráudo* subía
(Y otra vez y otra vez ráudo bajaba.)
 Y enardecido y ciego...»
(Pues... ¡figúrense ustedes lo que haría!)

Pero ahora volvamos al ciervo:

«El ciervo *fatigado*
(Naturalmente.)
 Con *gigantescos* saltos se perdía
 En la *agreste* espesura del collado
 Y súbito en su fuga *vaporosa*
 Su *enramada* cabeza aparecía...»

Y ahora volvamos al caballo:

«Empero ya *mi bruto* desmayaba
 En tan *larga* carrera

Y el *ancho* cuello *lánguido* doblaba,
Al fin *vencida* su arrogancia *fiera...*»

Antes el cuello de *mi bruto*, vamos, del bruto del marqués, era *enhiesto* como el olmo de aquel otro marqués, y la cabeza *erguida*; ahora es *ancho* y *lánguido*.

Aprended cuellos de mi
Lo que va de ayer á hoy...

Mas ahora vuelven los perros:

«Y jadeando y á mi acento fieles
Con *perezosos* pasos le seguían,
Cansados mis lebreles
Y á beber se arrojaban en su anhelo...
(*¿En su anhelo? Sería en un arroyo,
O por los consonantes arroyuelo...*)
Las *crystalinas* aguas que bullían
Sus *largas* colas inclinando al suelo...»

¡Hombre! ¿Las colas de las aguas? ¿Las *crystalinas* aguas que bullían inclinaban al suelo sus colas? ¡Dios nos libre de ustedes los marqueses; porque á cualquiera le ponen ustedes cola, en un instante! Comprendo que esas colas habrán querido ser de los perros; pero el caso es que usted las ha colocado de un modo que realmente parecen de las aguas.

Y el resultado es que las pobres aguas aparecen ahí con unas colas que no merecen; mientras por otro lado hay en el mundo muchos entes sin cola que merecían tenerla...

Vamos adelante:

«Al *duro* tronco de *robusta* encina
La *suelta* rienda del bridón atando...»

Naturalmente; antes de atarla tenía que estar *suelta*, si no, no era posible atarla.

«Al murmurio del agua *crystalina*
 (¿Con cola?)
 Y del aura *gentil* al soplo *blando*
 De fatiga rendido,
 Mi cuerpo entre las flores reclinando
 En *sabrosa* quietud quedé dormido.»

¡Gracias á Dios! Dirán ustedes, creyendo que por eso se acaba la *composición*, ó lo que sea. Pero ¡quía! No se alegren ustedes tan pronto. Es verdad que lo mismo me pasó á mí.

Por lo menos, me dije, al ver que el marqués se quedaba dormido; por lo menos, ya no volverá á escribir hasta que despierte; y aunque no despertara, tampoco perdería gran cosa la literatura...»

¡Pero sí! ¡A buena parte!... Estos marqueses escriben malos versos aunque sea dormidos, y me temo que los han de escribir hasta después de muertos... Así es que este marqués de hoy, aun después de haberse quedado dormido sigue escribiendo, como si tal cosa.

Ahora, lo que tiene es que los versos son un poco peores que antes, si cabe; porque si despierto los hacía como ustedes han visto, calculen ustedes de dormido cómo los hará.

«*Radiante* nube de pureza *suma*
 De *aligeros* cupidos *circundada*,
 De *blanquecina* espuma

Del *ancho* mar por el amor formada
 Ondulando en el éter *vaporosa*
 Con *majestuoso* vuelo
 Descendió *presurosa...*»

Y todas las *osas*, hasta la mayor inclusive, todas con sus *osos* correspondientes...

En suma: dejando ya la espuma y los cupidos y las nubes y el mar ancho y aun el estrecho, con todos los demás ripios que ha necesitado reunir en esos versos el marqués para no decir nada, ó por lo menós, para que no se sepa lo que dice, la poca sustancia que he podido sacar después de leer dos veces el *sueño*, es que al marqués se le presentó una *señora*, vamos al decir, muy hermosa, y muy poco vestida,

«En *ligero* cendal de gasa *envuelta*,
 Su *blonda* y *riza* cabellera *suelta*,»

(como la brida del caballo) y le dijo, que la siguiera...

«Sígueme, dijo... que *risueños* brotan
 de mi voz al influjo los amores...
 ¿Ansías gozar sin fin? Ven á mis brazos.»
 (*Verso, que se pronuncia en cuatro plazos.*)

Y luego dice que le *brindó poesía*... ¡Mentira! ¿Qué le había de brindar poesía? Esa no pasa...

Pero el caso es que el marqués se iba ya como un cordero tras de la ninfa, dispuesto á abandonarse del todo, cuando se le apare-

ció un *guerrero*, de *fiera traza*, y aun creo que era un *guerrero* con *coraza*, y me parece que la *coraza* era de *acero*, todo, según lo pedía el consonante; con lo cual el *marqués* se quedó pasmado, creyendo, sin duda, que el *guerrero* venía espada en mano, á pedirle cuenta de sus ripios.

No era así, sin embargo. El *guerrero* venía á decirle al *marqués* que no se fuera con aquella *tipo*, sino con él, que él le brindaba grandezas humanas, en cambio de los amores de la otra.

Y, en efecto, se le iba despertando la ambición al *marqués*; ya dejaba la *ninfa* para irse con el *guerrero* (¿han visto ustedes qué voluble?) cuando se le apareció un ángel, con muchos epítetos, y le dió muy buenos consejos...

Aunque no los cuenta todos el *marqués*; porque de seguro que, siendo como parece el ángel de su guarda, y teniendo los ángeles muy buen gusto, le aconsejaría principalmente que no escribiera versos; mas este consejo, como no estaba el *marqués* dispuesto á seguirle, se le ha callado.

Por fin quiso Dios que sonara un tiro, á cuyo estruendo despertó el *marqués* y montó á caballo, es de suponer que después de desatar la *suelta* brida del *duro* tronco de la *robusta* encina, donde la había atado poco antes, aunque esto no lo dice. Lo cierto es, que apenas montó á caballo, se lanzó á correr tras

de un jabalí, *cerdoso*, por supuesto, y *fiero*, por supuesto también, que por allí pasaba y

«Aún sonaba en *su* oído
el *ronco* son del caracol *torcido*...»

Torcido... ¡Pues claro! Y si no, busque por ahí el señor marqués unos cuantos caracoles *derechos*, que no faltará quien se los pague bien, por lo raros.

Porque, vamos, un caracol *derecho* me figuro yo que será una especie de marqués poeta.

XIX.

Pues este es el marqués de Cerralbo, y á mayor abundamiento, conde de Alcudia, de quien acaso habrán ustedes oído hablar, aunque no sea más que por aquello de ser *mayordomo mayor de la real casa* de D. Carlos.

Se advierte que por más que la casa sea real, la mayordomía no es más que metafórica.

Enrique Aguilera, que así se llama este marqués, parece que pidió algún empleo ó cargo donde figurar, y D. Carlos, que tiene las buenas ocurrencias de algunos de su estirpe, discurrió eso de la mayordomía mayor, por supuesto, sin ejercicio.

Es una especie de mayordomo mayor constitucional, perfeccionado, porque ni reina ni gobierna.

Por lo demás, aparte de lo de la mayordomía, Enrique Aguilera es un pobre hombre.

Quiero decir que no es aquel buen Aguilera que se sentó, ó á lo menos se pudo sentar, pues para ello fué rogado cuando se le dijo:

Siéntese el buen Aguilera;

ni tampoco puede decirse que sea precisa-

mente un Aguilera malo. No: es uno de los muchos Aguileras (no lo digo por Luis Felipe ni por Alberto) que andan por el mundo sin hacer bien ni mal, á ciencia cierta, cuando menos, y con conciencia fija; de esos que tienen asiento en el limbo y en el Senado por derecho propio, y que, si se hubieran muerto hace ocho siglos, les hubiera visto el Dante con seguridad en el pórtico del infierno, entre aquellos de quien le dijo Virgilio, su conductor y guía:

«*Non raggionam di lor, ma guarda e passa.*»

Lo que hay es que yo no quiero *guardar* ni *pasar* los ripios ni las manías del señor marqués de Cerralbo.

Que también tiene sus manías. ¡Vaya! ¿Quién no las tiene? *

Narciso Serra dijo allá en sus verdes abriles:

«El diablo, que una vez se divertía
En hacer de este mundo una menestra,
Diz que dió á cada quisque su manía,
Y cada quisque vamos con la nuestra.»

Y añadía Narciso Serra muy formal:

«De las más singulares es la mía...»

No señor, perdone usted. De las más singulares es la del señor marqués de Cerralbo, que es la manía de las antigüedades, merced á la cual, según nos ha contado Escobar el

hijo (a) *Almaviva*, que es el cronista obligado de todas las cosas inútiles, el señor marqués tiene la casa llena de trastos viejos.

Allá cuando el furor de las cuestiones entre clásicos y románticos, escribió de sí mismo Zorrilla, que no tenía opinión determinada:

«A veces de sangre un río
Vierto en situación acerba;
Y á veces con una hierba
Como un tonto me extasio.»

Lo mismo hace el marqués. También se extasía como un tonto con un canto liso y puntiagado de esos que llaman hachas célticas, ó con otro pedrusco cualquiera.

Lo que más le emboba es eso que la ignorancia ó la mala intención suelen llamar *prehistórico*. ¡Ah! Siempre le ha enamorado lo prehistórico... ¡Vamos! que es un hombre prehistórico.

Con una vanidad también prehistórica, que le lleva hasta... ¿hasta dónde dirán ustedes?... Pues hasta hacer versos... hasta malos.

(Estoy imitando el estilo poético del marqués, según verán ustedes más adelante.)

Pues sí; un día se le ocurrió al marqués hacer saber al público las maravillas viejas que tiene en su casa, y en lugar de hacer un catálogo y repartirle, fué y ¿qué hizo? Pues hizo un soneto en forma de inventario, ó vice-

versa, dirigido á Melgar, el secretario, digámoslo así, de D. Carlos.

Verán ustedes el cuerpo del delito, es decir, el soneto, tal como se conserva en la escribanía que fué de D. Manuel Pérez Villamil, llamada por mal nombre *La Ilustración Católica*.

Atención:

«SONETO

—
Á DON FRANCISCO MELGAR

Tras larga ausencia *hasta* mi patria llego...»

¡Hombre! ¿*Hasta* su patria? Pues entre usted. Por mí, como decía el estudiante por los catecúmenos, por mí, entre usted.

«Tras larga ausencia *hasta* mi patria llego,
Cruzo el umbral de mi mansión querida,
Y todo lo hallo igual...»

¡Qué marqués más juncall...
Cruza el umbral,
Y todo lo halla igual.

«Y todo lo hallo igual que á mi partida.
Muebles y alhajas, y *hasta* vivo el fuego.»

¡Hombre! ¿*Hasta* vivo el fuego?... Porque dejaría usted algún criado encargado de atizar; si no, no era posible.

Váyase por lo que les sucede á otros, que tras de una ausencia no muy larga, sino de un mes ó cosa así, que se van á San Sebastián

por el verano, hallan, á la vuelta, los muebles en desorden, la lumbre, por supuesto, apagada y las alhajas... han desaparecido... En todo ha de ser usted afortunado... menos en hacer versos.

Al fin esa es la ventaja de tener muchos criados. Pero yo le aconsejaría á usted que tuviera todavía otro más, para que le hiciera á usted los sonetos cuando llegara el caso.

Aunque lo mejor es que no llegue.

Pero, quedábamos en que *hasta* vivo el fuego. Siga usted *hasta* un poco más adelante:

«Tras larga ausencia, *hasta* mi patria llego,
Cruzo el umbral de mi mansión querida
Y todo lo hallo igual que á mi partida,
Muebles, alhajas, y *hasta* vivo el fuego.

Aún adorna las salas *rico juego* .
De antiguas armas en panoplia *unida*,
Vidrios de Egipto, *barros* de la Gnida,
Bronces romanos y *hasta* mármol griego...»

¡Hombre! ¿*Hasta* mármol griego?... Está bien. Pero le advierto á usted que ya van tres *hasta*, y me parecen demasiadas para un soneto solo.

En fin, ya siga usted *hasta* donde usted quiera. Me resigno.

«Hay *picardos*, tapices y pinturas.»

Sí habrá, no digo que no. Lo que no hay es numen... ni churumen.

«Hay picardos, tapices y pinturas;
Desde el arte holandés al sevillano...»

¡Qué lastima que no hubiera usted dicho también *hasta* el sevillano! Ya por poco... Así habría cuatro *hastas*; dos juegos.

«Hay picardos, tapices y pinturas.
Desde el arte holandés al sevillano.
Esmaltes y tudescas porcelanas.

Todo aun hoy, como ayer, *me lo figuras* (?)
Mas ¡ay! que, ante un espejo de Murano,
Que todo no está igual, dicen mis canas...»

¡Y qué canas tan mal aprovechadas! ¡Válgame Dios!

¡Y tan inverosímiles!

Pero antes que se me olvide, díganos usted, si es que lo sabe: ¿Quién es ese que *me lo figuras*? ¿A quién se dirige usted cuando dice usted *me lo figuras*? ¿Quién es el sujeto, ó digamos como antiguamente, el nominativo de *me lo figuras*? ¿Es el espejo? Eso sería un disparate, porque usted no ha hablado con el espejo, que no parece en escena ni en casa hasta el verso penúltimo. ¿Es la casa? Esto también sería un disparate, porque tampoco se dirige usted á la casa, sino á Melgar. ¿Quiere usted que sea el mismo Melgar? Esto ya no sería un disparate, porque serían dos, á lo menos. Porque ni se entiende que eso se lo diga usted á Melgar, ni Melgar podía figurarle á usted desde París todas esas cosas.

¡Pobre Melgar! Tras de soltarle así á man-salva ese soneto prehistórico, no le faltaba más sino que le quisiera usted levantar el falso testimonio de que él es quien le figura á usted los *picardos* y los *barros* y los sonetos!

Ni tanto ni tan calvo, señor marqués; porque la confianza que da la amistad también tiene, por lo menos debe tener, sus límites.

Pero diga usted, señor marqués, y aquello de la panoplia *unida*, ¿qué quiso usted decir con aquello? Porque si lo unido son las armas en la panoplia, falta una *ese*; pero si *la unida* quiere usted que sea la panoplia, entonces sobra un adjetivo y un consonante.

¡Pues vamos, que los *barros de Gnida!*...

En fin, que el soneto está lleno de *bellezas* (léase ripios ó disparates), sólo que las más de ellas no lucen ni la mitad de lo que habían de lucir, porque están como eclipsadas y pasan casi inadvertidas ante la belleza de las tres *hastas*, que es ya el *summum*.

¡Mire usted que un soneto con tres *hastas!*..

Lo que vale es que son *hastas con hache*, que es como si dijéramos emboladas, pues de otro modo sería cosa de no poder pasar al lado del soneto de usted sino con precaución... y capote.

Y aun la víctima, ó sea el destinatario del soneto, el día en que D. Cándido Necedal le haga una de los suyas, que será el día menos pensado, en lugar de decir: «Me ha dejado en

las astas del toro,» sería posible que dijera:
«Me ha dejado en las *hastas* del soneto.»

Conque ya sabe usted, señor marqués, que no le llama á usted Dios por ese camino (1).

(1) Sin embargo, no todos le dicen lo mismo al señor marqués. A la vista tengo un periódico llamado *Rigoletto*, que ha publicado un retrato del señor marqués, por cierto muy malo, y en la explicación, después de asegurar que el señor marqués cultivaba *gustos literarios de gallardo vuelo*, remacha el clavo (es *Herrero* el autor) con estas palabras.

«El señor marqués es poeta que se distingue por su frase escultural, vigorosa y limpia, en que traspira el perfume de la belleza... etc.»

Estos aduladores serviles tienen la culpa de que se escriban tantos malos versos, y de que, personas por otra parte buenas, como el señor marqués de Cerralbo, hagan algunas veces la triste figura.

XX.

El marqués de Cerralbo.

Segunda audición.

Aunque no de la misma obra.

No; por más que en el soneto famoso de las tres *hastas* se nos pasaran inadvertidas en el primer análisis no pocas bellezas, porque sucede con los versos de los malos poetas que son rematadamente malos, igual que con las obras musicales de los grandes maestros, que no se aprecian la primera vez en todo lo que valen; sin embargo, no quiero volver por ahora sobre el consabido soneto, para que no crean ustedes que el marqués de Cerralbo no ha producido más que una obra maestra.

Le conozco varias.

Todas ellas tan maestras como el soneto.

Y conste, que si no digo más, no es por otra cosa sino porque no me habían ustedes de creer, y aun habían de tomarme por andaluz, en el peor sentido de la palabra, cosa bien ajena, por cierto, de mi formalidad leonesa.

En fin, como que alguna de las obras maestras del marqués la van ustedes á ver ahora mismo, excusadas son las explicaciones.

Se titula *Meditación*; casi, ¡*Meditemos!* como aquel artículo de Lorenzana, y ha sido perpetrada en quintillas, y empieza así:

«Si es cudriñador deseo
A entenderte, ¡oh Dios! me obliga...»

Pues yo le obligo á usted á que se detenga, señor marqués; porque ya me parece que ha dicho usted un disparate. Si acaso no son dos, que tampoco tendría nada de extraño.

Vamos á ver. ¿Qué ha querido usted decir ahí? Porque si ese *entenderte* dirigido á Dios, quiere decir conocer su existencia y su revelación y los Mandamientos de su ley, puede pasar; pero no se dice así, se dice conocerte, que es como aquello de D. Juan Nicasio Gallejo: ¿Conque quería usted decir eso?... Pero, hombre, ¿y por qué no lo ha dicho usted?

Ahora, si con eso de «*entenderte, ¡oh Dios!*» ha querido usted decir realmente entender ó comprender á Dios, entonces ha dicho usted una barbaridad, y perdone usted la fuerza de la expresión, porque á Dios no se le comprende, es incomprendible; y no puede haber en el hombre nada que le *obligue* á comprender á Dios, porque una *obligación* de hacer lo *imposible* es un absurdo.

Y no le doy á usted otras razones metafí-

sicas, porque no las entiende usted; pero vamos á concluir la quintilla, si usted no se opone:

«Si escudriñador deseo
A entenderte, ¡oh Dios! me obliga,
¡Ay!...»

¿Qué le pasa á V.? ¿Ya empezamos con ayes?

«¡Ay! tan pequeño me veo,
Como la *hilerada* hormiga
A los pies del Pirineo.»

Ahora ya comprendo el ¡ay! ¡Es claro! Era la expresión del dolor del parto poético del marqués, que necesariamente había de ser trabajoso. ¡Con un adjetivo nuevo, flamante y aun estrafalarío aplicado á la hormiga, como el de *hilerada*, sin duda porque las hormigas suelen ir en hilera! Cuando van; porque algunas veces van cada una por su lado, como los conceptos del marqués, y bullen y se agitan sin orden, como los despropósitos en cualquier poesía académica, pues cualquiera de ellas parece un hormigal de disparates.

¡La *hilerada* hormiga!...

Bien dice el refrán, que el diablo, cuando no tiene que hacer, con el rabo espanta las moscas.

No es esto llamar diablo al señor marqués, porque no llega su malicia á tanto; quiero decir que se debe de parecer al diablo en lo de no tener que hacer, cuando se entretiene en poner apodos á las hormigas.

A más de que tampoco está bien aquello de «*A los pies del Pirineo.*» No, señor; el Pirineo no tiene *pies*; tendrá *pie*, á lo sumo. El señor marqués habrá oído muchas veces decir «*al pie de la montaña,*» «*al pie de la sierra,*» «*al pie del monte;*» ¿pero á *los pies*? No, señor. A los pies se dice, por ejemplo, «á los pies de los caballos,» que es donde usted pone la poesía, ó «á los pies de usted,» que se dice á las señoras; pero es menester no confundir las especies, ni poner á las cosas más pies de los que buenamente las corresponden.

La segunda quintilla comienza:

«¡Y el hombre ha dado en pensar!...»
 (¡Cosa más particular!
 ¡Pues, hombre! ¿en qué había de dar?)

La tercera:

Feliz de mí, que bien sé
 (Pues lo disimula usted.)
 El favor extraordinario
 Que alcanza aquel que en ti cree,
 Y se recoge al sudario
 Con las galas de la fe.»

Esto de *recogerse al sudario* es una imagen de la muerte, no muy espantosa, pero bastante fea. Sin embargo, que pase en gracia del buen fin. Y que pase también el prosaismo del *favor extraordinario*. Que pase todo.

«Que todo se ha de extinguir...»

Todo: hasta la vena poética del marqués

(¡qué lástima!) el cual, comienza así su cuarta quintilla, que es continuación de la tercera. Es decir, que eso de *que todo se ha de extinguir* es la continuación de lo que sabe el señor marqués, y por lo cual se considera feliz el señor marqués, cuando dice: *Feliz de mí, que bien sé...*

También los demás sabemos bien los puntos poéticos que calza vucencia, sin que por eso nos consideremos felices.

«Feliz de mí que bien sé...

*Que todo se ha de extinguir,
Que todo se ha de acabar,
Que la tierra ha de estallar (?),
Que el sol dejar de lucir,
Que hasta secarse la mar...»*

¡Ya apareció aquello! Es decir, ¡ya pareció el *hasta!* Pero siempre las deja usted descaladas, señor marqués; en el soneto puso usted tres, aquí una... tan fuera de lugar como aquellas, eso sí, aunque no tanto como los cinco *ques* iniciales de los cinco versos de la quintilla. ¡Cuidado con estos cinco *ques!* ¡Sobre todo el del cuarto verso: *¡Que el sol dejar de lucir!* Como si dijéramos al marqués: *¡Que usted tan mal escribir!* y el del quinto: *¡Que hasta secarse la mar!...*

De lo malo, mejor era que en lugar de los dos *ques* últimos hubiera usted puesto, señor marqués, una *y* en cada verso; no sería tam-

poco la quintilla un prodigio de belleza, ni con mucho, pero sería menos mala. Mire usted, así:

«Que la tierra ha de estallar.»

Este estallido tampoco le diré á usted que sea muy oportuno; pero vamos:

«Que la tierra ha de estallar
Y el sol dejar de lucir
Y *hasta* secarse la mar.»

Esto, sin detrimento del *hasta*; que si nos decidiéramos á sacrificar el *hasta*, todavía podía mejorar otro poco el verso.

Vamos adelante:

«Y el hombre en su poderío
Ha de *perpetuar su esencia...*»
(*Esto es una impertinencia
Tan grande como un navío,
Con muy poca diferencia.*)

¡Aprenda usted á hacer quintillas fáciles! Porque lo que es resignándose á que no tengan sustancia, como las de usted, el hacer quintillas es la cosa más fácil del mundo.

«Y el hombre en su poderío
Ha de perpetuar su esencia
Según cumpla á su albedrío...
Y yo aún duermo y canto, río,
Sin arreglar mi conciencia...»

¡Ah! ¿Con que así está usted todavía? Pues hace usted muy mal. Sobre todo, teniendo tiempo de sobra. Ese tiempo precioso que malgasta

usted en escribir versos... como verbigracia:

«La muerte con *secos labios*
Nos dará á *ver* claro y pronto...»

¡Por Dios, marqués, por Dios! ¿Qué es esto? ¿*Ver* con los *labios*? Hombre, no. Los *labios*, aunque estén secos, como usted quiere, y por muy secos que estén, no sirven para *ver* las cosas... ¿Le parece á usted bien que hasta estos rudimentos sea menester enseñarle á usted, señor marqués? Siga usted, vaya:

«La muerte con *secos labios*
Nos dará á *ver* claro y pronto,
Sin adulación ni *agravio*,
Necio que parece *sabio*,
Sabio que parece tonto.»

He aquí, aparte de la *adulación* y del *agravio*, y de lo de concertar *labios* con *sabio* y con *agravio*, y de lo de dar á *ver* con los *labios* y del *claro* y del *pronto* y de todos los ripios de la quintilla; he aquí, digo un par de casos, en ninguno de los cuales está usted:

«Necio que parece *sabio*,
Sabio que parece tonto.»

Nada; no, señor. Usted, señor marqués, no está ni en el caso del penúltimo verso ni en el del último; en el de aquél, porque no parece usted *sabio*, y en el de éste, porque no lo es usted.

Se lo digo á usted, como usted dice que

nos hará ver las cosas la muerte con secos labios, es decir:

«Sin adulación ni agravio.»

Por último, después de todas estas quintillas y algunas otras del mismo palo, el candor del marqués se deja venir para remate con otra que empieza:

«Mi necesidad es cumplida...»

.....
.....
.....
.....

Ya lo habíamos conocido.

XXI.

La verdad es que habiendo ya marqueses con dos artículos, dejarle con uno sólo al de Heredia, sería una injusticia irritante.

Injusticia que yo no he de cometer. ¡No en mis días!

Y como soy ejecutivo en todas mis cosas, apenas concluí de formular interiormente estas reflexiones, sugeridas por un segundo repaso del tomo de poesías del marqués con prólogo de Marcelino, cogí la pluma y escribí á lo cimero de una cuartilla RIPIOS ARISTOCRÁTICOS, poniendo debajo, en números romanos XXI, con todo lo demás que sigue hasta el fin de esta línea.

Terminada la cual, cojo de nuevo el libro del marqués de Heredia y le dejo abrirse al acaso.

«*A Julia,*» es lo primero que leo en letras gordas en una de las páginas por donde se abre el libro, y debajo de ese rótulo hay una *composición* ó lo que sea, que tiene tres bemoles... quiero decir, tres seguidillas.

Por cierto que, al leer esta composición en el libro, recuerdo que la he leído antes en un

periódico de esos que llaman literarios, y que suelen ser tormento constante de la literatura; y por cierto que allí no estaba dedicada «A Julia,» sino «A L.»

Lo mismo da.

No hay más sino que por lo visto el señor marqués transfiera sus composiciones poéticas de un ídolo á otro, según van cambiando los tiempos ó las aficiones del dedicante.

Y bien mirado, ¿por qué unos versos como los del señor marqués habían de ser intransferibles?

He oído contar de un arriero asturiano, que pasando por un pueblo de León donde había un abogado de nombradía, entró en ganas de consultarle sobre una cuestión que tenía con un vecino suyo allá en su pueblo. De la consulta resultó que era menester presentar un escrito al juez, y el consultante quiso que el abogado se le pusiera para en llegando á su pueblo no tener que hacer más que presentarle. El abogado puso su pedimento en el papel sellado correspondiente y se le leyó enseguida al arriero.

—Pes bien, fablandu señor D. Xuaquín— dijo el astur metiendo la mano en el bolsillo como en ademán de pagar—mu bien fabladu... y ¿á cómo viende so mercé estos papelinos?

—Esto vale tres duros, dijo el abogado.

—¡Ah, D. Xuaquín! Esu ye muchu dinerru, y yo ñon tengu tantu.

—Pues no puede ser menos.

—Pes entós guarde so mercé el papelino y viéndasele á otro.

Que es lo que el marqués hace con sus versos: los había escrito para L y cree que pueden servir lo mismo para *Julia*.

Los versos son así:

«Es tu cariño tierno,
Dulce amor mío,
Del alma *la* esperanza,
Del pecho alivio...»

Me parece, señor marqués, que habiendo dicho: «del alma la esperanza» estaba usted obligado á decir: «del pecho el alivio» ó viceversa; para decir en el cuarto verso que el cariño de L ó de Julia (según la época) es «del pecho alivio» debió usted de haber dicho en el tercero «del alma esperanza». Sino que así quedaba cojo el verso y le fué á usted menester introducir aquel *la* que es un ripio en toda la extensión de la palabra.

En la segunda seguidilla dice el marqués muy satisfecho:

«De la *inconstante* suerte
No temo el cambio...»

Pues usted verá; pero no deja de ser para temer, especialmente en tiempo en que gobiernan, por decirlo así, los canovistas, y á lo mejor baja la bolsa que es un gusto... En fin:

«De la *inconstante* suerte
No temo el cambio,

Que tu amor será eterno
Dice tu labio.»

¡Sí, fuese usted de dichos! ¿No sabe usted aquello de la otra seguidilla, mucho mejor que las de usted, que dice:

Palabras de mujeres
Todas son falsas?

Nada, el marqués no hace caso de observaciones y termina:

«Tu amor me basta;
Porque es la única dicha
Que anhela el alma.»

Sí, pero eso se lo dijo usted hace unos veinte años «A L.» y ahora se lo dice usted «A Julia», de suerte que son por lo menos dos únicas dichas las que anhela ó ha anhelado el alma de usted.

Salvo que á L. en la confirmación la mudaran el nombre...

Cierro el libro, para que se vuelva á abrir por donde quiera.

Y ¿sabe usted por dónde se ha abierto? Pues por donde hay una *oda* (uso la nomenclatura de usted) *á la muerte*, que dice:

«A LA MUERTE

«No respeta la muerte
Genio, valor, riqueza ni hermosura:
Todo en polvo convierte...»

Así... en correcto francés. Digo, á lo mejor puede ser que no sepa usted francés, pero

es lo mismo. La gracia está en escribir galicismos sin saber francés, que lo que es sabiéndolo, y particularmente sabiéndolo mal, cualquiera los escribe. El caso es que usted habrá leído ese galicismo horripilante acaso en algún discurso de Castelar, que también le usa, y se ha enamorado usted de él.

Que es lo que les pasa á todos los malos escritores: enamorarse siempre de lo peorcito.

Como le ha pasado también á *El Imparcial*, que anda publicando en el folletín una novela, *El sacerdote de Themis*, donde hay un personaje que dice:

—«Corriente. Entonces me voy á mi casa, *enfardo todo*, y mañana por la tarde á Madrid.»

Y cuenta que es una novela premiada por *El Imparcial* entre cincuenta y tantas que se presentaron á su certamen.

Por cierto que no deja de ser habilidad abrir un certamen para elegir una novela buena, y, aquí donde todo el mundo escribe bien, si se exceptúan los académicos, acertar á escoger entre cincuenta y tantas una que dice «*enfardo todo...*» y «*ponía todo en orden...*»

Adelante, señor marqués, adelante:

«*Todo en polvo convierte:*

La estrecha *ligadura*

Del alma *quiebra y rompe su atadura.*»

Lo cual me parece que es lo mismo. ¿Qué más le da á usted *quebrar la ligadura que romper la atadura?* Usted dirá que también es lo

mismo marqués versificador que mal poeta, y se dice de ambos dos modos. Y es verdad; pero eso no quita para que la ligadura quebrada ó la atadura rota sean ripio.

Y siga la *oda á la muerte*:

«Ya nos roba el amigo,
Ya la adorada esposa y el hermano;
Nada sirve de abrigo...»

¡Ah! ¿Usted creía que abrigándose bien no se había de morir?

«Nada sirve de abrigo
A su furor *insano*;
Todo lo hiere con *airada* mano.»

Así se dice: *todo lo hiere, y no todo hiere, ni todo convierte* como decía usted antes.

Sin que por eso vaya usted á creer que esa estrofa es buena. No señor, es muy mala. Aparte de lo prosáico de toda ella y aparte de lo del *abrigo*, está mal también lo del *furor insano* y lo de la *airada mano*, y... todo, hombre, todo.

A ver por dónde se abre ahora...

Pues ahora se abre por donde hay una oda notabilísima. No porque sea más prosáica que las demás, sino por el título principalmente. Que si todos los epígrafes del marqués son de estilo harto familiar, cual conviene que sean, estando los versos casi todos dedicados á asuntos domésticos, este de ahora, por lo llanote y por lo largo, deja atrás á cualquiera de los que solía poner á sus lucubraciones *El Tiempo*.

«Vamos en buena compañía con el rey y con la nación,» ponía una vez el periódico del C. conde, por título á un artículo. Pero ¿qué vale esto comparado con esto que sigue?

Á MI QUERIDO AMIGO

RAMÓN VINADER

con motivo de la muerte de su inolvidable hermano gemelo el padre Francisco Vinader... etc.

Donde no puede uno menos de preguntarse: ¿Qué dejará este hombre ó este marqués para decir en la composición, si todo lo ha dicho ya en el título, hasta el detalle de que el hermano era *gemelo* y hasta el ripio de *inolvidable*?

Cerremos el libro otra vez para volver á abrirle...

Ahora se abrió por donde hay un soneto, que concluye, después de habernos dicho el marqués que está muy contento en el *retiro*:

«Si un recuerdo de amor turba mi calma
Busco mis hijos, los abrazo y *miro*
Y al calor de la fe revive el alma.»

Los *abrazo y miro*... Este *miro*, á pesar de ser un ripio puesto para servir de consonante á *retiro*, vale cualquier cosa.

Por lo raro.

Porque lo natural, lo que se le ocurre á cualquiera es, antes de abrazar, mirar lo que

abrazo. Pero abrazar y mirar después, creo que ha de ser del todo nuevo.

Otro cierre y otra abridura:

«Viví juguete en mis *tempranos* años
De la mujer que fué todo mi anhelo,
Y el alma libre de *mortal* recelo
Lloraba *solo los ajenos* daños

(Sí, ya lo dice el refrán: Cuidados ajenos matan al... marqués de Heredia.)

La juventud, del mundo los engaños
No sabe *precaer*, *toma por celo*
De la traición el *pérfido desvelo*
Ignorando que existan desengaños.»

No ignoraba yo que existían prosaismos y ripios en los versos de usted, señor marqués; pero, si he de decir la verdad, nunca creí que existieran tantos ni tan enormes.

¡*Ignorando que existan desengaños!* ¿Le parece á usted que eso es poesía?

A más de que tampoco es verdad. ¿No decía usted el otro día

«Mi premio ha sido uno,
Saber que hay desengaños...»?

Pues si lo sabía usted desde que sacó el premio, ya no lo ignoraba...

Esta vez se abrió el libro por este verso ó lo que fuere:

«Martirio horrible entrever la dicha...»

Sí, señor, casi tan horrible como entrever los versos de usted... y leerlos.

Y cerrado el libro y abierto nuevamente al azar, me encuentro con esta *oda*, ó cosa así, en que el marqués dirige á una, que piadosamente pensando será la marquesa, estas convenciones:

«¿Por qué mi amor olvidas,
Y te burlas ingrata de *mis* celos,
Y necios apellidas
Mis mortales recelos,
Mis amantes enojos, *mis desvelos...*»

Mis, mis, mis... Si cuando leyó usted por primera vez esta *poesía* tenía usted gatos, no hay que decir el movimiento que se armaría en la casa. Y sigue:

«¿En qué pude ofenderte?
¿Ha dejado mi alma ni un momento
De *adorarte* y *quererte?*...»

¿Y en que pudo ofenderle á usted la *poesía*, para vilipendiar su augusto nombre dándosele á ripios de esa índole? porque mire usted, que ese *quererte*, si no es ripio yo no sé lo que es. Porque después del *adorarte*, ¿á qué viene el añadir *quererte*, siendo querer mucho menos que adorar? ¿A concertar con ofenderte? Pues hubiera usted puesto, en lugar de *ofenderte*, *fastidiarte* (con lo cual no sería mucho más prosáica la estrofa), y así hubiera usted podido poner el *adorarte* después del *quererte*, que era colocación más lógica. A más de que, y esto es lo principal del comentario, ¿qué necesidad tenía usted de enterarnos de todas

esas quejas, ni qué necesidad teníamos nosotros de que nos enterara?...

A su olvido, dice el libro por donde se ha abierto esta vez, y debajo de semejante rótulo, hay otras tres liras de la misma índole y calidad que las anteriores, por lo cual no quiero copiarlas.

Le cierro y le vuelvo á abrir, y dice:

«LAS LÁGRIMAS.

Como el amor es la vida,
Así las lágrimas son,
Del sentimiento *medida...*»

¿Del nuevo sistema?... Porque ya sabrá usted que están prohibidas las otras, la azumbre, verbigracia.

Y por cierto que están muy necias las autoridades en su empeño de aclimatar el sistema decimal, que es también muy necio.

«Del sentimiento *medida*
Y sangre del corazón.»

¡Sangre!... Y continúa:

«No brotan del pecho *frío*,
Es un don que *no es del suelo*.
Llorar no puede el impío;
Las lágrimas *son del cielo.*»

¡Pues claro!... Desde que dijo usted que no eran del *suelo*, estaba yo viendo que iban á ser del *cielo*. Como que para eso exclusi-

vamente, para decir que eran del cielo, nos había dicho usted antes que no eran del suelo.

Ande usted:

«El fin del llanto es la risa...»

Esto sí que no se entiende bien. Porque por ese sistema habría que decir que el fin de los ripios era la poesía, y no creo que por muchos ripios que escriba usted, llegue á ser poeta. Usted habrá oído decir que la risa suele concluir en llanto; pero la recíproca no es cierta.

«El fin del llanto es la risa;
Que no es eterno el quebranto;
Pero al hombre *Dios avisa*
Que *el* de la risa es el llanto...»

¿*El* qué de la risa? ¿El hombre de la risa, ó el Dios de la risa? Porque al hombre, ó á Dios ó al quebranto puede referirse ese *el* de la risa; mejor que no al *fin*, que queda allá á una legua.

Y luego eso de que es *Dios* el que *avisa* también es un ripio. ¿Qué necesidad hay de que avise Dios una cosa que se ve todos los días?

Ninguna, sino que había escrito usted el primer verso acabado en *risa*, y para concertar... *Dios avisa*. ¡Como si Dios estuviera obligado á hacer todo lo que á usted se le antoje para consonante!

Cerremos y abramos otra vez.

Aquí hay un soneto «Al combate del Callao.» Y en el soneto un verso que dice:

«Realiza Núñez su envidiable hazaña...»

No crean ustedes que Núñez es el famoso médico homeópata, único Núñez de que ustedes habrán oído hablar. Es Méndez Núñez; sino que el Méndez no cupo en ley, es decir, en verso.

El último terceto dice:

«Hoy vuelves, patria amada, de tu sueño,
En el mar tu pendón glorioso ondea,
Y domado á tus pies gime el *chileño*.»

¡Hombre! Será el peruano. Porque el Callao, si usted no lo lleva á mal, no es de Chile sino del Perú.

Pero usted oiría hablar del *chileño* cuando el bombardeo de Valparaíso, y cambia usted los frenos, ó los puertos.

Y cuenta que la necesidad del consonante no debe ser la culpable del traspiés geográfico; porque con las licencias que usted suele tomarse á cada paso, lo mismo que *chileño* podía haber dicho *perueño*.

Con lo cual cierro el libro otra vez y no quiero ya volver á abrirle.

¡Basta! ¡basta!

XXII.

Tentaciones me dan de creer que tenía razón D. Luis González Bravo cuando llamaba calamidad al ilustre duque de Rivas.

Pues para la literatura lo fué realmente. Por aquello que, al explicar su apóstrofe, decía D. Luis; por haber formado toda una familia de poetas, todos malos.

¡Y malos de veras!

Tan malos, como D. Leopoldo Augusto de Cueto, modernamente marqués de Valmar, que es cuñado.

Y como el marqués de Heredia, que es yerno.

Y como el marqués de Auñón, hoy duque de Rivas, que es hijo.

A los dos primeros ya los conocen ustedes como poetas malos. Al último le van ustedes á conocer ahora como peor, si cabe.

No crea su excelencia que por haber retirado del comercio su tomito de poesías, es decir, de ripios, se va á quedar en el doble de la manta.

No. Mi trabajo me ha costado hallar muestras que ofrecer á ustedes de su numen; mas como querer es poder, y yo quería, claro es que había de encontrarlas.

Yo sabía que el duque de Rivas actual, cuando no era más que marqués de Auñón y académico de la lengua, había publicado un tomito de versos, casi todos *baladas*, y todos muy malos, sin casi.

Empecé á buscarle por las principales librerías de la corte, y en unas no habían oído hablar de él, mientras en otras me decían al poco más ó menos: «Sí, aquí se vendía antes, es decir, aquí estaba de venta, que vender precisamente no se vendía, y quizá sea usted el primero que pregunta por él... el primero después del autor, que preguntó varias veces; y como nunca se hubiera vendido ningún ejemplar, los retiró todos, diciendo que los necesitaba para regalar á los amigos...»

—¡Pobres amigos!—exclamé yo maquinalmente, y me fuí, si no con la música, con el deseo del libro á otra parte.

A la Biblioteca Nacional, donde el empleado, á quien, papeleta en mano, pedí el libro del marqués de Auñón, no le conocía, y me remitió al índice. Donde tampoco fué posible hallar noticia del libro del marqués, porque, ó no existía allí ó, lo que es más probable, no estaba todavía clasificado, lo cual nada tiene de particular, si se atiende á que sólo

hará unos diez años que entró en la Biblioteca.

¿Qué hubieran hecho ustedes en este caso?..

Mas lo que importa es saber lo que hice yo, y lo que yo hice fué seguir impertérrito buscando el libro.

Discurrí pedirsele á un ilustre poeta amigo mío, que lo es (las dos cosas, mi amigo y poeta), á pesar de ser académico, y á quien, por esta última cualidad, debía de habersele regalado el duque.

Así era, en efecto; mi amigo tenía el libro; sino que cuando le dije lealmente el objeto con que se le pedía, no quiso dármelo.

Ustedes creerán que aquí desistí ya de mi propósito, pues la verdad es que cualquiera con esta serie de fracasos se aburre y deja el libro para no volver á acordarse de él en su vida.

Pero precisamente por eso no me aburrí yo, porque yo no hago nunca lo que hace cualquiera. Yo me propuse hacerme con el libro, no *hacerme del libro*, como dice bárbaramente la Gramática de la Academia, y lo conseguí, sin que les importe á ustedes saber cómo ni dónde.

Y allá va la primera muestra:

«A UN ARBOL.

BALADA...»

Carácter distintivo de casi todos los marqueses versificadores: dirigirse á los árboles y *balar* (metafóricamente). Cuál es á una en-

cina, cuál es á un olmo, cuál á un pámpano; éste de ahora no se mete en botánicas, no clasifica el árbol, objeto de sus tiros poéticos; se dirige simplemente á un árbol; ama la especie, y pregunta:

«Árbol, ¿por qué del campo en la llanura
Siempre *mis pasos* á buscarte van...»

Pero hombre, eso mejor lo sabrá usted. ¿Qué sabe el pobre árbol lo que pasa por el interior de usted cuando usted le busca?

«Árbol, ¿por qué del campo en la llanura
Siempre *mis pasos* á buscarte van,
Y al contemplar tu pompa y gallanura
Siento en el alma *inextinguible afán*?...»

Digo lo mismo que antes, señor marqués. ¿Cómo ha de saber el árbol las intenciones de usted ni sus aficiones? Eso, si usted quiere ser franco, díganoslo usted: ¿por qué se va usted siempre ó se van los pasos de usted á buscar el árbol, y por qué siente usted ese afán al ver la pompa y la verdura del árbol? Pero al árbol no se lo pregunte usted, porque eso no es más que gastar tiempo. ¿Qué sabe él, el infeliz, de esas cosas? Lo mismo que usted de otras muchas... Pero siga usted preguntando:

«¿Por qué si el huracán en *raudo giro*
Tu ramaje *columpia con furor*
Dentro del alma á mi *pesar suspiro*?...»

Pues claro que á su *pesar* suspirará usted, como todo el que suspira; porque me parece

que nadie suspira por gusto. Lo que se suele hacer por gusto es columpiarse, y por eso lo de *columpiar con furor* es otro ripio, porque no le sienta bien el *furor* á ese verbo. Y otro ripio es también lo del *raudo giro*.

«Acaso, acaso en tu lozana vida
Algún misterio el corazón verá...

(*Eso usted lo sabrá.*)

Tal vez mi suerte á tu existencia unida
Por impalpable vínculo estará.

(*Quizá... quizá... quizá...*)

¡Quién sabe si darás á mis amores
Fresca sombra en tu verde pabellón...

(*Verde suposición.*)

Si sentiré cubierto con tus flores
De un ángel palpar el corazón!

(*¡Vamos, moderación!*)

¿Pero cubierto usted, ó el corazón del ángel?

«*Tal vez robusta y poderosa lanza*

Tus vástagos gigantes me darán;

Tal vez, cuando se logre mi esperanza,

Ramos tuyos mi sien coronarán.»

¡Ah! ¡Era un roble!...

Y vamos á otra *composición*, ó lo que resulte.

Se titula *Dos ángeles*; pero ya verán ustedes cómo no parece ninguno. ¡Sí, para ángeles está el tiempo!

«DOS ÁNGELES.

FANTASÍA.

*Vidi cuncta que fiunt sub sole, et ecce
universa vanitas et afflictio spiritus.»*

El tema, como ustedes ven, es bastante apro-

piado, porque empezar á leer unos versos de duque, es una verdadera aflicción de espíritu, que dura hasta que se acaban, por lo menos.

¡Animo, y adelante! La fantasía del marqués de Auñón va dividida en párrafos con números romanos, de esta manera:

I.

«Ya media noche...»

¡Buen principio!

«Ya media noche: de tinieblas lleno...

Lo raro sería que á media noche estuviera lleno de luz; las tinieblas, á esa hora, no tienen nada de maravilloso. Si fuera á medio día...

«Ya media noche: de tinieblas lleno
El mundo duerme, el universo calla...»

Naturalmente, como suele decir *La Correspondencia*; si el mundo duerme, es natural que calle el Universo, ó sea el mismo mundo. Como no fuera que hablara en sueños como el marqués de Cabriñana... Pero eso no les sucede á todos.

«Ya media noche: de tinieblas lleno
El mundo duerme, el universo calla;
Sólo en su cárcel *lóbrega de cieno*
(¡*Ave María purísima!*)
Mi *inextinguible* espíritu batalla.»

¡Inextinguible! También era *inextinguible* el afán que usted sentía en la otra balada al ver el árbol. ¡Qué afición á lo *inextinguible!*...

«¡Muda yace la selva!...»

¿Y para eso pone usted admiraciones? Me parece que no es cosa muy de admirar que la selva esté muda, cuando ya sabemos, porque usted mismo nos lo ha dicho, que duerme el mundo y calla el universo, de los cuales no es la selva más que una partecica insignificante. Todo el que calla yace mudo, á lo menos provisionalmente.

«¡Muda yace la selva! en la espesura
Ni el viento gime ni lamenta el ave...»

Ni *se lamenta*, querrá usted decir; pero bien excusado era de todos modos, porque después de haber dicho que yacía muda la selva, todo lo que sigue es hablar por hablar. Figúrese usted que el viento gimiera ó *lamentara* el ave... ya no estaba muda la selva.

«Ni del piélagos en calma la llanura
Rompe la quilla de velera nave.»

Lo cual, á más de ser ripio, no es verdad; porque á todas horas del día y de la noche andan barcos. Y de todas maneras, usted no podía saberlo. ¿Cómo sabe usted que á aquella hora no andaba por el mar ningún buque? Siga usted.

«¡Todo silencio!...»

Pero hombre, ¿no va usted á concluir nunca de decirnos que no había ruido? ¡Le digo á usted que ya estamos enterados!

¿Hasta cuándo va usted á estar repitiéndonos la misma cantinela?

¿*Quosque tandem?* como dice Santiago Liniers; y eso que el pobre presume de erudito.

Pero peca por donde tantos otros; por meterse en idiomas de once varas.

Es verdad que quizá por esto mismo de no conocer el latín, no ha podido enterarse de los saludables consejos que daba Horacio á los Santiagos de su tiempo, como el de que se tentaran las fuerzas para ver con lo que podían.

Aunque lo mismo vino á decir nuestro buen Iriarte, en la fábula aquella del perro que quiso cambiar el asador por la noria:

Que se vuelva le aconsejo
A voltëar su asador,
Que esta empresa es superior
A las fuerzas de un gozquejo.

Vuélvase también *Jacques de Lineros* á voltear el asador de la cocina mestiza, que es lo positivo, y cuide de no meterse más en latines.

O según frase muy popular, aunque desconocida de los académicos, de no estirar la pierna más de lo que alcanza la manta.

Pues aun cuando la manta literaria de Santiago alcance muy poco, más le vale contentarse con eso poco, que destaparse y merecer algún otro cosque, como el que merece por el *quosque* que él ha dado á la gramática.

Diga usted algo nuevo, señor marqués.

¡Todo silencio! *Colosal* el monte
Levántase *de bruma* revestido,

Allí será más ancho el horizonte
Y el pensamiento volará *perdido*..»

¡Y tan perdido! Alguna vez había de decir
usted la verdad.

«¿Qué me detengo?..»

Pues no se detenga usted...

«¿Qué me detengo? En la *riscosa* cumbre
Viento más puro *batirá* mi frente...»

Me parece que la debe usted de tener
bastante batida; á lo menos por dentro. Ju-
raría que tiene usted los sesos hechos agua...

«Y *tal vez* de los astros en la lumbre
Hallará luz mi *tenebrosa* mente.»

Tal vez... Pero creo que no. En fin, siga
usted, y veremos.

«¡Cuánta maleza!..»

Así es. ¡Cuánta maleza poética! es decir,
¡cuánto ripio! Y, á propósito, ¿han visto uste-
des á alguno de los *dos ángeles*?

«¡Cuánta maleza! ¡Qué áspero camino!
Pavor me causa la tiniebla muda...»

¡Y qué no nos causarán á los demás esos
prosaismos de usted? Crea usted que de veras
es muy áspero el camino del que va leyendo
sus versos.

«¡Cuánta maleza! ¡Qué áspero camino!
Pavor me causa la tiniebla muda...
Ayer dudaba del poder divino...»

¡Cá! No lo crean ustedes. Lo dice el duque
por echárselas de calavera, ó por no haber

hallado otra idea con que llenar un verso; pero no es verdad, siempre ha sido el duque una buena persona.

Salvo lo de haberse prestado *pro sueldo lucrando*, á ser el segundo embajador ó ministro plenipotenciario en el Quirinal, cerca del usurpador sacrílego Víctor Manuel, llamado rey de Italia. Lo cual en un hombre de ideas liberales exaltadas, se explicaría, pero en un moderado, que se las echaba, como el marqués de Auñón, de devoto del Papa, fué una cosa muy fea.

Conste, señor marqués, que yo no creo que nunca jamás haya dudado usted del Poder divino. ¡Si no es posible! ¿Cómo ha de dudar usted del Poder divino, cuando es usted un milagro andando?...

Y se continuará, porque este artículo va siendo ya muy largo, y del marqués de Auñón hay todavía que decir muchísimo.

XXIII.

Y entramos en el *párrafo segundo de la fantasía* de los *Dos ángeles*, de D. Enrique Ramírez de Saavedra, antes marqués de Auñón y hoy duque de Rivas.

Párrafo segundo...

¡Fantasías divididas en párrafos!...

Entramos en el párrafo segundo.

En donde nos encontramos de buenas á primeras con la siguiente barbaridad, y el marqués perdone el calificativo:

«¿Dónde está la justicia
Del brazo Omnipotente?
¿O condenó á los *miseros*
Humanos inclemente
Al *crimen* y al dolor.....»

Eso de que la justicia del brazo Omnipotente condenó á los miseros humanos al dolor, está bien. Y mejor si se añade que los condenó porque lo merecían.

Pero lo de *inclemente* y lo de que les condenara al *crimen*... eso está muy mal, señor mar-

qués. Eso, aunque sea dicho en verso, y aunque el verso sea malo, siempre es una blasfemia.

Y escribir versos para decir blasfemias, tiene ciertamente bien poca gracia.

Pasemos al párrafo tercero:

«No, no existe tal vez cuanto ver creo;
Es ilusión *falaz* de los sentidos...
De la sierpe el silbido,
El *voraz* cocodrilo cuando *canta*.»

¡Ah! con que el cocodrilo canta, ¿eh?... Como usted, ó así al símil... ¡A cualquier cosa llaman ustedes cantar, los malos poetas!

«El *voraz* cocodrilo cuando *canta*,
Del *pardo* lobo el *áspero* ladrido...»

¡Hombre, por Dios! Tampoco los lobos, aunque sean *pardos*, ladran: aullan. ¡Qué afán de cambiar los papeles! Pues si ladraran los lobos, ¿qué habían de hacer los perros?

Es verdad que para hacer lo uno y lo otro ahí están ustedes los duques versistas; mas no á todos es dado ese privilegio.

Y al cabo, lo mismo que dijo usted el *áspero* ladrido, pudo usted haber dicho el *áspero* aullido.

¡El maldito afán de enmendar la plana al autor de la naturaleza!

Pero vienen ahora unas estrofitas de esdrújulos, ¡que... ya... ya!...

«Ser impalpable y *místico*
Que entre nieblas y abrojos...»

Le advierto á usted que esto no es un verso heptasílabo, por más que tenga siete sílabas contadas; porque estos versos, para que lo sean han de tener precisamente acento en la sílaba segunda y en la cuarta y en la sexta.

«Me sigues, tus *vivíficos*
Y *penetrantes* ojos
Mis *rudas* ansias ven...»

¿Por qué no ha puesto usted algún epíteto en esas tres líneas?

«Sólo tú al pecho exánime
Dar puedes la esperanza
Y disipar el *vértigo*
Que al abismo me lanza...»

Otro verso que tampoco es verso... En fin, padeciendo usted vértigo, según usted mismo confiesa, no es extraño.

«Y disipar el vértigo
Que al abismo me lanza
Si desplegas la *túnica*
En mi *abrasada* sien...»

¡Qué *túnica* tan consonante, digo, tan esdrújula, es decir, tan ripio!

¡Mire usted que pedir que le desplieguen á usted la *túnica* en la cabeza! Porque supongo que, duque y todo, sabrá usted que la sien está en la cabeza!

Y falta ahora el párrafo quinto, que es tanto ó cuanto peor que los anteriores:

«Calló mi labio, y en el aire *leve*
Entre rayos de *insólito* fulgor
Tendió el ángel su *túnica* de nieve...»

Al fin pareció un ángel... con túnica...

Mira, me dijo, y señaló al Oriente,
Y sentíme en su vuelo arrebatado;
Se *estrellaban* las nubes en mi frente,
Bramó á mis pies *enfurecido* el mar.»
(Y siguiendo de ripios el torrente
El diablo sabe lo que va á pasar.)

Lo que sigue:

Miré chocar los montes con los montes,
Cetros y tiaras en el fango vil...
(Se advierte que después hay HORIZONTES.)
Que este es un consonante, y otro es MIL.

Y se advierte que después *vaciló la tierra en sus cimientos*, como era de necesidad, para concertar con los elementos, se levantaron unos cuantos muertos, en el mejor sentido de la frase y... *Pax Christi*.

Pero tiene luego el marqués de Auñón una *epístola* al marqués de Molins, que es lo que hay que leer, digo, al contrario, que es lo que hay que no leer, á ser posible, y de la que, con decir cómo empieza, está dicho todo.

«Mariano, ¿lo creerás? esta mañana...»

No, señor; lo que es yo no lo creo. No sé si Mariano lo creerá ni me importa; pero yo no creeré nunca que detrás de ese prosaismo del primer verso, venga una epístola poética.

Y ahora se verá cómo no viene:

«Mariano, ¿lo creerás? esta mañana,
Las greñas atusándome al espejo,
¡Ay! vino á *helarme* la primera cana.

En vano fué arrugar el entrecejo;
Allí estaba más blanca que la nieve;
Y yo á su vista *pálido* y perplejo.

(*Y hasta un poco más viejo.*)

«Huyen los años en *veloz corrida*.

(*Como los ríos: frase conocida.*)

Y dependen de *miseró* cabello

La dicha y los pesares de la vida.

Mas... (*No piense usted en ello.*)

Mas ¿por qué divagando me *querello*?

¿En cuántos de virtud y de *sapiencia*

Son *nobles* canas como *augusto* sello?»

¡Qué poético es este *como*! ¿No es verdad?
Pero la gracia de este último terceto está en
la *sapiencia*. Esta *sapiencia* es una *sapiencia*
digna del de *Cheste* traduciendo al *Dante*.

Después saca el duque los pies de las alforjas y dice:

«Nueva vida de hoy más...»

¡Excelente resolución, si de la nueva vida
fuera parte el no volver á *componer* versos, ó
dígase *ripios*. Pero, ¡quía! el marqués sigue
componiendo, digámoslo así, en esta forma:

«Irene, Laura, *Brígida*, Dolores,

Yo os juré amor hasta la tumba *helada*

Mas cedo de mi suerte á los rigores...»

Hasta en los nombres de las novias (¡coquetón!) se conoce el buen gusto del marqués... ¡*Brígida*! ¡Vamos, que *Brígida*!...

Después habla de *altos deberes*, y añade:

«Ya siento que la patria me reclama
Y el nombre obliga á los hidalgos *seres*.»

Sí, pero no les obliga á hacer versos cuando no son poetas.

Ni á ser ministros plenipotenciarios.

Sobre eso está usted en un error, ó en dos, mejor dicho.

Donde acierta usted casi, es donde se describe á sí mismo en política, diciendo:

«Y con pluma *satánica* en la diestra
Y el presupuesto sin perder de vista...»

Aquí aparte del epíteto *satánica* que, aplicado á la pluma de usted, puramente simple, es demasiado fuerte, lo demás está pasaderillo. Y continúa:

«Por la noche visito á la señora
De mi amigo el ministro, y aunque *ajada*...»

¡Usted sí que está *ajado*; digo, no; la poesía sí que sale *ajada* de las manos de usted!...

¡Y aunque *ajada*! ¿Cree usted que eso fué nunca poesía, ni nada que lo parezca, señor adorador de *Brígida*?

Aparte de que no sólo el «aunque *ajada*,» sino todo lo que precede, es decir, lo de «*por la noche visito á la señora de mi amigo el ministro*,» es un prosaismo reventante... *aunque ajado*.

«Por la noche visito á la señora
De mi amigo el ministro, y aunque *ajada*
Y con *herpes* que el rostro le *desdora*...»

¡Usted sí que *desdora* los tercetos empleándolos en semejantes chapucerías!

Pero quedábamos en las *herpes* que *desdora* el rostro... Volvamos á empezar, que las cosas buenas deben repetirse:

«Por la noche visito á la señora
De mi amigo el ministro, y *aunque ajada*
Y con *herpes* que el rostro *le* *desdora*,
Sotto voce le digo que es un hada...»

¿Y se lo dice usted á ella ó al ministro? Porque la verdad es que por la lectura no se sabe. Lo único que se sabe es que cumple usted en ese *le* un precepto necio de la Academia, y eso es lo que importa; lo demás, la claridad ¿para qué sirve? Y por otra parte, si escribiera usted de modo que se supiera lo que quería decir, ¿en qué se había de conocer que es usted académico... y duque?

Pero usted á su cuento:

«*Sotto voce le* digo que es un hada,
Y si sus ojos *lánguidos* no mienten
Antes de un mes *me calzo una embajada.*»

¡Ah! ¿Con que así se calzó usted la plenipotencia de *Italia*? ¡Picarín!

¡Lo mismo que la mentirilla que ensartó usted al fin, diciendo que renunciaba á la política, cuando no había tales... marqueses.

Nada: dijo usted que renunciaba á la política, y ni renunciaba usted á la política, ni á seguir maltratando á la literatura.

Como si ella tuviera la culpa de que, á pesar de no haber sido sincera la renuncia de us-

ted, no haya podido usted llegar á ser más que una vez ministro plenipotenciario, de lance.

Y verán ustedes con qué ensañamiento literario dice el marqués de Auñón que renuncia á la política:

«Renuncio á la política, Mariano,
(Cual don Simplicio, generosamente,
De doña Leonor la blanca mano.)

.....
Renuncio á la política, Mariano,
No quiero de ella timbres ni opulencia.
Un libro y una amiga.—El sevillano
Cisne perdone tan atroz licencia.—
Amiga que avasalle mi albedrío,
Tranquilo hogar y paz en mi conciencia,
Será el sólo anhelar del pecho mío.»

Pues el del mío, no diré que el solo, pero uno de los más vehementes sería que ni usted, ni ningún otro duque ó marqués de ingenio tan mediocre y tan ayuno de inspiración (frase de Cheste) profanara los versos.

¡Cuidado con la epístola!

Lo único bueno que tiene es ir dirigida al marqués de Molins.

Para el cual, hubiera sido lástima echar á perder tercetos mejores.

Es verdad que, ¿á quién, si no, podía dirigirse una epístola del marqués de Auñón?

Bien lo dice el refrán: Dios los cría, y ellos se hacen malos poetas.

XXIV.

Tenemos todavía un par de marqueses en prosa, pero de tan acentuada insignificancia, que dedicarles un artículo á cada uno parecería verdadero despilfarro.

Vaya, pues, un artículo para los dos y que se le repartan como puedan.

Ambos son canovistas, de los que ahora llaman mestizos, cortos de estatura y de entendimiento, y regordetes.

Y no emparejan mal, porque, á mayor abundamiento, para acreditar su indudable entroque con el famosísimo maestro Ciruela, el uno es catedrático, y el otro, consejero de instrucción pública.

Estos dos marqueses, como aquel otro de Aguilar de feliz memoria, han escrito también en *La Unión* (con acento), cada uno su artículo correspondiente.

Fué allá por los días en que el periódico de Canga, de Pidal y de todos los católicos que tienen vetas liberales, quiso hacer alarde de

prosperidad, poniendo en correcta formación á todos sus marqueses y demás cola... *borro-neadores*, como los jitanos suelen poner su tradicional mercancía en las ferias.

Por cierto que la manifestación salió tan mala, como pudieron ustedes ver en su día por la muestra del marqués de Aguilar, y como podrán ver hoy por estas dos muestras.

La primera es del marqués de Badillo ó de Vadillo; es decir, de picador de toros ó de vado de poco más ó menos.

Este marqués no es nuevo del todo, pero escribe tan mal como cualquier otro de los nuevos... ó de los viejos. Discurre, digámoslo así, sobre el matrimonio civil, y versificando, como sus compañeros, sin querer, empieza:

«No es nuestro ánimo dar
consejos á nadie, ni
para tanto nos juzgamos
autorizados; *mas* sí
nos parece del caso decir algo
sobre una materia que
viene tratándose hace
días por uno de nuestros
colegas.»

Etcétera; que después pone *Badila* una pica... digo un párrafo, en Flandes... quiero decir en prosa, para volver luego á versificar de esta manera:

«Que el objeto preventivo
que estas cartas se proponen
y el criterio liberal

del señor ministro son
parte á que su influencia

sea menos temible,» etc.; que también aquí vuelve el marqués catedrático á la prosa, para hablar un poco más adelante de una carta que

«vió la luz pública el día
cuatro del corriente Abril,
bajo el epígrafe de
«El matrimonio civil.»

Nada, que se ha estropeado aquí un poeta, por no haber conocido su vocación; casi un Ovidio, vamos, un marqués que podría decir de sí mismo como el autor del *Ars Amandi*:

«Quidquid tentabam dicere versus erat.»

Porque, efectivamente, á este marqués casi todo lo que intenta decir en prosa le sale en verso. Al revés de lo que les pasa á Cañete y á D. Aureliano y á Marcelino y á Valera, y á casi todos los académicos, que quieren escribir en verso y les sale prosa.

Pero allá va otra tirada de versos de las que le salen al marqués de Vadillo. Extracta un escrito de otro periódico que habla del contrato y del Sacramento, diciendo que el primero debe

«pertener al Estado
por derecho natural
puesto que legisla para
el ciudadano,
como el segundo á la Iglesia
que lo hace para el cristiano.»

¡Hasta consonantes! como diría el marqués de Cerralbo, si hiciera sobre el particular un soneto. Y sigue extractando:

«En apoyo de su tesis
aduce la *autoridad*
del Concilio de Florencia,
invoca el ejemplo de
algunos emperadores
y monarcas de la *Edad*
Media.»

Y así sucesivamente.

Mas no crean ustedes que todo el mal escribir de este marqués consiste en hacer versos sin saberlo. No; también en los párrafos que no le salen en verso, dice disparates, como verbigracia:

«Y he ahí por qué todas las *legislaciones* de todos los pueblos... *legislaron*

acerca de los efectos
civiles del matrimonio
y pudieron y debieron...»

Me equivocaba, porque también este párrafo le había salido medio en verso al marqués; pero á lo que íbamos... á lo de las *legislaciones... legislaron*. ¿Qué les parece á ustedes de un catedrático que escribe que las *legislaciones legislaron?*... *Legislarían* los *legisladores*, señor marqués; pero ¡*las legislaciones!*...

Lo mismo que cuando habla usted de «la *indisolubilidad* del contrato y del Sacramento en el matrimonio cristiano, unión íntima que

se funda,» etc.; lo cual también es otro disparate; porque lo que usted quiere decir es que son *inseparables* el contrato y el Sacramento, y no se dice así: eso no es *indisolubilidad*; será *inseparabilidad* en todo caso.

¿Y cree usted que es lo mismo *indisolubilidad* que *unión íntima*, para usar esas palabras como sinónimas? Pues no, señor, no lo es. Bien íntima es la unión del cuerpo y el alma, por ejemplo, y no es indisoluble.

* Así como también es muy íntima la unión que existe entre los títulos de marqués y de mal escritor, sin que tampoco haya verdadera indisolubilidad, porque basta con no escribir, que es lo que usted debía de hacer, para que la unión ya no exista.

Repito, que lo que usted debía de hacer era no escribir... ¿Qué necesidad tenía usted de que, pretendiendo escribir en prosa, le saliera á usted esta otra tirada de versos?

«¿Pues qué?»

Así, á lo Cánovas... ¿Puez qué? ¡No se pondrá poco hueco D. Antonio cuando sepa que va formando escuela!...

«¿Pues qué, por ventura ignora cuál es hoy el sentido en que se resuelven por *quien* puede hacerlo las *antiguas* cuestiones en orden al ministro del Sacramento del matrimonio? *Desista*, pues, de hallar oposición

donde hay perfecta *armonía*,
 ni menos (*ni menos*) quiera
 suponer que la *doctrina*
 de la Iglesia es hoy otra
 de la que fuera en los *días*
 primeros
 de su fundación *divina.*»

Aquí tienen ustedes versos hasta con asonantes; en fin, un romance, menos poético, si cabe, que cualquiera de los del señor marqués de Heredia.

Y eso que está hecho sin querer; que si estuviera hecho queriendo, todavía sería un poco peor probablemente.

Y ahora verán ustedes cuántos consonantes en *ón* (con acento) amontonó este miembro de *La Unión* en la *conclusión* de su *disertación*:

«Es *decir* y para *concluir*, que el triunfo de la doctrina que la carta sustenta exige como *condición* (con acento; todo es con acento en *La Unión*)... No nos extraña la *conclusión*, pero queremos sí consignarla como resumen de su celo por la *religión*... como de continuo afligen el *corazón* de su madre que hoy, como en el día de la *redención*, pide al cielo desde el calvario de la *persecución*, la *conversión*...»

¿De todos los marqueses que escriben?

Amén.

Y vamos al segundo. Que es verdaderamente un segundo marqués.

Es decir, que mientras el anterior viene á ser el último retoño de una de esas dinastías de marqueses, que sin haberse nunca distinguido por su robustez intelectual, acaban como las pirámides, en punta; este de ahora, con ser tan parecido á su compañero, es uno de los primeros brotes de otra dinastía de marqueses que está empezando.

Lo cual prueba que las dinastías nuevas de marqueses suelen empezar en eso de las cualidades morales, por donde concluyen las antiguas.

Y basta de reflexiones filosóficas, que al fin y al cabo no son necesarias para decir que el marqués, cuyos ripios van ustedes á saborear, es el segundo de la serie, hijo de un ministro moderado de profesión, que no contento con ser capitalista, quiso ser título. En fin, uno de esos marqueses á quien nadie llama marqueses más que sus criados y algún amigo que otro. El marqués de Pidal, para servir á Cánovas.

Pues este marqués, á quien por cierta semejanza material ó moral ó de ambas clases con el celeberrimo escudero, le llaman algunos Sancho P...idal, aunque no se llama Sancho, sino Luis, ha escrito también su artículo en *La Unión*, con el epígrafe de *Manchas* (es decir, mestizos) *en el horizonte*.

Lo primero que se echa de ver por el epígrafe, es que el marqués no sabe bien lo que es horizonte.

Pero no hay que pararse en pequeñeces.

El artículo empieza:

«En medio de la relativa paz material de que España *hoy* disfruta...»

Párese un poco, señor marqués, porque ese *hoy* me parece que es un ripio. Y si no prueba usted decir: «de que España *ayer* disfruta,» ó «de que España *pasado mañana* disfruta,» y verá usted cómo no está bien de ninguna de las dos maneras.

Y luego, ¿para qué dice usted que *reinan dos grades males*? ¿No ve usted que pudiera tomarlo alguien por alusión irreverente, y pudiera usted quedar por ello incapacitado para ser ministro de Fomento?

Yo creo que siempre lo ha estado usted, esto es aparte; pero, en fin, usted no lo cree así, según mis noticias, y no debe usted ponerse en peligro por el gusto de escribir en *La Unión*, así, á santa acierta ó santa yerra.

Allá va uno de los males que reinan... aunque no dice el marqués si gobiernan:

«De *un lado*, la *más* desenfrenada licencia tolerada si no alentada, por la *más* impreviadora *impunidad*, produce sus naturales efectos de *perversión* (con acento) intelectual y *corrupción* moral... y *dan* lugar (*produce y dan* lugar) á la *propagación*...»

¿Les parecen á ustedes bastantes acabados en *ón* (con acento)? Pues todavía hay una *desolación* (también con acento) muy cerca.

Pues ¿y lo de *la mas... por la mas?* ...

Y también hay aquello de «En España toda, en Madrid como en Barcelona, en Andalucía como en la Montaña (?) circulan *diuria* y profusamente millares de *diarios* y hojas sueltas, cuyo sostenimiento apenas se comprende, en los que cuanto hay de más sagrado y respetable *se ataca* cínica y descaradamente un *día* y otro *día*.»

¿Querían ustedes más *días*, más *diarios* y más *diarias* en un párrafo solo?

Pues también este marqués hace versos; y también sin querer, como el otro. Verbigracia:

«Si con la *reproducción*
(con acento) de sus sueltos
pudiéramos manchar las
columnas de este *diario*,
si su lectura pudiese
efectuarse sin protestas
y sin escándalo en las
cámaras ó en cualquier otro
sitio autorizado y público,
los lectores de *La Unión*
verían...» etcétera;

que me parece que ya basta con lo copiado, para dar idea de la facilidad con que versifica este marqués cuando no quiere.

Con la misma facilidad con que habla de la «indolencia que se disfraza con el nombre de libertad y que en vano quiere *cohonestarse* (*¿zella?* ¡qué *indolencia más activa!*) alegando que igual impunidad, igual tolerancia concede, aun

á lo que, á su juicio, son excesos, y excesos escandalosos y culpables *en opuesto sentido.*»

¿Van ustedes entendiendo algo? Pues el que lo entienda, que me haga el obsequio de decirme, aunque sea por el correo para que tarde en llegar la carta ó no llegue nunca, qué cosa son esos *excesos escandalosos y culpables en opuesto sentido.*

Copiando de algún formulario, recetó un cirujano de pocos estudios una cantárida, de este modo:

«Récipe: De emplasto vegigatorio... uno.
De esta figura.

Espinosa.»

Sin marcar figura ninguna en el papel.

—Mira—decía luego el boticario de la villa, que era persona de buen humor, al mozalvete de la aldea que le llevaba la receta pidiendo la cantárida—tienes que volver á tu pueblo por el cirujano...

—Pero, ¿hace falta, señor?—preguntaba el muchacho sorprendido.—¡Pues si me dijo que no necesitaba traer más que este papel!...

—Sí, pero ya ves—insistía el boticario mostrándole la receta al mozo—dice que la cantárida sea «de esta figura... *Espinosa.*»
¿Espinosa será el cirujano, eh?

—Sí, señor.

—Pues no hay remedio: tienes que traer-

me al cirujano para ver qué figura tiene y hacer la cantárida de la misma figura.

Otro tanto nos va á suceder aquí. Vamos á tener que buscar al marqués de Pidal para ver cómo tiene el sentido ó qué sentido tiene, y averiguar por aquí cómo son los excesos en *sentido opuesto*.

Tras de lo cual, es decir, tras de aquello de los excesos en *opuesto sentido*, la emprende el pobre marqués con furor de energúmeno contra los carlistas que son, á la cuenta, el otro mal que reina con la fusión, acusándoles de todo lo adverso que les sucede á los conservadores y á los obispos y á la cofradía de la casa de Astrarena, y trinando en versos de todos calibres, hasta el heróico. De esta figura, como decía el cirujano de la cantárida:

«Más ó menos ostentosa
manifestación política,
esta desobediencia escandalosa
y continua en que *se vive...*»

Y habla luego de los que hablan

«el mismo lenguaje que antes
de la Encíclica *Cum multa*
reducida á letra muerta...»

Después dice que «el mal *no se limita sólo* (dos albardas) á la prensa, sino que ésta,

con el influjo que tiene
sobre todo cuanto halaga
las pasiones

lo va haciendo llegar á
 las regiones
 que más escrupulosa
 obediencia debían
 prestar á las prescripciones...»

Y aún habla de *perturbaciones* diciendo que «aún no los hemos señalado *todas*» y del «*palladium* (*palla*... ¿qué?) de las libertades públicas» y de que «no es sólo la *modificación* de las leyes lo que es necesario, sino ante todo la *severidad* y vigilancia de la *autoridad* y de la *opinión* sobre la *recta administración*...»

Y más adelante dice que «no abandonemos, pues, los *resortes de todo*...» y se mete en francés para condenar el *laissez faire* (con una *ese* sola) *laiser passer* (también con una *ese* sola el *laissez* y el *passer*, y el primero además con una *r* en lugar de una *z*), como para probar que es tan incompetente en francés como en castellano.

¿Pero no es verdad que hacen estos dos marqueses buena pareja? ¿Cuál de los dos escogerían ustedes, dándoles á escoger?

¡Ah!... ¿Se quedaban estedes sin ninguno?
 Pues yo lo mismo.

XXV.

Si resucitara Guttenberg y viera para lo que sirve muchísimas veces su invento prodigioso, tengo para mí que inmediatamente se volvía á morir de disgusto.

¡Vaya si se moría!

Y más si llegaba á encontrarse con un folleto de mala muerte, titulado: *En la calle de Toledo, sainete lírico, letra del barón de Cortes, música...* etc., que la música no nos hace al caso.

Porque, figúrense ustedes que el ilustre hijo de Maguncia (no de *Mayenza*, como suelen decir los Pidales y los Ramoncitos Noce-dales y todos los malos traductores), figúrense ustedes, repito, que el ilustre hijo de Maguncia, que se murió imprimiendo la Biblia, viniera á Madrid, y, no habiendo aprendido castellano por la gramática de la Academia, es decir, sabiéndolo bien, se encontrara con el sainete del barón de Cortes... y empezara á leerle...

¡Ah! Para mí es indudable que caía redondo.

¡Como que á mí mismo me ha faltado poco para caer!

¡A mí, que cuando tropecé con el sainete sabía ya que el barón era jefe ó administrador de la Imprenta Nacional, y director obligado de la *Gaceta de Madrid*, en todo tiempo de conservadores!

Y, es claro, lo que yo me decía al abrir el folleto: Cuando Cánovas, que escribe tan mal, y Romero, que no escribe ni mal ni bien, nombran á este barón director de la *Gaceta* siempre que mandan, teniendo por otra parte á su servicio tan malos escritores como Pepe Cárdenas y como Mariano Catalina, necesariamente ha de escribir muy mal, muy mal, este barón de Cortes.

Pues todavía, después de hacerme esta reflexión, y después de haber saboreado los ripios de todos los duques, marqueses, condes y vizcondes precedentes, abrí el libreto del sainete lírico del barón... y se me cayó el alma á los pies.

El alma y el libreto. Porque la verdad es que no pude acabar de leer la primera estrofa, ó cosa así, sin que se me cayera de las manos.

Después le volví á recoger, eso sí, y con paciencia, digna de mejor causa, apuré la copa de los ripios y de los disparates del señor barón hasta las heces.

O sea hasta estos versos que canta Blasa la planchadora:

«Y apretando *así* la plancha,
 Pero mucho y con *furor*,
 Otra vez *salgo* cantando,
 Pero siempre al mismo son.

Ay, picaronazo,
 Que me llevarás,
 Si estuvieras dentro
 Te iba á achicharrar.
 Tú irás, *pecherita*,
 Sobre el corazón
 De un embustero,
 Pícaro y bribón,
 Ton, ton.»

Así es; *ton ton*, es decir, tonto grande.

Porque tonto á secas es muy poca cosa para el autor que aprieta *así*, con *furor*, la plancha y sale cantando aquello de *que me llevarás*, que debiendo decirlo la *pecherita*, lo dice, sin embargo, la planchadora; y aquello otro *de un embustero*, verso cojo, porque ni á fuerza de ripios é insustancialidades, es capaz el barón de hacer versos que suenen.

Nada, que lo mismo entiende este barón conservador de poesía que de imprenta.

Y eso que en materia de imprenta el jefe de la Nacional es ignaro hasta el punto de que una vez encontró una maculatura, uno de esos pliegos que se han echado diez ó doce veces á la máquina para dar lugar á que el molde vaya tomando tinta, y empezó á reñir ásperamente á los impresores, porque sacaban aquella impresión tan borrosa.

Pero volvamos al sainete de *la plancha*.

O de *las planchas*, porque el barón hace muchísimas.

En verso y en prosa.

Sólo que de la prosa no quiero hablar mientras haya verso.

Especialmente siendo el verso de esta catadura:

«Nací en Cáis la flamenca
En el barrio de la Viña,
Y por nodriza me dieron
Un tonel de manzanilla...»

¡Qué atroz es este barón de Cortes!

Y sigue:

«Que tú fuiste,
Manzanilla,
Y no es grilla,
Mi mamá...»

Grilla no será, pero ripio sí.

Ripio tan feo y estrafalario como estos otros.

«Cuando llega la *fresita*
A Madrid desde Aranjuez,
Ya le han cortado el *rabito*...»

¿A quién? ¿A Aranjuez ó á Madrid?

Porque si quería usted que hubieran cortado el rabo ó el *rabito* á la fresa, era mejor que hubiera usted dicho:

Ya *la* han cortado el *rabito*...

Y al mismo tiempo cortaba usted el rabo ó el revesino á la Academia.

Y continúa lo de la fresa, que no es lo de la calle de la Fresa, aunque por lo malo, tiene con aquella iniquidad conservadora cierto parecido.

«En las cestas *con las manos*
La colocan...»

¡Ah! ¿Con que la colocan con las manos?
¡Qué cosa más rara!

Será para que se distinga en algo de los versos de usted.

Que no están colocados con las manos, sino con los pies, á mi juicio.

«En las cestas *con las manos*
La colocan, y al llegar,
Ya ha perdido mucho aroma...»

En esto sí que no se parecen los versos de usted á la *fresita*, señor barón; pues los versos de usted nunca pueden perder mucho aroma.

Ni poco. Porque no le tienen.

«En las cestas, con las manos,
La colocan, y al llegar
Ya ha perdido mucho aroma
Por estar *manoseá*...

Con que cuidadito,
Que Blasilla *aún* es
Fresa en los jardines
Del mismo Aranjuez
Tiene razón.
Las *manitas* quietas...»

Así las había de tener el barón, y no escri-

biendo tantos diminutivos, que no parece sino que ha estudiado con aquel marqués de Molins del *tordillo*, el *cervatillo* y el *sombrerillo*...

Pero aún hay más.

«Iré yo con el cura
Al Real Sitio
Y cogeré la fresa
Con mis *deditos*:
Y ya cogida...» etc.

A lo cual contesta la *fresita*:

«Si con cura y monago
Vienes al Sitio,
Dejaré que me cojas
Con tus *deditos*...»

Y todo es así, de esta facha.

Menos esta seguidilla, que es peor, si cabe:

«Esta noche ha llovido
Y hay mucho barro,
Por eso las enaguas
Yo me arremango...»

No, pues no se arremangue usted tanto, señor barón, porque se le ve á usted demasiado la pata.

Es de advertir después de todos los versos leídos, que el sainete del barón de la *fresita* lo mejor que tiene es el verso; porque la prosa aún es más mala, y fuera del verso y de la prosa, el sainete no tiene argumento, ni chiste, ni sentido común siquiera.

Allá va otro esperpento:

«A los pies de usted, D. Lila...»

En el sainete del barón hay un personaje
que se llama D. Lila ó mister Lila.

¡Intuiciones!

«A los pies de usted, D. Lila.
¿Cómo sigue, cómo sigue la mamá?
Está haciendo mucho frío,
Y le abriga, y le abriga poco el frac.
Un huevito y un merengue
Le podía, le podía hacer provecho:
Es una cosa muy sana
Y muy buena, y muy buena para el pecho.»

¡Vamos! ¿Es posible decir más tonterías y
más prosaismos y más dislates?

¡Si estoy asustado, señor barón de Cortes!
Asustado de que no sea usted más que di-
rector general.

¡Si escribe usted por lo menos tan mal
como Cánovas!

XXVI.

(REMATE.)

Nada... Que no hay más.

No se halla ya un duque, ni un marqués, ni siquiera un vizconde versificador para un remedio, que es como si dijéramos para un artículo, y no hay otro recurso que dar por terminada la serie.

Un escrupuloso registro de la *Guía* y de las colecciones de la *Ilustración Española* y otros periódicos con igual injusticia llamados literarios, no me ha dado resultado alguno. Está agotada la materia.

Ya pregunté á varios amigos dónde podría encontrar algún otro ripio aristocrático, y el único que no se encogió de hombros me guió al derribo del palacio del marqués de Alcañices (duque de Sexto), donde, así como en otras obras, suele haber un cartel, que dice: *se vende ripio*, había hasta poco hace un cartel, que decía: *se da de balde ripio y cascote*.

Indicación inútil. Ripios aristocráticos de esa clase van abundando ya más que los otros, pero no me sirven.

Y, sin embargo, yo estaba decidido, y todavía lo estoy, á escribir otro artículo, por lo menos.

¿Cómo? ¿Sobre quién? ¿Por dónde?...

Hic opus, hic labor, que traducido libremente, quiere decir: aquí está el busilis, ó bien, aquí te quiero escopeta.

Si hubiera gobierno... vamos, gobierno, ya se sabe que no le hay casi nunca; pero si hubiera por lo menos ministerio como de ordinario le suele haber, hubiera yo dirigido una exposición al ministro de Gracia y Justicia.

Fué lo primero que se me ocurrió.

Una exposición al ministro de Gracia y Justicia, pidiéndole que hiciera á don Manuel Cañete marqués de C. C. (de Casa Cañete, ó de Cualquier Cosa), ó duque de la prosa á don Pedro Madrazo, ó á don Narciso Campillo, ó conde ó barón á cualquiera de los colaboradores en verso de la *Ilustración Española y Americana*.

De ese modo habría materia abundante; mas todo eso por hoy, es imposible; porque no hay ministerio. (1)

Es decir, le hay, pero como si no le hubiera. Le hay para cobrar, pero no rige. Está

(1) Se escribió este artículo en Setiembre de 1883, después de lo de Badajoz.

como quien dice, de cuerpo presente, ó si se quiere que viva todavía, vive con permiso del enterrador, que anda de romería por esos mundos. (1)

También se me ocurrió aconsejar á don Aureliano Fernández... Guerra y hasta Oribe si se quiere, que se hiciera *de* un título, como él dice; es decir, explicando la frasecilla aureliánica para los lectores que tengan la fortuna y el buen gusto de no haber leído jamás la gramática de la Academia, que se hiciera con un título de Castilla; pero me han dicho que don Aureliano es poco complaciente, y no concede nunca lo que se le pide, como no sean acentos.

Otra idea.

Marcelino... Marcelino... este portentoso joven no es de la antigua aristocracia de la sangre ni de la moderna aristocracia del dinero; pero es de la aristocracia de los malos poetas, y allá viene á salir...

Vamos, pues, á recoger ripios de Marcelino, porque los tiene; lo que es tener los tiene... Pero da la casualidad de que es académico de la Lengua, y hay que guardar sus ripios para juntarlos con los de los otros académicos.

Nada. Que no parece materia para este artículo por ningún lado.

(1) Estaba don Alfonso en Alemania, en aquella expedición que le valió en Berlín un nombramiento de Coronel de hulanos, y en París la *ovación* correspondiente.

¡Malhaya la muerte que llevó tan pronto al barón de Andilla!

Si no se hubiera muerto el barón de Andilla, podría yo recoger aquí alguno de sus famosos pareados, como el precepto célebre de «no ensanchar con el dedo los ojales,» ó aquel otro famoso cortinazo que dió á la poesía cuando dijo:

«Si alguien va en pos de tí, no es acción fina
Dejarle caer encima una cortina.»

Pero ya se murió, y como dice el refrán, á muertos y á idos, ya no hay... ripios.

Si no fuera una pesadez volver ahora sobre el señor marqués de Molins, también estábamos remediados. Porque he encontrado recientemente un soneto del señor marqués de Molins, que vale cualquier cosa.

Cualquier cosa que no valga nada, se entiende. Como que empieza:

«Pastores que en el mundo, sin egido,
Dejáis, cual sueltas cabras, las pasiones...»

Me parece que convendrán ustedes conmigo en que esos dos primeros versos prometen.

Pero tampoco podemos aprovechar el soneto cabrió del señor marqués de Molins, porque habiendo ya dedicado á éste su artículo, y teniendo todavía que darle otra vuelta cuando se toque á coleccionar ripios académicos, volver ahora á andar con él, parecería cierto género de ensañamiento, de que Dios me libre.

Dejemos, pues, las cabras del marqués de

Molins, y vamos á... La verdad es que no sé dónde.

Porque también tengo otro soneto novísimo y casi filosófico del señor marqués de Dos-Hermanas, que principia:

«Relámpago fugaz la vida humana
Sólo brinda al mortal tristeza y duelo,
Y es en suma mejor, si place al cielo,

(Y al consonante, sobre todo, si place al consonante)

Que lllore el triste libertad temprana...»

Donde se podrían decir cosas buenas sobre la oscuridad de la construcción, sobre lo poético de la frase *en suma*, sobre lo dulce y armonioso de *en suma mejor*, etc., etc.

Pero, ¿quién tiene valor para volver á hablar á ustedes del marqués de las Dos-Hermanas, si después de los dos pares de sonetos que conocen ustedes suyos, estarán ustedes de marqués de las Dos-Hermanas hasta por encima de los pelos?

Pues al trivial marqués, que así le he solido yo llamar al primer marqués de Cánovas, digo, de Trives, como no ha escrito nada, tampoco se le conocen más ripios que una e que tuvo la bondad de añadir en cierta ocasión á un distrito, ejerciendo de secretario del Congreso.

¡Ya se ve! Acababa el joven Nicanor Alvarado de venir de Galicia, y para que no le

conocieran que era gallego, tan fino lo quiso poner, que leyó *districto* en lugar de distrito.

Por cierto que el parecido entre la letra sobrante y los sobre-apéndices de hierro que llevan ciertos animales de gran utilidad para el hombre, sugirió á un periódico la maligna idea de llamar al futuro marqués el diputado de la herradura.

Y el caso es que si D. León Carbonero y Sol, ó por mejor decir, D. León Carbonero y García, que es como yo creo que se llama el industrioso director de *La Cruz*, hubiera ya obtenido carta de naturaleza para su condado pontificio, es decir, si hubiera querido pagar los derechos de introducción, ó la licencia para usarle, también nos podían servir á las mil maravillas.

Porque también un día se metió á escribir versos en *La Unión* (un día que *La Unión* salió de azul) versos por supuesto, malos, entre sentencias de Mariano Barsi, Catalina y otras filósofos.

Pero nada, el Sr. D. León Carbonero, y... lo que él diga, á pesar de haber tenido un abuelo alcalde mayor de Colmenar de Oreja, no ha querido soltar la mosca, y no es conde de Sol más que dentro de casa. Por lo cual no me aventuro yo á tratarle públicamente como conde, no sea que esto le acarree una multa, cosa sensible, no sólo para D. León, sino para cualquiera.

Tampoco me sirve Ramoncito Nocedal y Romea, el sobrino de los ilustres comediantes Julián y Matilde, porque no es conde, ni barón siquiera.

Y es lástima, porque tiene ripios enormes.

Por ejemplo: una vez se metió á traducir una novela francesa, y tradujo *individualidades que se rebullen como versos sueltos*. Versos por gusanos.

Otra vez parece que se metió á echar latines, y escribió: *tollita causa, tollitur efectus*.

Y como se burlara del disparate del *tollita* desde las columnas de *La Epoca* mi antiguo condiscípulo D. Leopoldo Calzado, el buen Ramoncito, que no se apura por una mentirilla más ó menos, diz que dijo que era error de imprenta.

Con lo cual hizo la plancha mucho mayor, porque no hay en el mundo un cajista capaz de poner TOLLITA si ve escrito SUBLATA.

Poco hace, habiéndole recordado estos gazapos *El Globo*, ha tenido Ramoncito la frescura de negarlos terminantemente, creyendo que con el tiempo trascurrido, nadie podía ya probárselos. Pero *El Globo* publicó una carta en que se citaba el número de *El Siglo Futuro* donde se lee lo de los *versos sueltos*, dejando al pobre Ramoncito... como pueden ustedes figurarse.

Y en cuanto al *tollita*... baste decir que en el mismo artículo en que Ramoncito negaba

haber escrito este desatino, escribía *tollitur EFFECTUM*, que es otro desatino mayor si cabe.

Y que prueba que Ramoncito no sabe que no hay acusativos en pasiva.

Pues Carulla... ¡Oh! Carulla además de su traducción de la *Divina Comedia* en tercetos, que es peor que la del conde de Cheste, aunque á muchos, y á mí el primero, parezca imposible, tiene entre otras cosas un soneto con el título de *El hombre justo* que nos había de dar mucho juego. Diciendo así:

«Espíritu leal, bondoso y recto,
Vivir suele en pobrísima vivienda.»

Sí, calle del Amor de Dios, núm. 13, me parece que es el núm. 13, cuarto segundo, que es donde vive el mismo Carulla.

Pues ahí donde ustedes le ven, en el soneto de *El hombre justo* se quiere retratar á sí mismo. Porque como mal poeta lo es, eso sí, pero presumido también.

«Espíritu leal, bondoso y recto
Vivir suele en pobrísima vivienda;
De la virtud camina por la senda
Librándose de culpa y de defecto.»

¡Hombre, no, Carulla, eso no!

En esta vida nadie se libra *de defecto*, ni aun el *hombre justo*, que camina por la senda de la virtud.

Septies enim cadet justus se lee en el sagrado libro de los Proverbios (xxiv, 16), y á todos, aun á los justos, enseñó Jesucristo á re-

zare en el Padre Nuestro: *Et dimitte nobis debita nostra* (MATTH. VI, 12); *Non est enim homo qui non peccet*, se lee en el libro III de los Reyes (VIII, 46); *Non est enim homo justus in terra, qui faciat bonum et non peccet*, dice el Eclesiastés (VII, 21); *In multis offendimus omnes*, dice Santiago (III, 2), (no el Mayor, que no consta que escribiese nada, sino el Menor, por más que el preclaro Sardá atribuya á á Santiago el Mayor, «nuestro glorioso patrón,» la Epístola Canónica); *Si dixerimus quoniam peccatum non habemus, ipsi nos seducimus, et veritas in nobis non est*, dice San Juan (I—I, 8); así lo enseñaron San Jerónimo, San Agustín y otros Santos Padres, y por último, así lo definió el Santo Concilio de Trento en la Sesión VI, cánón 23.

De suerte que la doctrina contraria es herética, y por consiguiente, ya ves, pobre Carulla, que has incurrido en herejía sin dar cuenta.

Por el maldito afán de meterte á hablar del arquitecivo.

O por no estar bien convencido de que se necesita saber teología aun para escribir sonetos malos; cuanto más para predicar sermones ó Conferencias.

Digo esto último porque en ese mismo error en que has caído tú, Carulla infeliz, ha incurrido también un canónigo del Sacromonte de Granada, que vino á Madrid á pre-

dicar en una novena de Santa Rita, imprimiendo después los sermones ó las *conferencias*, palabra que viste más, con el título de *Las virtudes cristianas en la vida moderna*, y á las primeras de cambio (página 19) suelta lo siguiente:

«¡Bajo tu amparo nos acogemos, oh Santa Rita! ¡Alcanzadnos (*¿alcanzadnos tú?*) en estos dias de meditación, que á la luz de las máximas de la moral evangélica reconozcamos los errores y *defectos* de nuestra conducta, *si los hay*, y elevemos... etc.»

Este *si los hay* puede ser una adulación á las señoras elegantes que costeaban aquellos cultos, pero es una adulación herética.

Adelante con el hombre justo, amigo Carulla:

«Subiendo mucho más...»

Al piso tercero, ó al cuarto... porque en la calle del Amor de Dios me parece que no hay quintos... No, los quintos son los suscritores de *La Civilización*, revista de donde yo he cogido el soneto, y de la que Carulla es director, único redactor, administrador, pegafajas y no sé si repartidor á domicilio.

«Subiendo un poco más, es tan perfecto
Que de cien ó de mil logra la enmienda...»

Apóstol y todo. Mas como nunca sea más afortunado que lo fué en la Unión Católica, donde quiso convertir á Pidal, y no logró sino ser echado de la compañía...

«Y para Dios no hay pecho que no encienda
Conquistando *feliz* su *grande afecto*.

Sin el velo le admira que le cubre...»

¡Hombre, no, Carulla, eso tampoco! A Dios no se le ve en este mundo sin velo. No se le ve más que en enigma, según la frase de San Pablo.

«Sin el velo le admira, que le cubre,
Habla con él, *llenándose de gozo*,
Y que es de amor un ascua, *se descubre...*»

¡Lo que se descubre es que es usted un infeliz... aunque no tanto como los suscritores de *La Civilización*, que después de haberse tragado la *Divina Comedia* en tercetos castellanos, digo, carullanos, se tragan *sonetos* como éste, y se van á tragar la Biblia en verso.

Con su pan se lo coman, y vamos adelante.

«Lleno, por nuevas gracias, de alborozo...

¿Otra vez? Pero hombre, si ya estaba usted antes *llenándose de gozo*... ¿Cuántas veces se llena usted?

«Lleno, por nuevas gracias, de alborozo,
Poco tiempo la gloria se le encubre,
Y en breve la disfruta *sin rebozo*...»
(*Y todo nuestro gozo ¡ay! en un pozo.*)

Porque ahora recuerdo que el pobre Carulla á pesar de todos los pesares, ni por nombramiento pontificio ni por ningún otro sendero es conde ni marqués *todavía*.

Dicen que le pidió el condado al Nuncio anterior, y no le hizo caso. Lo cierto es que toda-

vía no es marqués ni conde, y por consiguiente, no me sirve ahora. Le reservo allá para cuando, después de los *Ripios Académicos*, emprenda la colección de los *Ripios simples*.

Y con eso, en vista de que no parece nada de que echar mano, voy á rematar este artículo de cualquier manera, para que no sea de mejor condición que los toros que caen en poder de *Currito*, *Frascuelo*, *Cara-ancha* y de casi todos los que ahora se llaman *diestros*.

Porque, es preciso desengañarse: todo lo *diestro* va de capa caída, sin exceptuar á *Cánovas*.

El porvenir es de la izquierda.

Y de estos artículos míos.

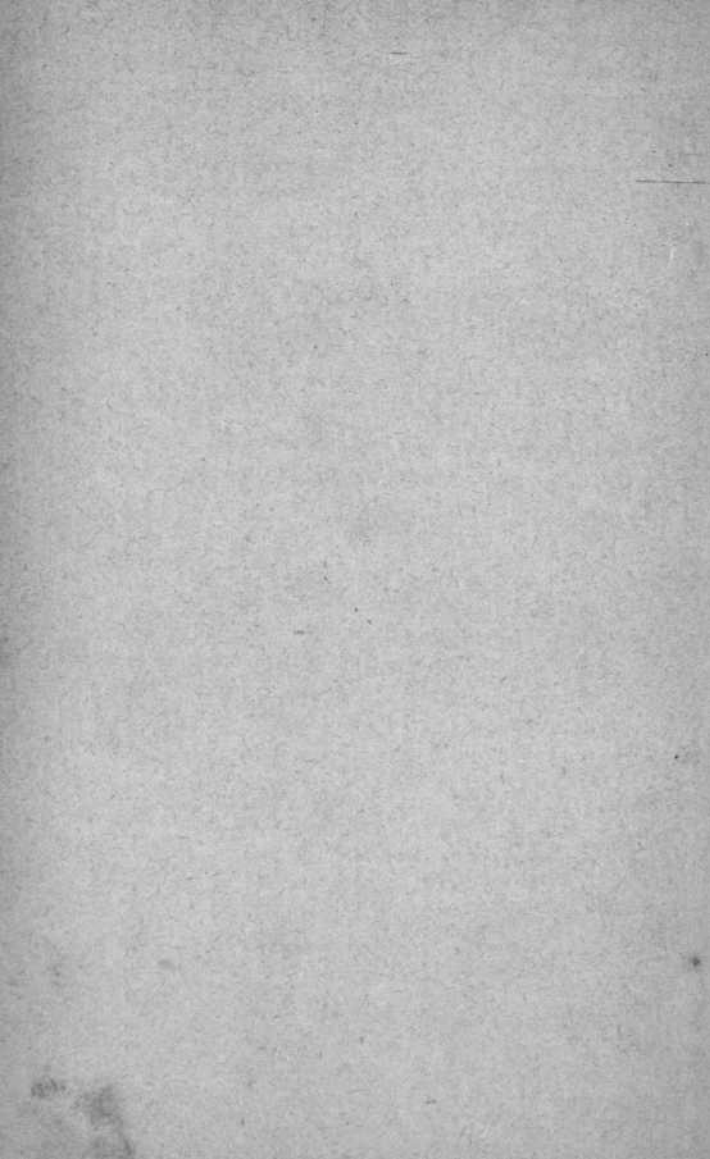
Que voy, repito, á rematar, de cualquier manera.

Por ejemplo, advirtiéndole á ustedes que el día menos pensado, se van á encontrar en los escaparates de las principales librerías de esta corte, con un lindo tomo en Martínez Campos, es decir, en rústica, que diga en la portada: **RIPIOS ARISTOCRÁTICOS** por *Venancio González*.

FIN.

ÍNDICE.

	<u>Páginas.</u>
PRÓLOGO.....	5
I.....	17
II.....	25
III.....	35
IV.....	43
V.....	51
VI.....	59
VII.....	67
VIII..	75
IX.....	83
X.....	93
XI.....	103
XII.....	113
XIII.....	121
XIV.....	131
XV (PARÉNTESIS).....	141
XVI.....	151
XVII (OTRO PARÉNTESIS).....	159
XVIII.....	165
XIX.....	175
XX.....	183
XXI.....	191
XXII.....	203
XXIII.....	213
XXIV.....	221
XXV.....	233
XXVI (REMATE).....	241

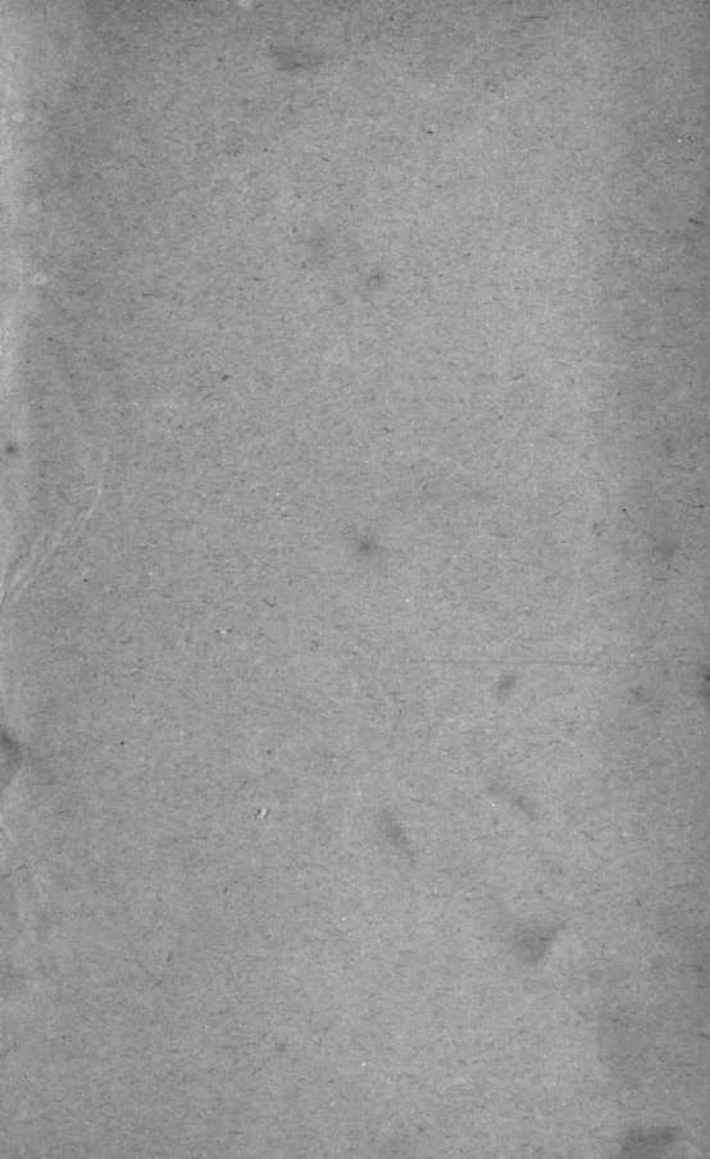


PROTESTA.

Si algo hubiere en este libro contra la fe católica ó las buenas costumbres, téngase por no escrito.

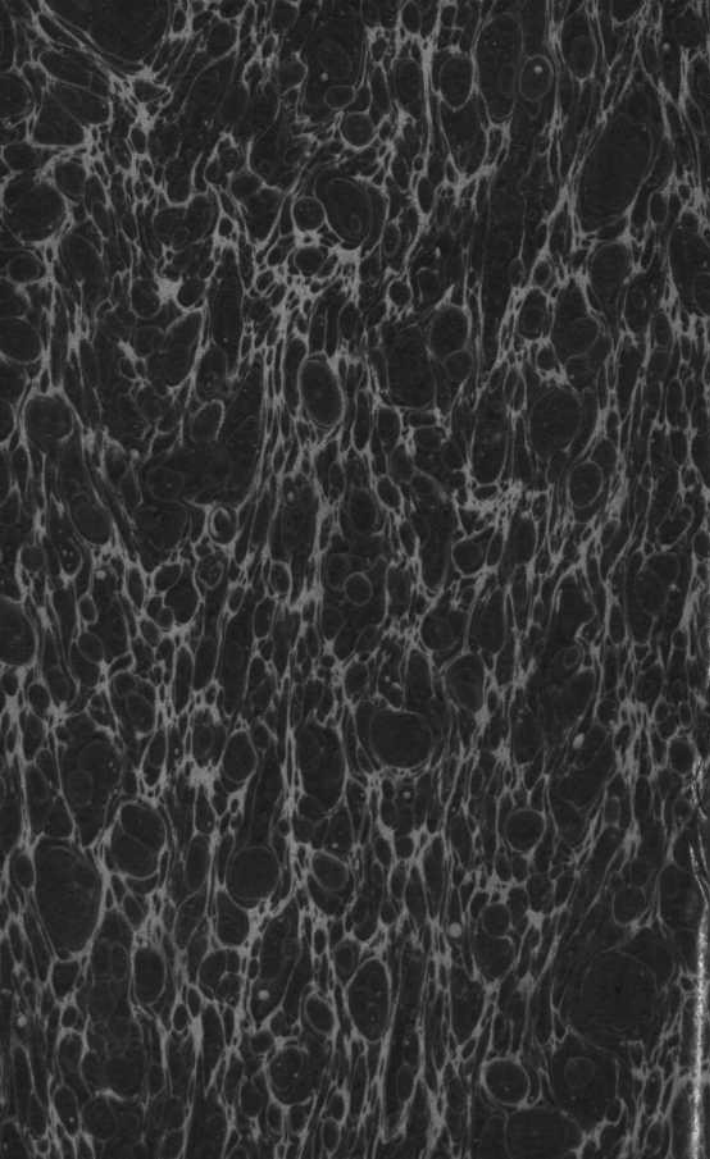
EL AUTOR.

Se acabó de imprimir
en Madrid en casa
de José Cruzado,
el día 28 de
Febrero del
año 1890.

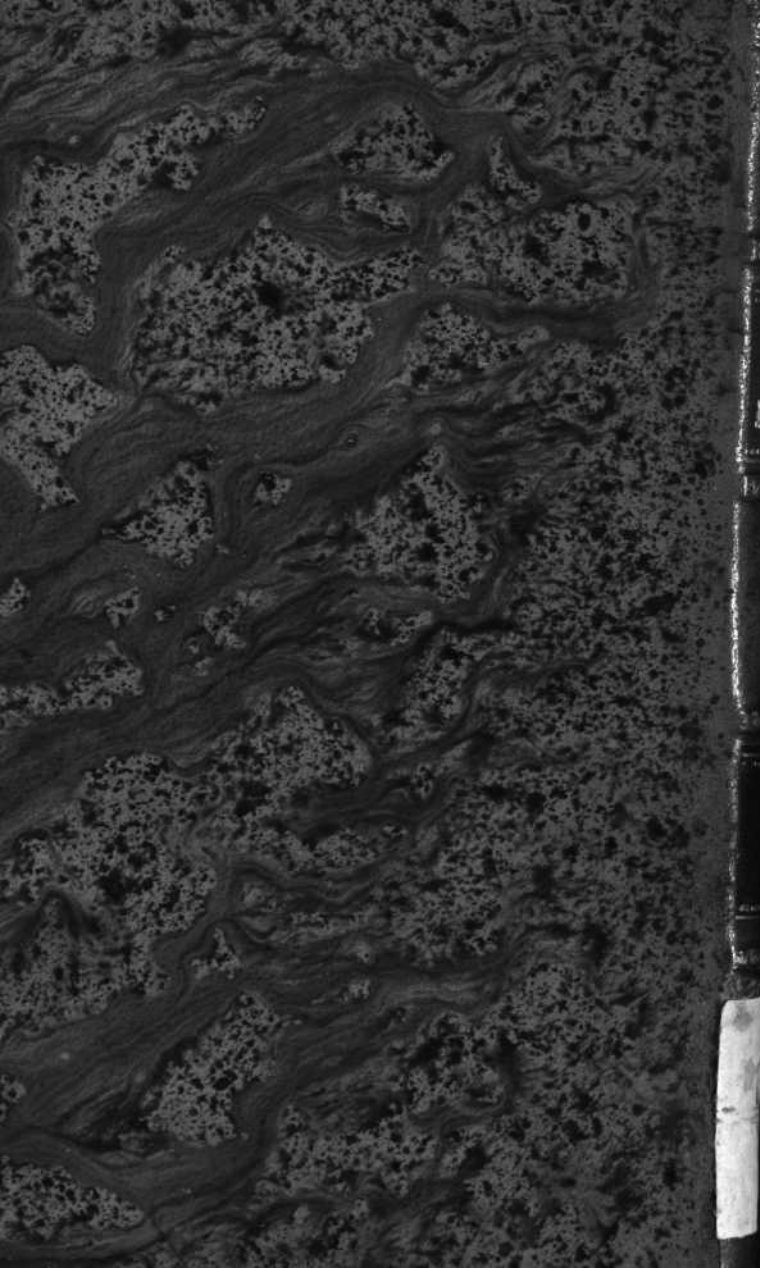














G 20561